¡BUEN CAMINO!

SANTIAGO DE OSSORNO

¡BUEN CAMINO!

Madrid 2017, 2018, 2021

© Santiago de Ossorno
santiago@ossorno.es
31 de octubre de 2021

Querida Lola,
compañera peregrina,
caminaremos juntos,
ultreia et suseia, hasta
el final de nuestro viaje.

Caminante, son tus huellas
el camino y nada más;
Caminante, no hay camino,
se hace camino al andar.
Al andar se hace el camino,
y al volver la vista atrás
se ve la senda que nunca
se ha de volver a pisar.
Caminante no hay camino
sino estelas en la mar.

(Antonio Machado)

ÍNDICE

PRÓLOGO 7
PLANTEAMIENTO 11
PRIMER TRAMO 13
SEGUNDO TRAMO 16
TERCER TRAMO 18
ANTES DE EMPEZAR 21
LA PREPARACIÓN FÍSICA 21
PESO DE LA MOCHILA 22
ORGANIZACIÓN DE LA MOCHILA 23
SUJECIÓN DE LA MOCHILA 23
LA MEJOR ÉPOCA 24
LA ALIMENTACIÓN 25
LAS PRIMERAS ETAPAS 26
LA PLANIFICACIÓN 27
LA SEÑALIZACIÓN 27
VIGILA TUS COSAS 28
LIMPIEZA 29
¿DÓNDE EMPEZAR? 29
DEJARSE LLEVAR 30
EL PRESUPUESTO 31
EL IDIOMA 33
EL CIVISMO 34
FORMALIDADES 35
EL SALUDO 35

LA CREDENCIAL 37
LA COMPOSTELA 38
LA BENDICIÓN 39
MATERIAL 41
LA MOCHILA 42
EL CALZADO 45
LA ROPA 46
PARA DORMIR 47
LOS COMPLEMENTOS 48
OBJETOS PRESCINDIBLES 51
OBJETOS ÚTILES 52
MI LISTA 53
ETAPAS 55
PRIMER TRAMO 55
RONCESVALLES - ZUBIRI 58
ZUBIRI - PAMPLONA 63
PAMPLONA - PUENTE LA REINA 69
PUENTE LA REINA – ESTELLA 74
ESTELLA – LOS ARCOS 80
LOS ARCOS - VIANA 85
VIANA - LOGROÑO 91
SEGUNDO TRAMO 97
LOGROÑO – NAVARRETE 100
NAVARRETE – NÁJERA 105
NÁJERA – SANTO DOMINGO 109
SANTO DOMINGO - BELORADO 113

BELORADO - SAN JUAN DE ORTEGA 117
SAN JUAN DE ORTEGA – BURGOS 122
BURGOS – HORNILLOS DEL CAMINO 127
HORNILLOS DEL CAMINO – CASTROJERIZ 132
CASTROJERIZ – BOADILLA DEL CAMINO.....137
BOADILLA DEL CAMINO – FRÓMISTA.....143
OSORNO LA MAYOR 146
TERCER TRAMO.....151
FRÓMISTA – CARRIÓN DE LOS CONDES 155
CARRIÓN DE LOS CONDES - LEDIGOS.....159
LEDIGOS – BERCIANOS DEL REAL CAMINO 163
BERCIANOS – MANSILLA DE LAS MULAS 167
MANSILLA DE LAS MULAS - LEÓN.....173
LEÓN - PONFERRADA 178
PONFERRADA – LAS MÉDULAS.....181
GALERÍA DE PERSONAJES.....185
PRIMER TRAMO 185
MILLO 185
JOXELU 186
ISRAEL EL PARACA 188
PEDRO HENRIQUE.....190
NATALIA FERREIRA 193
LOS HERMANOS DE ISRAEL.....194
CALIXTA LA MILITAR AMERICANA 195
MERCHE 197
MONIKA LA GERMANA 198

LAS CATALANAS 199
LOS BOMBEROS MAÑICOS 199
PATXI EL ALCALDE 201
LAS HERMANAS FRANCESAS 201
LAS PIJAS ENTERADILLAS 203
PACO EL MALAGUEÑO 205
SEGUNDO TRAMO 207
CHRISTINE 207
EL SORRENTINO 208
AOIFE 209
JOAQUÍN (DE DIEGO) 210
LA PANDA DEL ERASMUS 211
EZEQUIEL EL DUBITATIVO 213
TERCER TRAMO 215
LORENZO EL VASCO 215
JOSEFINA / JOSEPHINE 216
CONNOR 218
ELISA 219
ROCÍO 220
SOBRE EL AUTOR 221

PRÓLOGO

Hacer, al menos una vez en la vida, el Camino de Santiago ha sido la aspiración de muchas personas de todo el mundo durante el último milenio; desde entonces, cada año, miles de personas de todo el mundo deciden comenzarlo y, transformados en voluntariosos peregrinos, inician un largo y extraordinario trayecto a pie que, sin importar dónde lo empiecen ni cuánto tarden en recorrerlo, únicamente darán por finalizado cuando lleguen a la plaza del Obradoiro en Santiago de Compostela y, los más creyentes, abracen la imagen plateada del apóstol.

Actualmente algunos peregrinos lo alargan algunas jornadas más, pues parece haberse puesto de moda continuar hasta Muxia y Finisterre, dónde el moderno caminante deberá quemar,

en completo silencio y mirando hacia el mar a la hora del crepúsculo, todo lo que haya utilizado durante el Camino; la verdad es que yo no lo encuentro práctico, añadir a última hora 150 kilómetros extra a los casi ochocientos recorridos tiene tela marinera; también deberían considerarse los aspectos económicos de tal acción, porque equiparse para la peregrinación exige cierto desembolso inicial que puede amortizarse posteriormente con nuevas caminatas; por mi parte, tengo claro —mis doloridos pies me lo recuerdan— que no pienso alargar la ruta ni medio centímetro más de lo necesario, ni tampoco voy a quemar mis pertenencias si consigo terminarlo, aunque lo cierto es que tampoco puedo saber hoy lo que haré cuando llegue el día; hay que tener paciencia porque todavía falta bastante para eso, tiempo habrá para decidirlo.

Cuando el esplendor del Imperio Romano estaba en su pleno apogeo, la Ciudad Eterna era el centro de Occidente y se afirmaba que todos los caminos llevaban a Roma, eso ha quedado superado en la actualidad porque ahora también pueden llevarte a Compostela, punto final de la peregrinación.

Como hay varios Caminos posibles, lo primero es elegir el que quieras hacer: Francés, Primitivo, Vasco, Norte, Vía de la Plata, Sanabrés, Portugués, Catalán, Baztán, Inglés, San Salvador, Vadiniense, Lebaniego, Invierno, Madrid, Ebro, Lana, Mozárabe, Olvidado, del Alba, por citar los peninsulares; partiendo desde distintos puntos de la península enlazan entre ellos como si fueran ríos y afluentes hasta desembocar en Santiago de Compostela que sería el mar; desde la vieja Europa llegan otros caminos para fundirse con los mencionados al pisar suelo patrio.

Dicen que el verdadero Camino de Santiago es aquel que saliendo de la puerta de tu casa te lleve hasta Compostela, pero nuestra decisión ha sido seguir el Camino Francés por ser el itinerario jacobeo con mayor tradición histórica (y también el

más largo). Si nos gusta, hablaremos de probar otros aunque lo veo complicado porque la edad no perdona.

Algunas personas eligen hacerlo del tirón, empezando en Saint Jean Pied-de-Port o Roncesvalles y terminando un mes después en Santiago de Compostela (campo de estrellas) o Finisterre, pero otras prefieren dividir el Camino en tramos y hacerlo poco a poco dependiendo del tiempo y ganas que tengan.

Ese es nuestro caso, no por falta de tiempo sino por apetencia personal, al fin y al cabo no lo hacemos por obligación y no tenemos prisa por llegar, lo que queremos es llegar algún día y sentir en nuestras propias carnes la emoción que debe proporcionar entrar en la plaza del Obradoiro tras tan largo viaje.

PLANTEAMIENTO

No recuerdo bien cuándo ni cómo comentamos por primera vez la idea de hacer el Camino, debió ser hace bastante tiempo porque no lo recuerdo, pero los trabajos, la familia, las obligaciones, el dinero… la vida en definitiva, lo fueron retrasando.

Desde el primer día decidimos no hacerlo del tirón, pues es mucha la distancia a recorrer y serían demasiados días alejados de casa, por lo que dividirlo en tramos, que iríamos haciendo a medida que fuera posible, nos pareció una opción razonable.

El objetivo inicial que nos planteamos era llegar a Santiago de Compostela en algún momento del año 2020 si todo salía según lo previsto, porque no teníamos prisa ni necesidad alguna de adelantar el ansiado momento de entrar en la plaza.

Nuestro optimista planteamiento consistía en recorrer todo el Camino en cinco tramos sucesivos durante varios años:

Desde	Hasta	Distancia	Época
Roncesvalles	Logroño	150	Otoño 2017 √
Logroño	Frómista	190	Otoño 2018 √
Frómista	Astorga	163	Primavera 2019
Astorga	O Cebreiro	106	Otoño 2019
O Cebreiro	Santiago	155	Primavera 2020
	Total	764	

Nota: Son distancias aproximadas. √ = Realizado

Pero, como suele decirse, uno propone y Dios dispone, porque el año 2019 tuvimos que aparcar los planes; en primavera surgió la oportunidad de viajar a Japón y la aprovechamos, en septiembre viajamos a Estados Unidos para asistir al nacimien-

to de Lucy Ellen, a la vuelta pasamos la Navidad en Tívoli invitados en casa de la familia Rocchi; fue un año viajero, preludio de todo lo contrario; con tanto viaje no hubo manera de encajar el Camino en nuestra agenda y lo aplazamos un año, como si 2019 no hubiera existido; pero llegó 2020 y con él la terrible pandemia del coronavirus o COVID-19 que nos impidió retomar los planes previstos y tuvimos que aplazarlos por causa de fuerza mayor.

Hasta mayo de 2021 tuvimos limitada la libertad de movimientos fuera de la Comunidad de Madrid, debido a las medidas anti-COVID decretadas; así que durante un año y medio no fue posible pensar en el Camino; todo ello ha impedido que retomásemos el Camino hasta el otoño de 2021, momento en el que decidimos volver a intentarlo en el punto que lo dejamos y planificar las etapas del que será el tercer tramo.

Así las cosas, el cuadro quedaría de esta forma:

Desde	Hasta	Distancia	Época
Roncesvalles	Logroño	150	Otoño 2017 √
Logroño	Frómista	190	Otoño 2018 √
Frómista	León	114	Otoño 2021
León	O Cebreiro	155	Primavera 2022
O Cebreiro	Santiago	155	Otoño 2022
	Total	764	

Pensábamos alargar 100 kilómetros el tramo 3 hasta Ponferrada, pero nos complicaba mucho el diseño de las etapas posteriores hasta Santiago; llegaremos a León y después haremos turismo visitando la ciudad y luego Las Médulas, unas antiguas minas explotadas por los romanos para la extracción de oro.

PRIMER TRAMO

Durante el verano de 2017, soportando en la playa la ardiente solana de julio, Lola me lo propuso:

—Ya sé lo que quiero este año como regalo de cumpleaños.

—¿Ah, sí, y qué quieres?

—Que hagamos juntos el Camino de Santiago.

Como no esperaba algo así —andaba yo dándole vueltas a regalarle algo material, lo típico, un descapotable, un diamante, un viaje a Hawaii…— su petición me dejó helado, lo cual me vino bien porque el calor ya apretaba de lo lindo a esas horas.

Dejamos en suspenso la conversación porque la playa no parecía el lugar, ni tampoco era el momento apropiado para tomar una decisión de tanto compromiso, pero dije que sí.

Entre calores pasó el verano —de hecho siguió haciendo calor varios meses— y en septiembre ella emprendió un viaje a Atlanta para el bautizo de Virginia Grace, ya habíamos estado en enero para asistir a su nacimiento, pero los nietos tiran mucho.

A punto de someterse a los molestos trámites de seguridad en Barajas, me recordó que no olvidara que a su vuelta quería empezar el Camino, de modo que me quedé con el encargo de documentar y planificar la aventura para su posterior revisión y aprobación, si procede; me conoce y sabe que yo sin planificación ni presupuesto no me muevo de casa.

Con todo el mes de septiembre por delante, comencé a buscar información en internet sobre el Camino. ¡La madre del cordero! Hay tanta y tan variada que es conveniente cortar por lo sano y decidirte por una concreta cuanto antes si no quieres volverte loco.

Encontré las magníficas guías de Gronze y Eroski Consumer dedicadas al Camino de Santiago, y es que dónde menos te lo esperas salta la liebre; son muy completas y documentadas, tan extensas que todavía hoy día no he terminado de leerlas; sin duda el tema es inagotable, por lo que decidí centrarme únicamente en estas dos guías, lo cual no eliminaba otras fuentes de información a medida que se necesitasen.

Habiendo tantos caminos donde escoger, rechazamos la idea de hacerlo desde el portal de nuestra casa y optamos por el Camino Francés, pero comenzando en Roncesvalles en lugar de hacerlo en la francesa Saint Jean Pied-de-Port.

Siguiendo la máxima latina «divide y vencerás» analicé en detalle la ruta a seguir, las fechas, los puntos de inicio y final, los descansos, los albergues, la alimentación, el material necesario… una osadía teniendo en cuenta mi desconocimiento inicial, pero por alguna parte tenía que empezar.

Para no hacerlo más duro de lo necesario, calculé etapas entre veinte y veinticuatro kilómetros aproximadamente; partiendo de esa distancia media como premisa, es cuando pude empezar a planificar la ruta con seriedad.

Como esta parte del proceso puede eternizarse y hay tantas opciones donde elegir, lo mejor es empezar a tomar decisiones prácticas cuanto antes, como por ejemplo decidir si nos íbamos a alojar al raso, en soportales de iglesias, albergues, pensiones, hostales, hoteles, paradores nacionales... o un poco de cada.

Ganaron los albergues, siempre y cuando pudiésemos estar solos en una habitación, algo que no es tan sencillo de conseguir porque la mayoría de los albergues del Camino están pensados para alojar a peregrinos más bien jóvenes que viajan solos o en grupo, con pocas necesidades básicas (comer, dormir y asearse), pocas exigencias en cuanto a confort y privacidad y con presupuestos ajustados.

Siendo tan diferentes de las nuestras, la edad nos ha hecho comodones, también decidimos pernoctar dónde quisiéramos cuando nos pareciera conveniente si las circunstancias lo requerían; cuantas más opciones tengamos, mejor.

En los albergues con habitación doble es habitual compartir baño, con las molestias derivadas de una convivencia forzada con gente que acabas de conocer hace cinco minutos. A veces no quedará más remedio pero, siempre que sea posible, mejor pernoctar en habitaciones con baño privado.

Para el desarrollo pedestre de las etapas, algunas muy largas, aplicaremos a la marcha el criterio militar porque de estas cosas lo saben todo: cada hora pararemos entre cinco y diez minutos y cada tres, mínimo media hora de descanso; algo hay que tener previsto en este aspecto, se puede salir a la buena de dios y arriesgarse, pero es preferible tener un plan aunque luego se incumpla, para estos casos puede haber planes B.

El descanso largo de media hora sirve para llevar a cabo una revisión completa de los pies, ampollas, heridas, comer y beber algo ligero, quitarse la mochila, descansar, ir al baño, en definitiva recuperar fuerzas.

Total, viendo que entre Roncesvalles y Logroño hay aproximadamente ciento cincuenta kilómetros y teniendo en cuenta los pueblos intermedios, acabamos diseñando siete etapas compensadas de distancias similares, excepto la última que será la más corta de todas por la necesidad de regresar a Pamplona desde Logroño en el autobús de las 1300.

Uno de los problemas a resolver es cómo llegar a la casilla de salida, sobre todo cuando no se hace el Camino del tirón; nosotros viajamos en coche hasta Pamplona, lo dejamos aparcado una semana en la estación de autobuses y desde allí mismo La Estellesa nos llevó en autocar hasta Roncesvalles.

Hay otras opciones, todas ellas perfectamente válidas siempre que se adapten a tus necesidades, presupuesto y gusto concretos, no se puede generalizar.

En cuanto Lola regresó de Atlanta, revisamos el calendario —tuvimos que consultar nuestra apretada agenda médica que por algo somos pensionistas— y decidimos las fechas idóneas: saldríamos a las 0710 del 23 de octubre en dirección Pamplona.

El resto que lo decida el Camino sobre la marcha.

SEGUNDO TRAMO

Con el buen tiempo que tuvimos el año anterior, decidimos repetir suerte entre octubre y noviembre de 2018, pero no fue una buena elección porque, justamente en esas fechas, España sufrió un corto período de glaciación y afrontamos las primeras etapas con viento gélido, lluvia e incluso nieve a ratos; menos mal que los últimos días el tiempo mejoró dando una tregua térmica, y nos regaló un sol otoñal perfecto para caminar.

Esta vez fuimos en tren hasta Logroño, un viaje rápido y relajado celebrando a bordo el cumpleaños de Lola que nuevamente había elegido hacer juntos el Camino como regalo, es muy insistente y cuando algo se le mete en la cabeza es muy insistente; una vez instalados en el hotel, fuimos directos a la calle Laurel y alrededores para disfrutar de sus afamadas tapas; la que más nos gustó fue la de champiñón con gambas del bar Ángel, pero todas estaban para chuparse los dedos. La zona es conocida como «la senda de los elefantes» porque si la visitas, aunque solo entres en dos o tres bares del medio centenar que allí se concentran, puedes salir con una trompa de campeonato y a cuatro patas; nosotros resistimos bebiendo lo justito porque

al día siguiente iniciábamos la marcha y mantuvimos la compostura, porque si no...

La idea inicial era terminar en Carrión de los Condes, pero diversos problemas en los pies nos hicieron reconsiderar la última etapa y acordamos terminar en Frómista, localidad que se considera como la mitad del Camino (geográficamente hablando no es cierto, aunque los fromisteños lo aseguren, otros dicen que Sahagún, incluso Calzadilla de la Cueza o Ledigos, cualquiera sabe dónde está el punto intermedio exacto, pero yo he echado mis propias cuentas y, por aproximación sobre plano, me sale que está en la ermita de la Virgen del Puente, entre San Nicolás del Real Camino y Sahagún), a menos de diecinueve kilómetros del final planificado; desde allí regresaríamos a Madrid en tren vía Osorno y Valladolid.

Para cuando se pueda acometer estamos trabajando en la preparación del tercer tramo; si no surge algo que lo impida, la próxima primavera, a finales de marzo o primeros de abril, viajaremos hasta Frómista y desde allí retomaremos la marcha jacobea hasta Astorga… si es que llegamos. Solo son planes.

Porque un análisis somero de las seis etapas necesarias para llegar hasta Astorga desde Frómista (ciento sesenta y tres kms) pone los pelos de punta a cualquier peregrino que se precie; no tenemos ninguna duda de que veintisiete kilómetros diarios de media es una distancia poco realista en nuestro caso, así que tendremos que rebajarlas a unos veinte o veintiuno y alargar el tramo hasta los ocho días como mínimo.

Para aliviar la larga espera hasta ese día, he ampliado el libro con una segunda parte en la que poder narrar con calma las nuevas y variadas experiencias que acabamos de vivir antes de que se me olviden.

Llevo siempre encima un pequeño cuaderno de bolsillo en el que cada noche, antes de caer rendido por el cansancio y dor-

mirme, intento anotar el detalle de todo lo ocurrido durante el día, descripciones de los lugares visitados, anécdotas, personajes, problemas, etc.; lo cual me permitirá, cuando llegamos a casa, dedicarme a escribir sin tener que fiarlo todo a la memoria, algo despistada y olvidadiza últimamente por causas completamente naturales.

TERCER TRAMO

Ha quedado contado previamente que entre viajes internacionales y las restricciones derivadas de la pandemia del coronavirus, no pudimos cumplir con los planes previstos; ahora estamos en pleno otoño de 2021 y se nos ha abierto la posibilidad de continuar haciendo el Camino, así que hemos planificado un tercer tramo, diferente del inicialmente previsto, que debe llevarnos desde Frómista hasta León en cinco etapas con una distancia media entre 22,5 y 24 kilómetros diarios; al terminar el tramo queremos viajar como turistas a Las Médulas, cerca de Ponferrada, por lo que tras analizar los transportes públicos disponibles y las muchas dificultades para poder cuadrar horarios y destinos, hemos optado por viajar en coche hasta León, desde allí retrocederemos en autobús hasta Carrión de los Condes donde tomaremos un taxi para llegar a Frómista.

Las fechas que estamos manejando son salir de Madrid el 19 de octubre y regresar el 26 desde Las Médulas pero, en función de nuestro estado físico y ganas, de las circunstancias en definitiva, consideramos estirar el tramo añadiendo cuatro nuevas etapas y acabarlo en Ponferrada; desde allí volveríamos en transporte público a León y decidiríamos si visitar Las Médulas o regresar directamente a casa; sin embargo, alargar el tramo supondría casi duplicar la distancia, desde los 114 kilómetros iniciales hasta los 215 y eso son palabras mayores, por lo que

finalmente tendremos que decidirlo una vez lleguemos a León y veamos cómo estamos.

Si el presidente de los Estados Unidos nos permitiera entrar en su país, dicen que en noviembre levantará el mandato presidencial que lo impide desde enero pasado, es posible que a la vuelta viajemos a Texas para visitar a Beatriz y familia, pero ahora mismo es solo una posibilidad sin concretar.

También queremos viajar a Japón porque hace casi tres años que no vemos a Pablo y familia, pero igualmente debemos esperar a que su primer ministro autorice la entrada de extranjeros. Verás como finalmente tendremos que aplazar el tramo de primavera, aunque si fuera por esta causa no nos importaría; si hay algo que tenemos en abundancia es tiempo libre.

Me noto expectante, con ganas de reiniciar el Camino, esperamos que la experiencia adquirida en los tramos anteriores nos sirva de ayuda; el mal tiempo meteorológico podría ser uno de los problemas a encontrar aunque vayamos preparados, el gran inconveniente es que las referencias que nos llegan de este tramo hablan de etapas llanas, largas, duras y aburridas, con pocas poblaciones intermedias, pero nadie dijo que hacer el Camino de Santiago fuera fácil, habrá que superar todas las dificultades que se nos presenten.

ANTES DE EMPEZAR

Seguro que todo lo que hay que saber sobre el Camino ya habrá sido analizado y escrito por alguien, de modo que no pretendo descubrir la pólvora con este capítulo, solamente comentar algunos aspectos que nos pueden ayudar a que sea una experiencia placentera en lugar de una tortura.

Este capítulo nos viene bien repasarlo antes de cada tramo, lo escribí antes de dar el primer paso, cuando desconocíamos todo lo que podríamos encontrarnos y estábamos recopilando información; tras haber hecho tres tramos y a la espera de comenzar el cuarto, me ha venido bien leerlo de nuevo y pulirlo, por eso lo mantengo en el libro.

LA PREPARACIÓN FÍSICA

En principio, hacer el Camino andando es un actividad al alcance de cualquiera que no tenga un impedimento concreto que lo impida; sin embargo, se supone que cuanto mejor sea el estado de forma general al empezar, más garantías tendremos para conseguir terminarlo sin problemas físicos.

La preparación física es un aspecto que no hay que descuidar para lograr que la peregrinación salga bien y resulte placentera. No sólo para tener la satisfacción de haberla podido finalizar, sino para disfrutarla en todo momento y conseguir que se convierta en una vivencia gratificante.

Una mala preparación, producto de la improvisación o de un exceso de confianza, o una lesión inoportuna pueden obligarnos a abandonar antes de tiempo o, lo que es peor, puede convertir cada etapa en un calvario insufrible.

Una buena recomendación es la de prepararse previamente, andando en condiciones similares a las que encontraremos. Por ejemplo, hacer excursiones por zonas que conozcamos bien, con el mismo calzado, indumentaria y mochila con que iniciaremos posteriormente el Camino.

También debemos cargar la mochila con el menor peso posible o que estemos dispuestos a soportar. Sería conveniente realizar excursiones previas, aumentando poco a poco la dificultad. Así podremos determinar en qué forma reacciona nuestro cuerpo ante el esfuerzo continuado y también si el calzado es adecuado, el peso de la mochila excesivo, etc.

Hay quienes dicen que no hay mejor preparación que ponerse en marcha, dejando que sea el propio Camino quien te vaya poniendo en forma etapa tras etapa; lo que los primeros días puede parecerte un suplicio, acabarás haciéndolo sin dificultad, pero fiarlo todo a la improvisación es mala idea, porque en esto no hay milagros.

Sin querer asustar a los que pretendan dar este paso, se comenta que solamente el 10% de los peregrinos que inician el Camino, consiguen llegar hasta Santiago de Compostela, creo que con eso queda dicho todo.

PESO DE LA MOCHILA

El peso es un aspecto a considerar seriamente antes de partir, hay que elegir bien lo que se vaya a necesitar para no sobrecargarnos sin necesidad.

A pesar de que todos los libros y guías del Camino advierten de este hecho, son muchos los peregrinos que deben facturar a casa parte del material inicial o abandonarlo directamente en

los albergues, en ocasiones después de haber recorrido tan solo una o dos etapas.

Si hiciera falta, en algunos albergues podrás reponer prendas que te falten en el montón de las cosas abandonadas por peregrinos que cargaron con más peso del necesario. O comprarlas en alguna tienda si es necesario.

ORGANIZACIÓN DE LA MOCHILA

Lo más indicado es ir colocando la carga en la mochila separándola de forma funcional con bolsas de plástico (mejor de las que eliminan el aire sobrante), poniendo las cosas más pesadas en la parte inferior y más próxima a la espalda para mejorar el punto de equilibrio.

También resulta práctico y cómodo disponer ciertas cosas de tal forma que las tengamos a mano cuando las necesitemos (la botella de agua, los guantes, las gafas de sol, el móvil, la cartera…), así no será necesario cargar y descargar la mochila cada vez que queramos utilizar alguno de estos objetos.

SUJECIÓN DE LA MOCHILA

Es un factor importante para evitar tanto la acumulación de cansancio como la excesiva carga sobre la espalda y los hombros. Cuanta mayor comodidad, menos problemas.

Para una correcta sujeción, primero aflojaremos al máximo las cintas que se cuelgan de los hombros.

Después desplazaremos la cinta de la cintura a la altura de la cadera y la apretaremos bien para que sujete el conjunto. Ajus-

taremos las cintas de los hombros sin tensarlas demasiado, de tal forma que podamos meter sin dificultad los pulgares entre ellas y el cuerpo.

De esta forma conseguiremos que la mayor parte del peso de la mochila se cargue correctamente, liberando de trabajo extra a la espalda y los hombros; recordemos que lo tendremos que soportar encima durante muchas horas cada día.

Al principio nosotros no terminábamos de controlar la sujeción y resulta muy molesto que la mochila se mueva de su eje vertical durante la marcha, en gran parte porque no eran las adecuadas y las cintas se iban aflojando por el camino.

LA MEJOR ÉPOCA

Poca reflexión puedo aportar en este punto, lo que hemos aprendido es que en ciertos momentos del año, como en primavera y verano, se produce una aglomeración tal de peregrinos que es preferible evitar esos meses y no solo por el calor.

La época de crudo invierno tampoco parece muy aconsejable, habrá menos peregrinos pero también muchos albergues estarán cerrados y las condiciones climatológicas, con frío, lluvia o nieve, pueden resultar demasiado duras.

¿Cuándo hacerlo entonces?, nosotros elegimos finales de octubre y principios de noviembre en los tres primeros tramos; en el primero y el tercero el clima resultó idóneo —incluso pasamos calor en algunos momentos— y aunque encontramos albergues cerrados no tuvimos mayor problema porque el número de peregrinos en ruta es el más bajo del año; sin embargo en el segundo tramo soportamos una primera semana de mal tiempo con lluvia, nieve y viento, así que nunca se sabe; lo me-

jor es consultar la información meteorológica para los días elegidos, hay que aprovechar que las previsiones del tiempo son cada vez más exactas, y decidir en función de lo que esté pronosticado y nuestra propia disponibilidad, no queda otra que informarse o arriesgarse a lo que venga.

LA ALIMENTACIÓN

Como el resto del año, resulta aconsejable empezar el día con un buen desayuno y a lo largo de la etapa ir tomando alimentos ligeros y energéticos, como agua, un bocadillo, fruta o frutos secos, para mantener las fuerzas.

A la hora de comer, que suele pillarnos con la etapa sin acabar, la opción de muchos es un bocadillo, una ración, un pincho, una cerveza y seguir caminando; si comes en exceso o tardas mucho en hacerlo, luego te puede costar volver a ponerte en marcha.

La tarde-noche es el mejor momento para, aprovechando la visita al pueblo de turno, elegir un menú completo que incluya platos calientes, pasta o legumbres, ya que durante el Camino el gasto calórico es muy superior al que normalmente tenemos en nuestra vida normal y hay que reponer las energías.

Por todas partes verás anunciados «menú del peregrino» a precios asequibles, a nosotros nos apetece terminar el día cenando en condiciones, dar un corto paseo para respirar, conocer el lugar, estirar las piernas y acostarnos temprano porque mañana también hay que madrugar.

Otra opción interesante es prepararte tu propia comida en los albergues con derecho a cocina, que cada vez son menos porque la masificación y la mala educación de muchos peregri-

nos lo desaconseja; cuando se puede, simplemente compras lo necesario en la tienda más cercana, lo cocinas a tu gusto y te lo comes compartiendo mesa y mantel con los demás.

Al terminar es obligado recoger, limpiar y colocar de nuevo en su sitio todo lo que hayamos utilizado, así funciona en la mayoría de los albergues; como es natural te encontrarás con gente limpia y educada (los menos) y otras que no lo son (los más), por el Camino transita gente de todo tipo y condición.

LAS PRIMERAS ETAPAS

Normalmente deben ser moderadas, tanto en distancia como en ritmo para ir acostumbrando el cuerpo a su nueva vida itinerante al aire libre.

Caminar treinta y cinco o cuarenta kilómetros el primer día queda al alcance de personas experimentadas y con poco tiempo libre, pero no es el caso de la mayoría, máxime cuando hay que repetir el esfuerzo todos los días.

Por falta de práctica o hábito, las tres o cuatro primeras jornadas pueden ser las más delicadas, en las cuales es normal padecer dolores musculares o articulares, que las rodillas se carguen o aparezcan las temidas ampollas, por lo que hay que mimar a nuestro cuerpo para que aguante el tute que le estamos metiendo.

A base de caminar se irá acostumbrando a los esfuerzos prolongados pero no dejará de protestar, sobre todo en los mayores; así que ten prudencia y no te des atracones al principio. No hay necesidad de reventar a las primeras de cambio.

Nuestro ritmo medio de marcha es de unos cuatro kilómetros por hora (incluyendo todas las paradas intermedias) y ha-

cemos pausas planificadas (o a demanda cuando estamos cansados o se necesite) cada cierto tiempo para revisión del estado general y recuperación.

LA PLANIFICACIÓN

Para mí es una de las tareas ineludibles que nadie debería olvidar antes de iniciar el Camino.

Analizar con detalle todas las etapas a realizar, saber dónde empieza y termina cada una, las alternativas del camino y localizar muy bien la situación de los albergues, porque a veces pillan alejados de dónde se supone que acaban las etapas.

Planificar etapas demasiado largas o duras sin estar habituados es equivocarse, mejor ser prudente que pasarse de optimista; el hartazgo, el cansancio o una lesión imprevista te puede mandar para casa antes de lo previsto.

LA SEÑALIZACIÓN

El recorrido está señalizado con flechas amarillas (me refiero al Francés porque de los otros no tengo ni idea) y múltiples señales e indicaciones. La señalética del Camino es muy variada, imaginación al poder, y se aprende sobre la marcha.

En algunos tramos es muy sencillo seguir las flechas amarillas que te van guiando sin pérdida posible; por contra, en otras zonas, como mucho solo verás flechas amarillas que a veces son difíciles de localizar o por su mal estado te hacen dudar.

Puede haber obras que modifiquen temporalmente la ruta y señales que han desaparecido por alguna razón, en estos casos

hay que otear el horizonte en busca de peregrinos que te precedan y seguir sus pasos o dejar que el instinto te diga por donde continuar. Ante la duda, es mejor investigar.

También hay recorridos alternativos al tradicional, hay que tener en cuenta que el Camino es algo vivo y recordar que en ocasiones estos desvíos lo único que pretenden es hacerte pasar por un lugar determinado, porque el Camino se ha convertido en negocio y modo de vida para muchos.

De todas formas, creo que poniendo atención resulta bastante difícil perderse en el Camino, todo lo más podrías tener algún pequeño despiste leve sin mayor trascendencia que alargar unos metros la etapa.

VIGILA TUS COSAS

En todo momento y lugar es conveniente tomar precauciones y no dejar fuera de la vista nuestras pertenencias mientras sea posible.

Peregrinos aparte, el Camino también atrae a los amigos de lo ajeno y si momentáneamente pierdes de vista la mochila o algo de valor, corres el riesgo de despedirte de ellos para siempre. Una cosa es ser peregrino y caminar sin preocupaciones confiando en la bondad del prójimo y la voluntad de Dios y otra olvidar que vivimos en un valle de lágrimas.

También es habitual, la mayor parte de las veces por el cansancio y la relajación espiritual, dejarnos cosas olvidadas en el albergue anterior o abandonadas a su suerte en alguna de las paradas intermedias a lo largo de una etapa. Nada que no se pueda resolver con una simple llamada al hospitalero de turno para acordar la recuperación en caso de que aparezcan.

LIMPIEZA

El polvo y el barro de los caminos es mucho y pronto mancharán sin remedio tus pertenencias, de modo que irás ensuciando sin remedio lo que lleves puesto y en algún momento querrás estar presentable, limpio y aseado, porque ir hecho un adán no es plato de gusto.

En los albergues suele haber lavadoras en autoservicio, lo normal es que acumules la ropa sucia de varios días y cuando tengas un montón suficiente o sea necesario, decidas darles una pasadita por agua y jabón; si hay secadoras es una buena opción utilizarlas, salvo que no te importe llevar la ropa húmeda colgando de la mochila para que se vaya secando por el camino. Te dará un aspecto muy rural, pero tampoco hay que parecer un buhonero andante.

Debido a la escasez de lavadoras y la poca entidad de la ropa a lavar (calcetines, camisetas, calzoncillos y poco más), es habitual ponerse de acuerdo con otros peregrinos para compartir lavadora y no tener que guardar cola; lo que menos apetece al acabar una etapa es acostarte tarde porque antes de irte a dormir tienes que tender la ropa. Hay quien prefiere oler a perros muertos, no deja de ser una opción como otra cualquiera, quizás un poco más guarra, pero tampoco conviene practicarla para no espantar a los demás ni dar pistas a las alimañas.

¿DÓNDE EMPEZAR?

Para los que queremos hacer el Camino Francés es la primera duda a resolver. La etapa desde Saint Jean Pied-de-Port (Francia) a Roncesvalles es la más dura de todas las navarras,

no tanto por la distancia (treinta kilómetros) como por el desnivel acumulado, superior a los mil metros.

Así pues, salvo que seas un experto andarín, no está de más ser prudente y empezar en Roncesvalles, un sitio precioso. Los más puristas dicen que se debe empezar en Saint Jean Pied-de-Port y disfrutar de una espectacular etapa que cruza los Pirineos y la frontera hispanofrancesa, pero eso va en gustos.

Pudimos comprobar personalmente como los peregrinos se organizaban para compartir taxi desde Roncesvalles hasta Saint Jean Pied-de-Port por ser la opción más directa y no tener que depender de otros medios de transporte. Es habitual que durante el Camino los peregrinos se organicen para compartir ciertas tareas porque la unión hace la fuerza, es una forma de socializar y tratar con gente de todo el mundo.

DEJARSE LLEVAR

Aunque soy firme partidario de planificar en detalle el recorrido, el ritmo de marcha, las paradas intermedias y los albergues donde pernoctar, no tengo problema en adaptarme a lo que vaya surgiendo, las vicisitudes del Camino se prestan a ello. No se trata de tener siempre preparado un plan B sino de conseguir la mejor capacidad de reacción y adaptación.

Teniendo tiempo para hacerlo, la planificación solo es una forma de organizar mínimamente el trayecto, pero no constituye un contrato formal que deba cumplirse a toda costa, sino una guía de referencia; hay que conseguir relajarse lo suficiente para poder disfrutar plenamente del Camino y afrontar sin miedos lo que vaya surgiendo. Cuanto más espíritu aventurero se tenga mejor se irán superando las dificultades.

Pocas cosas habrá más agradables que andar libre, atravesando el paisaje, sin prisas ni preocupaciones, disfrutando con intensidad lo que nos ofrezca el Camino, conociendo la tierra que pisas y a la gente que te encuentres.

En lo posible hay que dejar que sean el propio Camino y nuestras circunstancias personales en cada momento las que nos marquen los siguientes pasos a dar, hay que ser flexibles, tener paciencia y mantener siempre alta la moral.

El Camino de Santiago debería ser algo más que un reto físico o de superación personal, nadie nos obliga a hacerlo; hay que tomárselo con calma, dejando espacio para la improvisación y dedicando tiempo para experimentar nuevas situaciones que te saquen de tu zona de confort, sin dejarse ganar por el agobio y el estrés que caracterizan a la vida moderna.

EL PRESUPUESTO

No hace falta decir que el Camino cuesta (bastante) dinero, no es barato, durante varios días estarás fuera de casa y hay que viajar, dormir, desayunar, comer, cenar, tomarse un café, visitar monumentos, comprar un recuerdo, entrar en una farmacia… No lo regalan, es mejor ir preparados en este terreno.

Los que hacemos el Camino por tramos tenemos que afrontar el gasto de viajar en transporte público y/o privado, trenes, autobuses, taxis, coche particular, aparcamientos de larga estancia, etc. Se te puede ir un pico en este capítulo, pero no puede hacerse de otra forma.

Los albergues, especialmente los gestionados por voluntarios y ayuntamientos, son una opción asequible, pero tendrás que compartir estancia e incomodidades con otros y adaptarte a

horarios rígidos de entrada y salida; aunque el precio por persona sea asequible, no todos estamos preparados para soportar una convivencia tan cercana con desconocidos y puede resultar una experiencia molesta y desagradable; no es cuestión de ser más o menos finolis, sino de tener claro lo que se quiere. Evidentemente, si los albergues están ahí es porque son útiles y necesarios, de hecho se llenan enseguida, sobre todo en ciertas fechas. Aunque sean minoría, algunos albergues son tan buenos como puedan serlo los hoteles privados.

A los que prefieran tener algo de intimidad y confort les saldrá bastante más caro, en los hoteles privados una habitación doble viene a costar de media unos cincuenta euros la noche, pudiendo tener baño en la habitación o compartido con otros huéspedes. A veces incluyen el desayuno, una opción recomendable para no tener que perder tiempo buscando un bar abierto a horas tempranas.

En cuanto al gasto en alimentación dependerá de cada cual, abundan los llamados menús del peregrino (unos 10 o 12 euros), y casi en cualquier sitio se pueden pedir bocadillos, raciones o comer a la carta; como ocurre con el alojamiento, cada uno escogerá lo que le permita su economía.

El total de gastos es difícil de calcular porque dependerá de las circunstancias particulares, pero los dos fundamentales a tener en cuenta son el alojamiento y la manutención, tampoco se trata de dormir en una trinchera en mitad del campo ni de comer raíces silvestres, pero para gustos los colores,

Viajando en pareja, pernoctando en hoteles de categoría media, comiendo en bares y restaurantes normales, contando con algún imprevisto y gastos menores, el importe medio puede oscilar fácilmente entre los 100 y los 150 euros diarios.

EL IDIOMA

El idioma que más vas a practicar con diferencia en tus comunicaciones con otros peregrinos es el inglés, así que procura refrescar tus conocimientos de ese idioma antes de empezar porque, si quieres socializar, lo vas a necesitar.

Muchos peregrinos proceden de otros países, solo contando con los que hemos mantenido alguna conversación más allá de hola, adiós, dar los buenos días o las buenas noches, nosotros hemos compartido charla con brasileños, japoneses, irlandeses, franceses, surcoreanos, norteamericanos, italianos, húngaros, alemanes, lituanos, taiwaneses, etc. Forzosamente el inglés se convierte en la herramienta de comunicación, no hace falta hablar como un nativo pero cuanto más se controle, mejor.

Normalmente en los alojamientos los encargados hablan en castellano, pero incluso en estos sitios puedes encontrarte con que el recepcionista sea extranjero y, aunque chapurree cuatro palabras y ponga su mejor voluntad, acabarás hablando en inglés si quieres entenderte.

Por consejo de una peregrina de Carolina del Norte que conocimos durante el trayecto, instalé en el móvil la aplicación «SayHi» que traduce conversaciones entre un montón de idiomas disponibles, los más habituales y otros de menor uso, y la hemos utilizado con relativo éxito en ciertos momentos en los que no había otra manera mejor o más rápida de comunicarse. Como utiliza grabaciones de voz es una herramienta sencilla de utilizar y muy práctica que puede sacarte de un apuro siempre que haya cobertura, claro: seguramente habrá otras parecidas, todas habrán evolucionado y cada día se superarán con nuevas versiones. Aunque parezca una contradicción, si controlas el inglés le sacarás mucho partido al Camino Francés por España.

EL CIVISMO

El Camino de Santiago hay que mantenerlo limpio, no cuesta nada llevar bolsas dónde depositar la basura que se genera y transportarla uno mismo para dejarla en el primer contenedor que te encuentres.

Esto gesto, que parece tan sencillo y demuestra el grado de civismo de los peregrinos, está bastante descuidado por lo que hemos visto. No solo hay gente que no se lava lo suficiente, también hay auténticos cerdos que tiran colillas, latas, envoltorios de plástico, papeles o restos de comida al suelo —tras la pandemia también abundan las mascarillas—; algunas zonas ocultas a la vista del caminante (a veces no tan ocultas) se han convertido en letrinas al aire libre dónde se acumula la suciedad y otras materias en descomposición.

Viendo estas cosas es probable que más de un peregrino extranjero piense que los españoles somos un poco guarros, pero ellos que vienen de fuera, a los que por costumbre se les supone mayor concienciación cívica y ambiental, son mucho peores que nosotros y nos superan ampliamente en número. Cuando salen de sus países parece que se les olvide la educación que se supone les han enseñado y se relajan; afortunadamente son los menos quienes así se comportan, pero somos tantos compartiendo la experiencia que la basura que se genera es inmensa.

Por favor, cuidemos estos detalles y que no se note nuestro paso por el Camino.

FORMALIDADES

EL SALUDO

Prefiero explicarlo con palabras de la gente que sabe porque lo vive a diario desde hace cientos de años, por eso, en lugar de dármelas de entendido, que obviamente no lo soy ni lo pretendo, me limitaré a copiar este texto de la página del Monasterio de Armenteira:

«Este es el saludo que los peregrinos medievales del Camino a Santiago utilizaban antiguamente.

Cuando se cruzaban y uno le decía a otro: ¡Ultreia! —"más allá"—, el otro respondía: ¡Et Suseia! —"más alto".

Un saludo de ánimo y de fuerza, o quizás en el fondo para expresar el deseo de ambos de volver a encontrarse "más allá", en Santiago de Compostela; o, si eso no fuera posible, "más alto", en el cielo.

Actualmente, muchos se saludan simplemente deseándose "¡Buen Camino!", pero no faltan peregrinos que siguen conservando esta hermosa tradición.

Aunque no se puede hablar del Camino de Santiago, ya que el camino hay que andarlo, hay que sentirse peregrino, hay que dejarse hacer por el camino, sí podemos hablar de la huella que cada rostro peregrino viene dejándonos a su paso por nuestro Monasterio.

Las hermanas hemos visto sus miradas, hondas y profundas, que se asentaban en el alma; hemos curado sus ampollas y escuchado sus silencios; hemos enjugado sus lágrimas que nos hablaban de la vida interior encontrada.

Una experiencia de comunicación, de escucha, de afectos, de historias de vida, reflejo de la sociedad del momento, que nos permite ensanchar nuestro corazón y abrir nuestras puertas ofreciendo el don gratuito de la acogida, el diálogo, el silencio, la oración.

Así, en el nombre de Cristo, os seguimos, os acogemos a vosotros, hombres y mujeres, que camináis por el camino de la vida hacia Santiago, sea cual sea vuestra fe.

¡BUEN CAMINO, PEREGRINO!, que en el camino de vuestra Vida, la flecha amarilla que os guíe sea siempre Cristo».

Si se quiere ver así, puede parecernos una definición un tanto mística y apergaminada, como corresponde expresarse a las monjas de un monasterio, pero hay que recordar que se refiere a los peregrinos medievales.

A lo largo de todo el camino no hemos dejado de escucharlo una y mil veces, siempre en castellano, es un mantra que se repite por dónde quiera que vayas, en algunas ocasiones serán las únicas palabras que podrás escuchar de tus semejantes durante las duras jornadas de caminata.

En una sociedad como la actual, concentrada en sí misma, sin mirar por los demás, en la que a veces nos cuesta hasta dar un simple buenos días al cruzarte con el vecino en el ascensor, se agradece que todos te deseen:

¡BUEN CAMINO!

LA CREDENCIAL

La credencial es el documento oficial del Camino, un pasaporte que certifica mediante sellos los días y lugares de paso desde que empezaste la peregrinación hasta llegar a Santiago de Compostela.

Se consigue por dos euros en cualquier Asociación de Amigos del Camino, nosotros la compramos en Madrid pero, incluso una vez iniciado el Camino, puede obtenerse en algunos albergues y parroquias.

Para tener derecho a que te entreguen la «compostela» —no confundir con la compostelana que es una mujer nacida en Santiago de Compostela— hay que presentar la credencial con todos los sellos que te hayan ido estampando durante el trayecto para demostrar que lo has hecho.

En principio, a nosotros la compostela no nos preocupa demasiado porque no tenemos que demostrar nada, pero si es bonita a lo mejor la pediremos para tenerla como recuerdo.

LA COMPOSTELA

Oficialmente «A quienes logran llegar por sus propias fuerzas a Santiago, les espera, en cualquier año, la recompensa de la Compostela, un diploma extendido por la Oficina del Peregrino para certificar que la ruta ha sido hecha con sentido cristiano (*algo que parece difícil demostrar*). Lo obtienen los peregrinos que cubran los últimos 100 kilómetros a pie o a caballo, y los que en bicicleta recorran los últimos 200. En ambos casos debe aportarse la credencial oficial de peregrino, con uno o más sellos diarios de los albergues o las parroquias recorridas por cualquiera de sus rutas».

Publico el texto en latín, lo dejo tal cual porque mis lectores son gente culta y bien informada:

APITULUM hujus Almae Apostolicae et Metropolitanae Ecclesiae Compostellanae sigilli Altaris Beati Jacobi Apostoli custos, ut omnibus Fidelibus et Perigrinis ex toto terrarum Orbe, devotionis affectu vel voti cosa, ad limina Apostoli Nostri Hispaniarum Patroni ac Tutelaris SANCTI JACOBI convenientibus, authenticas visitationis litteras expediat, omni- bus et singulis praesentes inspecturis, notum facit : Dnum/Dnam Fulanitus Tal Hoc sacratissimum Templum pietatis causa devote visitasse.

In quorum fidem praesentes litteras, sigillo ejusdem Sanctae Ecclesiae munitas, ei confero.

Datum Compostellae die _ (dia) mensis _ (mes) anno Dei _ (año) Canonicus Deputatus pro Peregrinis".

Que, traducido al castellano, significa:

El Cabildo de esta Santa Apostólica y Metropolitana Iglesia Catedral Compostelana custodio del sello del Altar de Santiago Apóstol, a todos los fieles y peregrinos que llegan desde cualquier parte del Orbe de la Tierra con actitud de devoción o por causa de voto o promesa peregrinen hasta la Tumba del Apóstol, Nuestro Patrón y Protector de las Españas, acredita ante todos los que observen este documento que: D. Fulanito de Tal ha visitado devotamente este sacratísimo Templo con sentido cristiano (pietatis causa).

En fe de lo cual le entrego el presente documento refrendado con el sello de esta misma Santa Iglesia.

Dado en Santiago de Compostela el día _ mes _ del año del Señor _

El Secretario Capitular

LA BENDICIÓN

En la Colegiata de Roncesvalles se celebra a diario la llamada Misa del Peregrino, al término de la cual se bendice a los peregrinos asistentes con esta oración, repetida en varias lenguas:

«En nombre de Nuestro Señor Jesucristo, recibe este morral hábito de tu peregrinación para que castigado y enmendado te apresures en llegar a los pies de Santiago, a donde ansías llegar, y para que después de haber hecho el viaje vuelvas al lado nuestro con gozo, con la ayuda de Dios, que vive y reina por todos los siglos Amén.

Recibe este báculo que sea como sustento de la marcha y del trabajo, para el camino de tu peregrinación, para que puedas vencer las catervas del enemigo y llegar seguro a los pies

de Santiago y después de hecho el viaje, volver junto a nos con alegría, con la anuencia del mismo Dios, que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén».

En algunas iglesias del camino también imparten la bendición al acabar la misa vespertina, dando por entendido que no todos los peregrinos empiezan o retoman su camino en Roncesvalles y que todos necesitan por igual ser bendecidos.

Se entiende que es una oración tradicional de otra época que no tiene mucho sentido en la actualidad, porque no te dan ningún morral, tienes que aportarlo tú, y lo mismo ocurre con el báculo (o bordón); además te permiten que arrees con él en la cabeza de cualquier enemigo que te encuentres por esos mundos; no había caído en la cuenta de que nos piden que volvamos a Roncesvalles, deshaciendo el camino, tras llegar a Santiago; me parece una pasada que muy pocos deben atreverse a cumplir, cuando llegue ese día, desde Santiago tomaremos un tren y volveremos a casa por la vía rápida (suponiendo que para entonces hayan inaugurado el AVE a Galicia).

MATERIAL

Todas las recomendaciones que he leído sobre lo que hay que llevar y lo que no, insisten en el mismo criterio: solo hay que llevar encima aquello que se considere imprescindible y quepa razonablemente en la mochila, sin pasarse de peso.

El problema a resolver es determinar qué es imprescindible y qué no lo es, porque el criterio a emplear dependerá mucho de la personalidad y necesidades de cada peregrino, de la estación del año, de la climatología, del tiempo disponible, de la distancia a recorrer, del presupuesto, etc.

Antes de seguir adelante, aclaro que me voy a referir siempre a los objetos que puedan caber con normalidad y sin apreturas en una mochila media que el propio peregrino cargará en todo momento sobre su espalda. Salvo que se prefiera utilizar el servicio de transporte de mochilas entre albergues que, por un módico precio (cinco euros o seis cada una), evita tener que acarrearla contigo y te hará el Camino mucho más llevadero; es preferible andar ligeros de equipaje que soportar una carga pesada, pero tampoco aprovechemos el servicio para llevarnos tres maletas repletas como si nos fuéramos de vacaciones.

LA MOCHILA

Como no quiero dármelas de entendido sin serlo, voy a copiar lo que dicen en **gronze.com** sobre el particular que me ha parecido muy interesante:

«La mochila: pequeña y ligera.

La elección de la mochila, junto con la de las botas, es la más importante en cuanto a la preparación del material para hacer el Camino. Lo primero a decidir es su capacidad, que se mide en litros, y que determinará en buena parte el peso final pues, en general, a más capacidad más cosas se terminan cargando. Y, por supuesto, el propio peso de la mochila también es un dato para tener muy en cuenta. Es significativo que en el Camino nunca nadie se queje de llevar una mochila demasiado pequeña, pero sí hay muchos que se quejan de llevar una demasiado grande.

Para el Camino de Santiago, según nuestra opinión, la capacidad de la mochila debería estar dentro del rango que va de los 35 a los 45 litros en época de buen tiempo, y de los 50 a los 60 litros en invierno. Obviamente el frío y la nieve requie-

ren forzosamente de más y más pesado equipamiento. El peso de la mochila no debería superar el 10% del peso corporal, con un máximo de 8 kilos.

De 35 litros: Magnífico para aquellos peregrinos dispuestos a ir con lo mínimo de lo mínimo, haciendo realidad lo de caminar ligero de equipaje. Y no son pocos los que en verano caminan, tan felices, con sus mochilas de 35 litros, y con sus chanclas y algún otro trasto colgando fuera. Y sonríen, porque la mochila les pesa 6 kilos, o menos.

De 40 litros: Sigue entrando en la categoría de las pequeñas, pero los 5 litros de diferencia respecto a la anterior nos permiten meter alguna prenda más, un poco más de holgura, y colocar las chanclas y la bolsa con los plátanos en el interior. Quizá esta sea la capacidad de la mochila ideal en la época de buen tiempo, porque sin duda también nos obligará a un considerable (y necesario) esfuerzo de selección del material, y a cargar solo con lo imprescindible.

De 45 litros: Esta ya no es pequeña, es más "normal", y en época de buen tiempo o de entretiempo nos debe caber todo de sobra y sin excusas.

De 50 litros: Demasiado grande para la época de buen tiempo, es, a la vez, la "pequeña" de invierno (pero suficiente para muchos peregrinos).

De 55-60 litros: Solo justificable en pleno invierno.

La capacidad no es la única característica que debemos tener presente antes de comprar una mochila. Que disponga de compartimentos separados, de bolsillo superior, de bolsillos laterales en el cinturón, de almohadillados en la espalda y cintura, de cintas ajustables, de funda impermeable, de correa de ajuste pectoral, que sea anatómica y de altura regulable (las

grandes), etc., de hecho las mochilas de calidad ya tienen la mayoría de estas características».

Fácil ¿no?, bueno, pues para acometer el primer tramo nosotros reciclamos dos mochilas de nuestros hijos que todavía andaban rodando por casa.

Yo utilicé la que llevó Pablo Ignacio en la Ruta Quetzal por Estados Unidos, México y España, si aquella mochila —de 50 litros— resistió semejante palizón, sin duda aguantará el Camino.

Resultó cómoda de llevar, pero un poco anticuada para lo que ahora se estila, además desteñía y me estropeó un par de camisetas; como Lola la ha restaurado al volver a casa, dejándola como nueva, seguramente será la que utilice en adelante.

Voy a contar una graciosa anécdota sobre la mochila: es de la marca «Panama Jack» y lleva un vistoso logo en amarillo a la vista (se aprecia bien en la fotografía); llegando a Logroño nos adelantó un brasileño que iba en bicicleta, al pasar a nuestro lado me preguntó «¿eres de Panamá, Jack?», lo bueno del asunto es que lo preguntaba completamente en serio.

Lola optó por una mochila que Teresa había utilizado en un viaje de fin de curso a París con el instituto, fue una mala decisión que tuvo que soportar durante todo el primer tramo: no ajustaba bien, era muy incómoda y durante la marcha se iba descolocando, un suplicio.

Tras la experiencia, la mejor decisión ha sido tirarla y comprar una nueva con las características descritas anteriormente, de gran capacidad y con todos los adelantos actuales en cuanto a comodidad, diseño moderno, cuidada estética y distribución del espacio disponible.

EL CALZADO

Tan importante o más que la elección de la mochila, porque equivocarse en este aspecto puede significar muchos problemas para tus pies y, por extensión, a todo el cuerpo, arruinándote por completo la caminata.

Los expertos dicen que para épocas templadas es suficiente con unas zapatillas de *trekking*, que sean de caña baja o alta va en gustos, pero sobre todo que sean flexibles, transpirables, impermeables y tener una buena suela con sistema de *vibram* o material parecido.

Es importante que sean un número o dos mayores que la talla habitual de calzado, porque los pies normalmente se hinchan durante la marcha y hay que dejarles espacio para evitar las molestas rozaduras y la aparición de uñas negras por ajuste excesivo.

Para cuando terminamos las etapas llevamos unas sandalias de goma de correas ajustables, una decisión acertada porque cuando llegas al albergue, tras haberles metido un tute de veinte o veinticinco kilómetros, lo que tus pies necesitan es sentirse cómodos, relajarse libres de ataduras y notar el aire fresco circulando entre los dedos.

Además, el material de estas chanclas permite ducharte con ellas puestas, necesario para evitar posibles contagios por hongos y evitar pisar descalzos la suciedad en lugares públicos.

En más de una ocasión nos han servido para remojar los pies en ríos y fuentes de aguas normalmente muy frías, la sensación de alivio y frescor es inmediata, muy relajante y se agradece.

LA ROPA

Vale, aquí es dónde hay que empezar a ahorrar peso, no vamos a un desfile de modelos ni es obligatoria la elegancia indumentaria, solo hay que ser prácticos, se trata de llevar la menor cantidad de ropa posible, porque pesará menos, cabrá mejor en la mochila y porque no la vamos a necesitar.

Vayamos de arriba abajo y por capas, ese es el secreto, quitar y poner por capas a voluntad según el clima del momento:

-Algo para cubrir la cabeza, al gusto de cada cual, ya sea una **gorra** con visera o un gorro de explorador, el caso es que abrigue y proteja de las inclemencias (sol, frío, lluvia o nieve incluidos).

-Algo para abrigar bien el cuello, lo recomendable sería una **braga** tipo **militar** (1) con la que en un momento determinado puedas taparte la cara; la bufanda de la abuela o un pañuelo de seda son opciones poco prácticas.

-Uno par de **guantes** ligeros, incluso con buen tiempo puedes necesitarlos a primera hora. Imprescindible que abriguen y sean impermeables.

-Para una primera capa nada mejor que la **camiseta térmica** (2) por si hace frío, o de algodón (2) para pasear guapetón y lucir palmito por esos pueblos.

-Por encima, una camisa o similar de manga larga (1) y alguna prenda de tejido **polar** (1), bien sea tipo sudadera o chaqueta asumiendo que la mayor parte del tiempo, si hace bueno, una de ellas la vas a llevar en la mochila.

-Si haces el Camino en época de frío o lluvia, nada mejor que una **prenda** completa exterior que sea **impermeable** y una

funda similar para la mochila; un **paraguas** plegable para usar en el tiempo libre podría resultar muy útil.

-Los **pantalones** (2) con bolsillos laterales, si hace calor no es mala idea que ambos sean cortos; los modelos que permiten separar la pernera de rodilla para abajo me resultan molestos porque rozan.

-**Ropa interior** (3).

-Calcetines, mínimo tres pares pero que sean de los buenos. Mejor si no tienen costuras, que sean de un tejido adecuado para la marcha, transpirables, con refuerzos en talón y puntera, que no hagan arrugas… hoy día en cualquier tienda especializada los encuentras a buen precio y es una inversión menor de la que no te arrepentirás.

PARA DORMIR

Si vas a dormir en albergues resulta imprescindible llevar un **saco de dormir**; a esta prenda debes pedirle que sea ultraligera, compacta y confortable; teniendo en cuenta que normalmente vas a dormir bajo techo no te hará falta un saco de acampada libre o de montaña, recuerda que el Camino Francés no pasa por Groenlandia.

Nosotros llevamos los que teníamos en casa, buenos sacos con los que no se pasa frío, pero quizá demasiado grandes y poco compactos (aun doblados ocupan mucho en la mochila o sobre ella), cada uno pesa 1,1 kilos.

Recomendaría llevar una **esterilla** aislante, a ser posible antihumedad, puede venirte bien en algunas situaciones (por ejemplo, para echarte una siesta debajo de un árbol) y pueden

portarse fácilmente en la mochila; esta vez no llevamos, para próximas ocasiones la tendremos en cuenta.

Si el camino lo haces en época de calor, ahora hay **sábanas-saco**, pero teniendo en cuenta que no abrigan nada, es más por cuestiones higiénicas; pesan poco más de 200 gramos y así podrías dejar el saco en casa.

Nada de pijamas a lo Walt Disney o de rayas, tanto en cama como dentro del saco se duerme en ropa interior, es más que suficiente, no resulta incómodo y evitas tener que cargar con ellos.

No nos ha pasado, pero podría ser que por exceso de peregrinos o por pillarte la noche en medio de la nada, no encuentres un sitio a cubierto donde dormir, entonces la esterilla y un buen saco serían la solución, la verdad es que estoy deseando que me pase, pero aquí no me atrevería a recomendarlo.

Una **funda ligera de almohada**, si vas a dormir en albergues o en lugares donde no haya ropa de cama; aparte de por higiene, no pasa nada por cargar con tu propia funda.

LOS COMPLEMENTOS

-La **concha** de peregrino, es la señal que indica al resto del mundo que estás haciendo el Camino, la enganchas a la mochila para que sea bien visible.

-Un **bastón o bordón** (como lo llaman los peregrinos) es un elemento a tener en cuenta; nosotros optamos por bastones de senderismo, son plegables y se adaptan a la medida del usuario por lo que resultan muy prácticos. En todo caso, se trata de un tercer apoyo al caminar, útil en cuestas, para vadear un riachuelo o evitar caídas cuando el camino sea pedregoso.

Además de seguridad de marcha, ayudan a descargar el trabajo muscular de las articulaciones de las piernas; en los brazos ayudan a que la sangre no se concentre en las manos si siempre las llevas bajas mientras caminas.

¿Un bastón o dos?, no hay una regla definida, cada uno lo que prefiera, en mi caso solo llevo uno y la mitad del tiempo lo llevo plegado y sujeto en la mochila.

Procura siempre que sea bueno, resistente, telescópico, ajustable, plegable, con asa para la muñeca, los hay de muchos tipos, pero elije uno que lo tenga todo.

Utilizar el bordón es más simbólico y tradicional que práctico, aunque muchos peregrinos lo prefieren a estos bastones de senderismo; algo tendrá que ver que, con el paso de los años, algunos peregrinos establecen una fuerte vinculación emocional con su bordón, al que consideran mucho más que una simple herramienta de apoyo... sufrirían un buen disgusto si un día lo pierden (y si no que se lo pregunten a Joxelu).

-**Gafas** de **sol** y/o las de ver, en caso de que las necesites.

-**Toallas ligeras** (1 pequeña para cara y manos, 1 mediana para la ducha), las ventajas de las toallas de microfibras son claras: peso ligero, poco volumen, gran absorción y de rápido secado. Perfectas incluso en invierno. Estas toallas, al contrario que las de algodón, suelen dejar una ligerísima humedad en la piel, que no supone ningún problema (todo lo contrario) si la temperatura ambiente es normal; sin embargo, en invierno, y a no ser que el albergue tenga buena calefacción (poco frecuente) y esté encendida (cosa aún menos frecuente), no dará tiempo a que se seque por completo durante la noche. En todo caso es un producto excelente, que nos permite rebajar el peso total (cuanto menos peso, mejor) a cargar en de la mochila y poder disfrutar de sus prestaciones secantes.

-Una pequeña **linterna** o frontal para movernos de noche, en la calle o en el albergue. Normalmente con la linterna del móvil será suficiente, puede dejarse en casa.

-Una pastilla de **jabón** para lavar la ropa, **pinzas** para tenderla e **imperdibles** para colgarla de la mochila si al día siguiente todavía no está seca del todo.

-**Bolsa de tocador** con lo necesario, como cepillo de dientes, dentífrico, champú, gel de ducha, peine, útiles de afeitar, todo ello en tamaño pequeño, si hiciera falta se puede reponer por el camino.

-Una **cantimplora** o en su defecto una botella de plástico rígido de medio litro al menos.

-**Pañuelos** de papel, papel higiénico, pero no te pases, solo un rollo por si te entra cagalera en mitad de una etapa, se supone que por comodidad, higiene y respeto a la naturaleza esperarás a llegar a los albergues o bares del camino.

-**Tapones** para los oídos, si son buenos te pueden ayudar a dormir en los albergues; los dormitorios comunitarios son ruidosos por mil razones, los que hemos hecho la mili sabemos de lo que hablamos; a veces ni siquiera el cansancio de la etapa te permitirá caer rendido en los brazos de Morfeo si tu vecino de litera ronca como búfalo en celo.

-**Bolsas** de plástico. Para proteger objetos de la lluvia y separarlos dentro de la mochila. Mejor que sean bolsas de vacío para ahorrar espacio.

-**Cargador** del móvil, con lo poco que duran las baterías actuales y el uso continuo del móvil, no puedes olvidártelo en casa.

-Un **kit de costura** básico, no es necesario acarrear con una máquina de coser Singer; para arreglos pequeños tipo coser un

botón, reparar un tirante de la mochila, un roto, un descosido, cosas sin importancia; bastará con llevar agujas, hilo y dedal.

-Cortaúñas de manos y pies, imprescindibles por razones obvias, sobre todo para cuidar las uñas de los pies.

-Un **cuchillo** mediano o, si se prefiere, una navaja suiza que tenga un poco de todo.

-El apartado de **botiquín** mejor no dejarlo en manos de hipocondríacos, por el camino hay farmacias en las que comprar algo si se necesita; vaselina neutra, tiras de *compeed*, una venda elástica por persona, desinfectante, esparadrapo, gasa, tiritas, unas tijeras pequeñas y algún analgésico específico

Recomendable llevar también una **crema** de **protección solar** (y usarla, claro).

Todo lo demás sería prescindible, yo no cargaría con el botiquín de pared de casa porque en circunstancias normales no te va a hacer falta.

OBJETOS PRESCINDIBLES

Recuerda que cuanto menos pese la mochila mucho mejor para ti ya que tendrás que cargarla sobre tu espalda; durante un rato se aguanta sin problemas, pero tras siete u ocho horas de marcha pensarás que va rellena de piedras.

Salvo que contrates transporte de equipaje entre albergues, la mochila no debe ser el baúl de la Piquer, tendrás que dejar algunas cosas de uso cotidiano en casa, entre las que se me ocurren:

-El **portátil**, si tienes mono de Internet mejor que te conformes con el móvil, todo lo más lleva una tableta.

-La **televisión de plasma**, por muy pequeña que sea, déjala en casa porque estás haciendo un viaje que favorece la introspección, no pasa nada si te pierdes el enésimo partido del siglo o una serie.

-Un **secador de pelo**, sin duda muy útil en la vida diaria, pero algo menos en el Camino; además en algunos albergues lo tienen, y en caso contrario dejar secar el pelo al aire libre seguro que no es perjudicial.

-**Ropa de cama**, en los albergues incluso las alquilan desechables, en estos casos es mejor utilizar el saco de dormir si lo has llevado contigo.

-**Libros**, podrías llevarte uno o dos como mucho, el papel pesa bastante más de lo que pensamos y no vas a tener mucho tiempo para la lectura; un dispositivo electrónico podría ser la solución, pero ¿es imprescindible que te dediques a la lectura habiendo a tu alrededor gente tan interesante con la que mantener una conversación?

-Aparatos como **GPS**, **brújula**, **mapas** topográficos, todos tienen una aplicación equivalente en el móvil que podrás utilizar; de acuerdo, no siempre habrá buena cobertura, pero es que en el Camino es difícil perderse, hay flechas, mojones, señales, indicadores, pintadas, amontonamiento de piedrecitas…

OBJETOS ÚTILES

Como ves, en el Camino, la mayoría de las cosas que utilizamos habitualmente resultan prescindibles, aunque otras van en gustos:

-**Cámara de fotos**, hoy día las de los móviles son bastante buenas y resultan suficiente para una mayoría de personas; yo

no me encuentro entre ellas y por eso llevo siempre mi cámara colgando del cuello, lista para inmortalizar todo lo que me llame la atención , situación que suele ocurrir a cada paso.

Su peso entre quinientos gramos y un kilo, contando la bolsa de transporte y algunos complementos —como la batería de reserva, el cargador y un juego de filtros—, no me resultó molesto en ningún momento, si bien debo reconocer que no soy objetivo, porque sarna con gusto no pica. No negaré que llevar colgando del cuello la cámara durante días es mucho peor que no llevar nada.

-Un **cuaderno pequeño** y un **bolígrafo**, un clásico para los que vamos tomando notas y apuntes constantemente para luego recordarlas en detalle y contarlas en un libro.

MI LISTA

Para recordarla en el futuro voy a publicar la lista exhaustiva de los efectos personales, objetos y demás que he llevado en el tramo 3; puede que haya habido pequeños cambios respecto a los anteriores tramos pero ni me acuerdo.

1	Mochila 50 litros	24	Bolígrafo
2	Credencial peregrino	25	Botella agua
3	Concha peregrino	26	Gafas de ver
4	Bastón	27	Gafas de sol
5	Sombrero/Gorra	28	Mascarillas
6	Polainas	29	Chanclas de goma
7	Guantes	30	Braga de cuello
8	Calcetines (3)	31	Funda de almohada
9	Calzoncillos (4)	32	Toalla microfibra cara
10	Camisetas (4)	33	Toalla microfibra ducha

11	Polar	34	Pantalón de repuesto
12	Polar ligero	35	Jabón de lavar ropa
13	Chubasquero	36	Pinzas de la ropa
14	Funda impermeable mochila	37	Pañuelos de papel
15	Paraguas plegable	38	Cuchillo
16	Aseo (1)	39	Kit de costura
17	Botiquín (2)	40	Crema solar factor 30
18	Cámara de fotos	41	Bolsas de plástico
19	Cargador cámara	42	Vela de cumpleaños
20	Móvil	43	Reloj
21	Cargador móvil	44	Cargador de reloj
22	Saco de dormir	45	Capa impermeable
23	Libreta viaje		

La completo con los artículos básicos de aseo y botiquín, como en su mayoría son compartidos entre los dos, repartimos su contenido entra las dos mochilas.

	ASEO		BOTIQUÍN
1	Cepillo pelo	1	Vaselina
2	Cepillo dientes	2	Compeed
3	Cuchilla de afeitar	3	Venda elástica
4	Espuma de afeitar	4	Desinfectante
5	Crema hidratante	5	Esparadrapo tela
6	Gel de baño	6	Gasa
7	Champú	7	Tiritas
8	Dentífrico	8	Aspirina
9	Cortaúñas manos	9	Tijeras pequeñas
10	Cortaúñas pies	10	Alcohol de romero
		11	Réflex

ETAPAS

PRIMER TRAMO

El Camino es muy largo, meterse casi 800 kilómetros de una tirada entre pecho y espalda requiere una buena preparación mental, tiempo libre, muchas ganas, fuerza de voluntad, resistencia a las frustraciones, suerte con las lesiones y un presupuesto considerable.

El Camino de Santiago original ya estaba descrito en el Códice Calixtino[1] y puedes consultarse en el reverso de la credencial; consta de 13 etapas de una media de 60 kilómetros, división del recorrido tan solo al alcance de puristas, cagaprisas y/o frikis, que de todo hay en la viña del Señor. Los peregrinos de antes hacían esas etapas pero no a una por día, sino con tiempo.

Lo más habitual es que el Camino se divida en 30 etapas de una media de 26 kilómetros y, a su vez, que no se realice del tirón sino en sucesivas intentonas.

Nosotros hemos querido probar con una primera experiencia de 150 kilómetros, son los que separan Roncesvalles de Logroño, un total de siete etapas de 21 kilómetros en promedio, aunque la realidad haya sido diferente y acabaran saliendo etapas un poco más largas de lo previsto.

Las programadas inicialmente por nosotros, quedan reflejadas con fidelidad en el cuadro siguiente:

[1] Manuscrito del siglo XII que se considera la biblia del Camino y se conserva en la catedral compostelana

Etapa		Distancia
1	Roncesvalles - Zubiri	22
2	Zubiri - Pamplona	24
3	Pamplona - Puente la Reina	24
4	Puente la Reina - Estella	25
5	Estella - Los Arcos	24
6	Los Arcos - Viana	21
7	Viana - Logroño	10
	Total	150

Realmente han salido algunos más, porque la información consultada es algo imprecisa, por desconocer los criterios de medición que se han utilizado. Creo que depende mucho de la guía que se consulte, en la nuestra parece ser que las mediciones se realizan entre los albergues municipales de inicio y final, que parece una opción correcta para intentar normalizar los recorridos.

Yo llevaba una aplicación GPS en la que iba registrando los recorridos, un ejemplo: la etapa Zubiri–Pamplona tenía veinte kms sobre el papel, pero ese día acabamos haciendo cinco más y jurando en arameo para llegar hasta el hotel elegido.

La elección de la época del año es una decisión importante, en esto —como en tantas otras cosas— el Camino no se diferencia mucho de unas vacaciones laborales, según sea tempo-

rada alta, media y baja, la disponibilidad en los albergues y los precios cambian bastante.

Bien entrado el otoño parece una fecha idónea, seguro que habrá menos peregrinos que en otras estaciones pero, a cambio muchos albergues habrán cerrado o estarán a punto de hacerlo tras unos meses previos de mucho trabajo.

Nos han contado que, en temporada alta, digamos de mayo a octubre, se complica encontrar alojamientos, los caminos estarán llenos de peregrinos… si se puede, más vale evitarla.

Por no hablar del clima que encontraremos, el calor veraniego resultará asfixiante por mucho que discurra por el norte y en invierno te pelarás de frío.

Nosotros hemos disfrutado de una climatología ideal, con temperaturas entre diez y veinticinco grados y cielos límpidos, una maravilla otoñal.

Ya veremos qué pasará en primavera, nos han dicho que en abril empieza a haber problemas de ocupación y la tranquilidad podría dejar de ser tu mejor compañera de viaje.

RONCESVALLES - ZUBIRI

Anoche nos acostamos muy temprano, casi sin tiempo para digerir bien la cena, por estar muy cansados del largo día de ayer que empezamos a las 0600 de la mañana, viaje en coche hasta Pamplona y traslado posterior a Roncesvalles en autobús, a dónde llegamos derrengados pasadas las 1700.

Vamos a por ello

En Roncesvalles dimos un buen paseo de reconocimiento, no hay pérdida, nada más bajarte del autobús te recibe el cartel que anuncia la distancia total a recorrer para llegar a Santiago de Compostela: 790 kilómetros de nada.

A las 0715 ya estábamos desayunando en el bar de Casa Sabina que es el «albergue» elegido para la primera noche; por ser uno de los dos únicos bares (el otro es la Posada) dónde se

puede desayunar a esas horas, coincidimos con numerosos peregrinos llegados del albergue de la Colegiata.

La barra solo está atendida por una persona, de modo que hay que empezar a poner en práctica la paciencia, si ya empezamos cabreados y con prisas… mal lo llevamos.

A las 0800 estamos parados frente al cartel de la foto, todavía es de noche, pero la temperatura es agradable, los nervios y la emoción por comenzar a caminar son evidentes, ¿seremos capaces, qué nos vamos a encontrar?

Para empezar, atravesamos un sombrío bosque de robles llamado Sorginaritzaga o «robledal de las brujas», en el que se celebraron los más conocidos aquelarres del siglo XVI que acabaron con nueve personas en la hoguera.

En este mismo enclave se encuentra la Cruz Blanca, que no es una franquicia de la cervecería sino un símbolo de protección divina en el Camino.

Atravesado el bosque de Sorginaritzaga y a una distancia de tres kilómetros llegamos al pueblo de Burguete también llamado Auritz que es su denominación en euskera, otra de las sorpresas del Camino a su paso por Navarra es comprobar la enorme influencia vasca en casi toda la Comunidad Foral.

En Burguete, un pueblo-calle precioso de grandes casas, todas floridas y blasonadas con escudos de piedra, hicimos un alto para comprar fruta y bebida en una tienda bien surtida al comienzo del pueblo.

Seguimos otros cuatro kilómetros por caminos que alternan zonas de bosque con verdes prados, parajes idílicos con las montañas como telón de fondo y pequeños cauces de agua que en esta época de sequía no representan un problema.

Cruzamos sin detenernos el pueblo de Espinal (Aurizberri) y seguimos por un camino entre hayedos, acebos y helechos, tapizado el suelo por las hojas caídas, en el que continuamente hay que ir abriendo y cerrando compuertas de paso para el ganado.

Estamos acercándonos al primer alto serio programado, lo hacemos tras otros cinco kilómetros en un quiosco-bar en Bizkarreta (Gerindiaín), en este lugar conocemos a nuestro personaje Paco «el malagueño» mientras tomamos un café y un poco de sol mañanero antes de afrontar la segunda parte de la etapa.

Enseguida llegamos a las inmediaciones de Lintzoain y por un camino de cemento iniciamos la subida al Alto de Erro, que suponíamos era la principal dificultad de la etapa.

La subida no entraña demasiado problema, los carteles que indican las distancias confunden bastante porque no coinciden con nuestras notas, así que mejor no hacer caso y seguir caminando sin pensar en lo que queda, y es que empezamos a notar cierto cansancio como no podía ser de otra forma siendo novatos en estas lides.

Cuatro kilómetros después llegamos al Alto de Erro, se suponía que allí habría un bar móvil, pero está cerrado en esta época del año porque hay pocos peregrinos y no debe ser rentable, así que descansamos un momento para reponer líquidos y continuamos avanzando con la moral intacta.

La bajada de Erro se hace muy pesada, el camino discurre sobre lajas de roca que aquí llaman «tufas» y son una auténtica tortura para los pies, aparte de requerir guardar bien el equilibrio para no caerte a las primeras de cambio. Es en este tipo de firme donde se agradece llevar un buen calzado, sin él no hubiéramos podido dar ni un paso.

Por fin, tras cuatro kilómetros de bajada en los que incluso encontramos escalones, llegamos al llamado puente de la Rabia sobre el río Arga —que nos acompañará desde ahora hasta Puente la Reina—, en la entrada a Zubiri o pueblo del puente.

Puente de la Rabia

Nuestro albergue, el Río Arga Ibaiua, está situado a la izquierda nada más cruzar el puente; teníamos habitación doble reservada con vistas al río, pero como la ventana es demasiado pequeña no se veía bien su curso fluvial, lo mejor fue bajar a remojarnos los pies en las frescas aguas del río Arga.

Se trata de un puente románico de dos arcos y cuenta la leyenda que al pasar bajo el puente los animales afectados de rabia se curaban. Yo no probé, pero tampoco estaba rabioso.

El albergue está bien aunque los colchones parecían querer tirarnos de la cama, el baño es compartido con las pequeñas molestias que ello ocasiona, pero nuevamente recuerdo que estamos haciendo el Camino y lo más importante no son las comodidades de la vida moderna sino disfrutar.

Como llegamos a la hora de la comida tuvimos que ir al polideportivo municipal para ver que nos daban y allí nos encontramos nuevamente con Millo, con quién compartimos el café posterior.

Ya que el albergue dispone de cocina comunitaria, compramos pan, huevos, jamón y queso para prepararnos un bocadillo de tortilla por la noche «luchando» contra un grupo de ruidosos francoalemanes que se creían los dueños del lugar, pero antes merendamos con Millo y una agradable pareja de Sabadell en un bar propiedad del dueño del albergue.

Viviendo tantas emociones en nuestro primer día, nos acostamos pronto para poder empezar la etapa de mañana en buenas condiciones.

Han sido veintidós kilómetros, la mayor parte entre bosques y prados, suficientes para quitarnos el hipo de saber cómo sería esto del Camino.

Hemos conocido a personas interesantes, algunas de las cuales han pasado a formar parte de la galería de personajes por derecho propio, y comprobado por nosotros mismos que con determinación y motivación se puede hacer (casi todo) lo que uno se proponga.

ZUBIRI - PAMPLONA

Hoy es el cumpleaños de Lola, cuando se lo pregunté en verano ella eligió este viaje como regalo y aquí estamos dispuestos a continuar camino.

En el albergue está preparado el desayuno desde la noche anterior, una mesa larga con un cubierto por peregrino y café, leche, infusiones, pan, bollería… suficiente para coger fuerza antes de iniciar la segunda etapa.

Sobre plano la distancia prevista es de algo más de veinte kilómetros, pero durante la mañana aprenderemos que no hay que fiarse demasiado de las guías a la hora de calcularlas.

A las 0805 iniciamos la marcha volviendo a cruzar el puente de la Rabia para retomar la ruta, al hacerlo por arriba en lugar de bajo sus arcos no pudimos curarnos de la «rabia» interna que sentíamos por los lamentables hechos que están ocurriendo estos días en Cataluña.

En Ilarratz, apenas a tres kilómetros de Zubiri, pasamos junto a un albergue que algunos peregrinos prefieren en momentos de mucha afluencia, pero es un riesgo llegar hasta aquí porque si lo encuentras lleno no habrá opción y acabarás durmiendo al raso.

A la salida estaba Joxelu consultando un panel sobre aves rapaces; le pregunté si era español, me contestó que vasco y le recordé que una cosa no quitaba la otra; una vez posicionados y eliminadas las tiranteces geográficas, compartimos camino juntos hasta el pueblo siguiente, dónde decidió seguir en solitario y nosotros hacer la primera parada.

Llegamos al pequeño puente de los Bandidos en Larrasoaña, esperemos que ya no campen por sus respetos los bandoleros

que en el pasado se dedicaban a asaltar peregrinos, porque no tenemos muchas ganas de pelea, solo queremos disfrutar mientras sea posible.

Aprovechamos la belleza del entorno para hacer un alto en el camino; sentados sobre el pretil del puente preparamos unos bocadillos con el jamón y el queso que sobraron de la cena.

Puente de los Bandidos

Habiendo recuperadas las fuerzas nos encontramos con ganas para seguir caminando junto al río Arga, pasando cerca de Akerreta que no se atraviesa pero se percibe entre la arboleda, y tras nueve kilómetros más llegamos a otro puente, en este caso el de Zuriáin.

Nada más cruzarlo está el bar La Posada, hay varios peregrinos —entre otros conocidos, Joxelu, los alemanes, los franceses y Paco el malagueño, cascando animadamente en inglés

con todos ellos—, lo cual nos motiva para hacer la parada larga del día, a falta de camioneros nos valen los peregrinos para saber si merece la pena entrar en el bar.

Despojados del peso de las mochilas, sentados al sol, rodeados de gallinas, un gallo, un gato y alegres peregrinos, disfrutamos de un montado de chistorra auténtica que casi se nos saltan las lágrimas de la emoción.

Como era el cumpleaños de Lola me acerqué a la barra a preguntar por el tamaño de los bocadillos; en este pueblo se dividen en montado, medio bocadillo y bocadillo, todos en tamaño XL; encargué dos montados de chistorra para darle una nutritiva sorpresa a Lola que me esperaba fuera intentando fotografiar al desconfiado gallo que no se dejaba.

Animados por un sol espléndido conseguimos superar subidas y bajadas, cruzamos el pueblo de Irotz y poco después llegamos hasta el puente de Iturgaiz; a partir de ese punto se avanza por una senda fluvial que discurre en paralelo al río Arga hasta llegar a un punto denominado el Merendero.

En el Merendero se puede seguir por el cauce del Arga hasta Pamplona, pero el Camino tradicional consiste en subir una cuesta tremenda hasta llegar al señorío de Arleta, un conjunto de casas de piedra cubiertas de hiedra en estado semiabandonado aunque habitadas por una suerte de «hippies» modernos, por lo que pudimos deducir viendo el entorno desde el camino.

Desde este punto hasta el puente sobre el río Ultzama, en la Trinidad de Arre, el Camino está mal señalizado, cruza por túneles un par de veces la carretera, no nos gusta el recorrido y se nos hace largo y pesado llegar hasta el puente mencionado, situado en la entrada al pueblo de Villava (Ategorrieta), localidad natal del famoso campeón ciclista Miguel Induráin.

Puente de la Trinidad de Arre

Atravesar Villava por su calle principal bajo un sol de justicia hace mella en Lola, que empezó a preguntarme cuanto quedaba para acabar la etapa; como, según mis cálculos, en ese momento llevábamos veintidós, dije «tranquila que ya casi hemos llegado», pero todavía quedaba mucho pueblo y luego, sin solución de continuidad, Burlada y la entrada a Pamplona.

En Burlada coincidimos con un barbudo peregrino brasileño llamado Pedro; el fuerte calor no parece afectarlo, lleva puesto un gorro de lana, mallas largas, un polar y guantes, no puedo aguantar la curiosidad y entablo con él una conversación de circunstancias:

—¿Hola qué tal, de dónde eres?

—De Brasilia, pero vivo en Río de Janeiro.

—¿Y no tienes calor con todo eso, Pedro?

—No, que va, acostumbrado a la alta temperatura de Río y a su humedad, esto incluso me parece frío.

«Hay gente pa *tó*», seguimos andando, viendo que Lola parecía estar muy cansada, me adelanté unos metros con Pedro para no agobiarla demasiado, pero casi fue peor el remedio que la enfermedad.

A la entrada de Pamplona nos despedimos y él siguió hacia el albergue municipal; Lola me pregunta de nuevo cuanto queda para llegar, llevamos ya los veintidós kilómetros prometidos, pero, siempre hay un pero, el hotel que hemos escogido no forma parte de la ruta jacobea oficial y todavía tuvimos que subir otros tres kilómetros más por la interminable y diabólicamente empinada Avenida de la Baja Navarra a pleno sol.

Entrada a Pamplona por la Avenida de la Baja Navarra

En ese mismo momento tendríamos que haber parado un taxi o coger un autobús que nos acercasen al hotel; por cansan-

cio no estuvimos acertados analizando la situación y la subida por esa larga avenida se convirtió en un auténtico vía crucis, hasta que finalmente conseguimos llegar a nuestro destino.

Fueron casi veinticinco exigentes kilómetros en total, de los que los tres últimos no estaban previstos en el guion; en el día de máximo calor de la semana, el esfuerzo imprevisto nos dejó para el arrastre.

El hotel Bearán no puede estar más céntrico, tras descansar un par de horas salimos a pasear a bordo de las sandalias, es un gustazo para los pies aunque con escaso glamur indumentario; visitamos la zona de la plaza del Castillo, la catedral y el Ayuntamiento y regresamos para buscar algún restaurante cercano en el que cenar para celebrar el cumpleaños.

Le pedí velas al camarero pero solo encontró una, tras soplarla y cantar a coro por lo bajini el cumpleaños feliz dimos por acabados los festejos conmemorativos del día y subimos al hotel a descansar a pierna suelta porque esto no termina aquí y mañana tenemos otra interesante etapa por recorrer.

PAMPLONA - PUENTE LA REINA

Recuperados del esfuerzo extra de ayer tras el relajante descanso nocturno, nos disponemos a empezar la tercera etapa, serán veinticuatro kilómetros en los que la máxima dificultad parece ser el Alto del Perdón.

Aproximación al Alto del Perdón

Cruzamos de noche la bien cuidada Ciudadela, una antigua fortificación militar que ahora se utiliza como jardín y es una zona de paseo e intercambio entre los distintos barrios de la ciudad.

Siguiendo las numerosas marcas de una concha sobre soporte de bronce ubicadas en el suelo, como si fueran las miguitas de pan del cuento de Pulgarcito, conseguimos salir rápidamente

de Pamplona atravesando el campus universitario sin mayor dificultad y disfrutando del paisaje.

Hasta el Alto del Perdón el camino va ganando altura poco a poco, una ligera pendiente que no cuesta gran esfuerzo físico porque en trece o catorce kilómetros el desnivel es de apenas de trescientos metros.

Durante el largo acercamiento al Alto del Perdón, de vez en cuando conviene echar la vista atrás, como premio se obtiene una excelente panorámica de Cizur Menor, Cizur Mayor y Pamplona en la lejanía.

Hacia delante el elevado horizonte lo domina una larga fila de aerogeneradores[2] emplazados a lo largo de la cresta de la Sierra del Perdón; vamos haciendo cábalas de si el paso de la sierra estará entre este y aquel o entre aquel y ese otro; cuando menos te lo esperas llegas al pueblo de Zariquiegui, desde el cual, en apenas otros 2,5 kms de cuesta arriba, llegamos por fin al Alto del Perdón.

Hay bastantes peregrinos descansando de la subida y disfrutando de las vistas, un paisaje extenso mirando hacia Pamplona que se divisa al fondo. Nos sentamos a los pies del monumento en piedra levantado en la cima y aprovechamos para quitarnos las mochilas y fotografiarnos ante la escultura de Vicente Galbete, realizada en chapa. Representa una comitiva de peregrinos de distintas épocas que se cruzan con la línea de molinos de viento. El texto que acompaña a la obra dice «Donde se cruza el camino del viento con el de las estrellas».

---

[2] Primer parque eólico de Navarra; tiene cuarenta molinos de cuarenta metros de altura; si Don Quijote pasase por aquí le daría un síncope al pobrecillo.

Precisamente la cubierta del libro está dedicada a este interesante conjunto escultórico.

En el Alto del Perdón

Allí mismo conocimos a dos bomberos zaragozanos que han quedado incluidos como personajes del Camino; enseguida me fijé en un matrimonio de japoneses de nuestra quinta, más o menos, que descansaban a nuestro lado y no pude evitar acercarme a saludarlos.

A las primeras de cambio les comenté nuestra relación con Japón y eso les generó confianza suficiente, no creo que imaginasen conocer a alguien como nosotros en este viaje; antes de despedirnos me entregó su tarjeta de visita profesional que no publico aquí por mantener la confidencialidad y porque al estar escrita en japonés daría un poco lo mismo lo que ponga.

El caso es que estamos formalmente invitados a su casa, supongo que a tomar un té con pastas, cuando algún día volvamos a viajar a Japón; a priori yo no descarto el contacto porque comentaron que viven cerca del monte Fuji y esa mítica montaña nos está llamando, quiere que la conozcamos de cerca.

En el Alto del Perdón también había anunciado un bar móvil, pero el encargado, al igual que su colega del Alto de Erro, ha debido tomarse vacaciones.

La bajada hacía Uterga, siguiente pueblo apenas a 3,4 kilómetros, se convierte en un verdadero suplicio porque supone recorrer un tramo que se nos hace insufrible entre piedras que se mueven al pisarlas y el firme en pésimas condiciones; las piernas gritan pidiendo clemencia, sin duda se trata de un nuevo obstáculo jacobeo para poner a prueba la férrea voluntad y determinación de los peregrinos.

Durante la bajada veíamos a los bomberos a lo lejos, llevaban mejor ritmo que nosotros, pero también se los oía jurar en maño-arameo a pesar de la fortaleza física que se les supone.

En Uterga aprovechamos para descansar en el albergue Usda, aparentemente el único abierto del pueblo en ese momento; sentados en el exterior hacemos un aprovisionamiento completo a base de bocadillos y cerveza, porque haber aguantado el calor y la penosa bajada desde el Alto del Perdón, sin morir en el intento, bien se merece un premio.

Al acabar el descanso llamo por precaución al albergue Estrella Guía de Puente la Reina para reservar habitación y, antes de quedarnos fríos y que nos entre el muermo, nos ponemos en marcha buscando terminar lo antes posible la etapa.

Atravesamos a buen paso el cercano pueblo de Muruzabal y seguimos camino; en Obanos se produce el encuentro entre los Caminos Francés y Aragonés que viene desde Somport.

Suponemos que el encuentro generará bastante saturación de peregrinos en los meses de máxima afluencia, pero estos días no parece un problema porque apenas vemos a unos pocos.

Por fin llegamos a Puente la Reina (Gares), han sido más de veinticuatro kilómetros y, aunque vamos bien de fuerzas, tenemos muchas ganas de darnos una buena ducha, descansar tumbados en la cama y calzarnos las sandalias de peregrino para visitar la población y regalarnos una cena calentita.

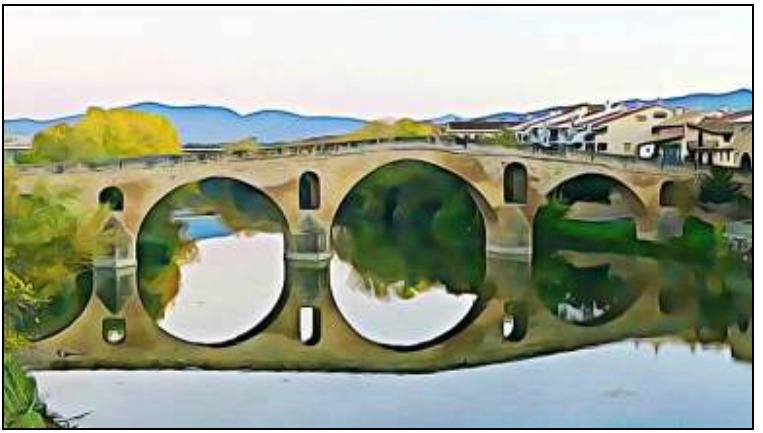
El premio es un pueblo con mucha historia y un bellísimo puente sobre el río Arga que le da nombre y nos viene acompañando desde Zubiri.

Durante nuestro paseo coincidimos con Pedro el brasileño y juntos recorremos algunas calles y hacemos fotografías en el entorno del puente (él es fotógrafo) antes de compartir una cena tranquila a la que invitó Lola por su cumpleaños y volver al albergue a descansar que buena falta nos hace a los tres.

PUENTE LA REINA – ESTELLA

De haber sido esto el Tour de France quizás podríamos estar hablando de afrontar la etapa reina de la montaña, con tres subidas importantes: las de Mañeru, la de Cirauqui y la muy exigente subida a Lorca.

Según la información que llevábamos, iban a ser veintidós kilómetros con esas tachuelas como dificultad y poco más, pero la realidad fue muy diferente.



Puente la Reina

Salimos de Puente la Reina recorriendo de amanecida y de cabo a rabo la calle Mayor hasta llegar al puente, ayer no lo cruzamos, pero hoy es de paso obligado; desde el otro lado hacemos algunas fotos para el recuerdo porque la vista del puente nos atrapa; seguimos el curso del río un par de kilómetros hasta que afrontamos la primera subida seria del día entre pinares; a unos cinco kilómetros se encuentra Mañeru y los últimos repechos nos costaba superarlos, el camino se vuelve bastante complicado en algunos tramos.

Al llegar a Mañeru intentamos tomarnos un café, pero se había ido la electricidad en todo el pueblo y volvió justamente cuando decidimos continuar. No podemos tomarnos uno.

Otros dos kilómetros y medio después afrontamos la subida a Cirauqui, las cuestas se insertan en el propio pueblo; allí cruzamos bajo el arco del Ayuntamiento y aprovechamos para sellar la credencial ya que sobre una repisa de madera han habilitado un tampón que funciona en modo autoservicio.

Cirauqui

En Cirauqui nos reencontramos con Pedro, está buscando una farmacia porque le duele mucho la rodilla y duda si comprarse una rodillera; seguramente el dolor es consecuencia de las fuertes pendientes que acabamos de superar, pero él dice que no, que ya lo traía de Brasil.

Lola también viene arrastrando problemas en una rodilla, en algún momento de la etapa consigo convencerla para que me deje ponerle una venda en la zona de la cintilla y el invento casero parece dar buen resultado.

Sin apenas tiempo para nada más seguimos camino hacia Lorca, incluso caminamos un tramo por los restos de una calzada romana, bajo mi punto de vista hacemos una tontería porque en paralelo discurre un camino de tierra en perfectas condiciones; no me explico cómo la gente de entonces podía andar por aquellas calzadas empedradas, supongo que en su época estarían mejor conservadas.

De camino a Lorca atravesamos el puente sobre el río Salado, sobre el que cuenta la leyenda:

Puente sobre el río Salado

«Este es el lugar donde, según relata el Códice Calixtino, los lugareños aprovechaban para saquear a los peregrinos incautos que se acompañaban de caballerías. Al parecer instaban a que los caballos bebieran de esta agua que por sus características los hacía morir. ¡Cuidado con beber en él, ni tú, ni tu caballo, pues es un río mortífero!»

No conocíamos la leyenda, pero tampoco paramos demasiado para comprobarlo, nada de beber ni una sola gota, solo el tiempo justo para sacar una fotografía y salir picando espuelas

porque en Lorca teníamos previsto hacer la parada larga de la etapa y queremos llegar cuanto antes.

El camino atraviesa por debajo la autovía A-12 o del Camino de Santiago, la subida final a Lorca se torna bastante exigente por momentos, pero la recompensa al esfuerzo estaba en el pilón de la plaza, dónde aprovechamos para descalzarnos y hacer una revisión completa de pies, aquí es dónde creo que la convencí para vendarle la rodilla; yo aproveché para darme un baño de piernas en las heladas aguas del pilón.

Iglesia de San Veremundo (Villatuerta)

Llevábamos casi catorce kilómetros de marcha y, aunque hicimos una parada larga para descansar, no aprovechamos la ocasión para comer en serio (cierto es que tampoco vimos ningún restaurante) y decidimos hacerlo en Villatuerta (Bilatorta), a unos cuatro o cinco kilómetros de allí.

El camino hasta este pueblo es en bajada o en llano por lo que no encontramos mayores dificultades, solo un hambre atroz que se había despertado de su letargo y empezaba a decirnos «aquí estoy yo».

Comimos sentados relajadamente un pincho de tortilla de patatas y un montado de chistorra en la terraza del polideportivo; no había platos calientes porque la hora de la comida ya había pasado y no había cocineros.

Junto a la iglesia de San Veremundo nos encontramos de nuevo a Pedro y dos chicas francesas —son otras, no se trataba de las hermanas beatas—, nos comenta que no ha sentido alivio con la rodillera porque le aprieta y corta la circulación, tendrá que seguir sufriendo.

Pasamos junto a un hito en recuerdo de la peregrina canadiense Mary Catherine Kimpton, muerta en dicho punto al parecer por un atropello en la carretera cercana, con una placa que recuerda su mala suerte.

A punto de alcanzar los veinte kilómetros de etapa cruzamos un puente abombado de madera sobre el río Ega que nos acerca en poco tiempo hasta las inmediaciones de Estella (Lizarra).

Vemos un primer cartel que indica en varios idiomas que hemos llegado a Estella, pero no es cierto; la realidad es que dejamos una barriada del pueblo al otro lado del río, porque hasta el albergue de los Capuchinos, que es dónde queremos pernoctar, todavía quedaba un largo trecho.

La situación fue parecida a la llegada a Pamplona, cuando estás más cansado y piensas que ya has terminado, compruebas que todavía te quedan tres o cuatro kilómetros más; ni siquiera la cercanía del río Ega y las frondosas arboledas que lo acompañan consiguen sacarnos una sonrisa. Vamos echando pestes.

Pasamos junto a las ruinas del castillo de Zalatambor y pasamos de largo cerca del puente de la Cárcel porque no tenemos el ánimo para hacer turismo; en el Museo del Carlismo entro a preguntar horarios, aunque hoy no vamos a tener tiempo para visitarlo porque se está haciendo tarde y por fin, al acabarse la kilométrica calle Rúa, llegamos al albergue de peregrinos de los Capuchinos.

Esta noche la pasaremos solos en el enorme albergue porque, excepto nosotros dos, hoy no ha llegado ningún peregrino más; la calidad de la habitación nos devuelve la alegría perdida durante los últimos kilómetros, ha sido recientemente renovado, disponemos de cómodas camas y cuarto de baño privado; todo nuevo y a estrenar, no necesitamos nada más.

Aprovechando el obligado aislamiento bajamos a la lavandería para lavar y secar la ropa sucia acumulada que, a estas alturas del Camino, era casi toda la que habíamos traído y buena falta le hacía un lavado en profundidad.

Antes de acostarnos salimos a dar una vuelta y cenar algo por el pueblo y a la búsqueda de un cajero automático con el que reponer la también exhausta cartera.

ESTELLA – LOS ARCOS

La etapa programada en las guías era Estella-Torres del Río, pero veintinueve kilómetros se nos antojaba una distancia demasiado larga, por lo que decidimos llegar hasta Los Arcos y pernoctar allí.

Sierra de Urbasa

Salimos muy temprano de Estella porque el albergue no ofrece desayuno; está en el mismo Camino, pero hasta pasado Ayegui —población cercana a Estella— no vemos ni una sola señal que indique la ruta.

Nos extraña, pero decidimos tirar carretera adelante tras consultar en el móvil la información que llevábamos preparada y divisar a lo lejos la mochila de un peregrino que nos precede.

A nuestra derecha se perfila la Sierra de Urbasa y a nuestra izquierda las laderas de Montejurra, monte que tenía ganas de conocer desde los sucesos del mismo nombre ocurridos en ma-

yo de 1976, en los que aquel trágico día estuvo presente mi madre como hicieron otros cientos de carlistas.

En las laderas del monte se encuentra el Monasterio de Irache —actualmente cerrado aunque quieren convertirlo en Parador Nacional— y una bodega del mismo nombre que ha montado una fuente gratuita de vino que ya hay que tener sed para beber de aquel caño.

El camino se divide en dos ramales, a la izquierda ladeando Montejurra se pasará por Luquin y de allí a Los Arcos, pero nosotros escogemos seguir de frente; la decisión nos obligará a subir hasta Villamayor de Monjardín pasando por Ázqueta, pero es el recorrido tradicional y lo preferimos.

En esta zona alcanzamos los primeros cien kilómetros de nuestra peregrinación, una pena que la calidad del vino de la fuente no acompañase, toda la zona olía fatal, porque lo hubiésemos podido celebrar con un brindis.

Cruzamos de pasada Ázqueta y sin más dilación enfilamos la subida hasta Villamayor que, al contrario de lo esperado, no nos cuesta tanto esfuerzo como pensábamos, vamos mejorando cada día nuestra resistencia.

Casi sin darnos cuenta empezamos a ver a lo lejos la torre de la iglesia de San Andrés Apóstol; se trata del pueblo, situado a los pies de un castillo semiderruido que corona un altozano piramidal llamado Monjardín.

Poco antes de llegar existe una construcción que data de la época medieval, unos escalones permiten descender hasta un aljibe del que desconocemos su utilidad actual, quizás fuera un antiguo lavadero; el caso es que ayudados por las sombras nos ofreció una bonita escena fotográfica como recuerdo de esta etapa.

Aljibe en Villamayor de Monjardín

En Villamayor hacemos la parada larga del día, tomamos un café y encargamos unos bocadillos para irlos comiendo durante el trayecto hasta Los Arcos, pero como tenemos hambre no esperamos y acabamos con ellos allí mismo.

Desde Villamayor hasta Los Arcos no hay pueblos intermedios, el camino es una monótona sucesión de kilómetros en bajada o llano, atravesando viñedos, olivares y campos cultivados; durante el trayecto nos encontramos con Israel el paracaidista, como buen samaritano se paró a ayudarnos a recolocar la mochila de Lola que en ese momento iba totalmente ladeada, luego compartimos charla durante un corto descanso y los tres juntos llegamos en buena compañía hasta Los Arcos.

Camino de Los Arcos

Un poco antes, a escasa distancia de Villamayor, nos había alcanzado Joxelu, pero cuando paramos a descansar con Israel él prefirió seguir su caminar solitario, repitiendo la misma táctica que había seguido desde nuestro primer encuentro, caminar y charlar un rato con nosotros y luego «agur».

Tras veinticuatro kilómetros llegamos a Los Arcos, traspasamos el llamado portal de Castilla y al otro lado del río encontramos acomodo para pasar la noche en el magnífico albergue Ostadar, «Arco iris» en vasco, donde prácticamente también estuvimos solos y disfrutamos de una habitación estupenda con todas las comodidades.

A las 2000 asistimos a la misa del peregrino en la iglesia del pueblo, allí estaban las hermanas francesas, y al terminar coincidimos cenando con Israel y medio pueblo en el bar más pequeño y concurrido de la plaza.

Tras varios días de marcha ya tenemos asumidos los rígidos horarios de cada etapa, pero justo esa noche atrasaron la hora y no conseguíamos ponernos de acuerdo en la hora de levantarnos.

Al final, aunque se ganaba una hora extra para descansar, preferimos acostarnos temprano y aprovechar el cambio horario para seguir madrugando como el resto de los días.

A Lola le sentó a cuerno quemado porque quería aprovechar para dormir un poco más; ¡se estaba tan bien en Ostadar!, un lujo asiático en comparación con el resto de los albergues y todavía hoy protesta un poquito cuando lo recordamos.

Lo cierto es que, a la hora de la verdad, no hizo falta poner el despertador, a las 0700 (las 0600 oficiales) abrimos de par en par los ojos como todas las mañanas anteriores y en un periquete nos pusimos en marcha.

LOS ARCOS - VIANA

A temprana hora nos acercamos al mismo bar dónde cenamos anoche, ahora para desayunar; también llegó Joxelu y tomando café compartimos los minutos previos al inicio de la marcha contándonos las novedades.

Camino de Sansol

La imagen superior es una buena muestra del principio de la etapa, nuevamente en compañía de Joxelu llegamos enseguida a Sansol; los últimos kilómetros son por carretera pero no pasó ni un solo vehículo, así que pudimos disfrutar del acercamiento por terreno favorable, tras tantos kilómetros de caminos y piedras el asfalto nos parecía una alfombra voladora.

Sansol es un pueblo pequeño, a su entrada junto a una señal que indica velocidad máxima de cuarenta aprovechamos para

que Joxelu nos tomase una foto juntos; en septiembre habíamos celebrado los primeros cuarenta años de matrimonio y el guarismo de la señal de tráfico era una buena excusa para el recuerdo.

Sansol

En la tienda del pueblo conocemos a Patxi, alcalde-tendero, y en su local hacemos una primera parada gastronómica que sirve de excusa a Joxelu para partir en solitario, tiene prisa porque hoy quiere llegar hasta Logroño y le queda por delante una buena tirada hasta la capital de La Rioja.

Desde las alturas de Sansol se divisa perfectamente el pueblo de Torres del Río, no creo que diste más de un kilómetro; lo atravesamos sin detenernos más que lo imprescindible para admirar los blasones que coronan la entrada de muchas casas del pueblo y sacar algunas fotos; pasado el pueblo nos dirigimos hacia el siguiente punto destacable de hoy que es la solita-

ria ermita de Nuestra Señora del Poyo, junto a la carretera que a veces iremos bordeando hasta llegar a Viana.

Según se indica en una placa cerámica, la Virgen protege al pueblo de Bargota y a los peregrinos aunque sin aclarar de qué males nos protege.

El camino continúa, hay que cruzar en un par de ocasiones la carretera, hoy frecuentada por motoristas cuyas ruidosas monturas rompen el silencio del campo, tal vez fuera el peligro que nos acechaba por lo que extremamos las precauciones.

Un cartel nos indica que quedan menos de ocho kilómetros hasta nuestro destino, aunque a estas alturas tanta precisión métrica nos escama; nos adentramos en el barranco de Cornava y compartimos unos minutos de marcha y charla con un simpático peregrino bilbaíno entre viñedos, subidas y bajadas.

A dos o tres kilómetros de Viana afrontamos una cuesta tremenda; haciendo rápidos cálculos mentales no me extrañaría que la pendiente supere en algún tramo el 20% de inclinación, por lo que todos los ciclistas la ascienden descabalgados, nosotros también subimos echando los higadillos.

Al coronar la cumbre se abre un camino paralelo a la carretera desde el que se divisa perfectamente el bonito pueblo de Viana a lo lejos.

Al poco, el sendero desaparece y durante un largo trecho tenemos que andar por el mínimo arcén de la carretera, menos mal que apenas hay tráfico y la Virgen del Poyo no se ha visto obligada a echar horas extras con nosotros.

Llegando a Viana reaparece nuevamente el camino y por fin llegamos al pueblo, en ese momento nos alcanzan las hermanas francesas y les pedimos ayuda para inmortalizar el momento junto al cartel de la entrada.

Llegada a Viana

La etapa se nos ha hecho corta y amena, eso no quita para que estemos deseando soltar las mochilas, ponernos las sandalias y recorrer el pueblo; algo tendrá cuando el gran Joan Manuel Serrat, nombrado hijo adoptivo en el año 2014, tiene dedicado un hito en el que asegura «En este lugar aprendí a amar la luz»,

Nada más entrar, en la primera calle del pueblo, se encuentra el albergue Izar, nos atiende Calixta, una militar norteamericana, cuya peripecia vital y expertas llaves de judo se comentan en el apartado de los personajes.

La habitación tiene dos camas individuales y una litera, pero solamente la ocuparemos nosotros; el baño compartido es típico de muchos albergues del Camino, lo cual no impide que nos demos una buena ducha y nos pongamos guapos, dispuestos a visitar la población.

Nada más salir del albergue nos topamos con Merche quien nos hace de amable guía local y nos acompaña hasta el Quico, bar donde daremos cuenta de unas pochas y de un increíble

plato combinado de lomo, huevos fritos y patatas que por poco nos hace llorar de la emoción.

Compartimos charla jacobea con unas jóvenes peregrinas de Malgrat de Mar y, acabada la comida, volvemos al albergue a dormir la siesta, puede decirse que lo que nos queda de Camino es nada comparado con lo que llevamos, así que mañana no hará madrugar para llegar a Logroño, final previsto de nuestro primer tramo.

Tras la siesta volvemos al pueblo para estirar las piernas y picar alguna ración; de anochecida nos encontramos con Pedro y sus nuevas amigas francesas, los notamos un tanto agotados, pero no quieren quedarse en Viana y aseguran que van a seguir andando hasta Logroño.

Fue la última vez que coincidimos con ellos, suponemos que llegarían (de hecho sabemos que Pedro lo consiguió porque seguimos teniendo noticias suyas), pero pensamos que no era la mejor decisión en su estado; en fin, cada cual debe tomar sus propias decisiones y asumir las consecuencias.

A la vuelta al albergue Lola me pide que pregunte en un bar cercano llamado Mibar a qué hora abrirán mañana, porque ella no quiere ponerse en marcha sin tomarse antes una taza de café y una tostada o lo que sea.

Pregunto en el bar y al salir un individuo me pregunta si soy peregrino, las pintas que llevamos nos delatan; entablamos una conversación, «soy de Madrid, de la Alameda de Osuna» —me confiesa—, se ve que un día apareció en el pueblo y aquí se quedó, porque ya lleva varios años y no piensa marcharse.

Haciendo señales a Lola, que me esperaba al final de la calle, la invitó a acercarse y entramos los tres en el Mibar porque nos quería convidar a algo y presentarnos a su cuadrilla que, a

juzgar por el aspecto de alguno de ellos, debían llevar buena parte de la tarde soplando sin parar.

Media hora después conseguimos que nos dejasen marchar con la disculpa de que mañana teníamos que caminar, de no ser por eso todavía estaríamos acodados en la barra tomando chupitos de pacharán (en mi caso eran de manzana sin alcohol).

Que yo no bebiera alcohol les sorprendió tanto o más que si les hubiera dicho que procedía de una galaxia cercana, Andrómeda o Galaxia Espiral M31 por ejemplo que es la única que me ha venido a la cabeza. Toda una señora galaxia con un diámetro de doscientos veinte mil años luz (en lo que concierne a su halo galáctico) y ciento cincuenta mil años luz entre los extremos de sus brazos, es el objeto visible a simple vista más alejado de la Tierra; volviendo al bar, en su estado actual, los de la cuadrilla no creo que pudieran verla ni con el telescopio Hubble.

¡Madre mía, sin beber vino y sin ganas de pasarme las tardes en el bar, qué vianés de pacotilla hubiera sido un servidor!

VIANA - LOGROÑO

A pesar de todo, de nuevo madrugamos; aunque Logroño esté a solo diez kilómetros de Viana queremos llegar con tiempo suficiente para tomar el autobús que nos devolverá a la estación de Pamplona, donde el coche espera nuestro regreso.

Logroño a la vista (desde Viana)

Desde la muralla se divisa lo que podría ser Logroño, cuanto antes empecemos a caminar mejor. Así que en la plaza de los Fueros, al lado del Ayuntamiento, entramos a un bar a desayunar; los lunes no deben ser buenos para trabajar porque a la camarera no había por dónde entrarla, seria y callada, respondiendo con secos monosílabos, algo poco habitual en el Camino, pero no lo paguemos con ella, a lo mejor simplemente va a tener un mal día, se habrá levantado con el pie izquierdo.

La salida de Viana está a la misma altura que la entrada al pueblo, es decir más desangelada y poco cuidada imposible; avanzamos por enrevesados caminos entre huertas privadas, hasta acabar cruzando la carretera nacional por un paso subte-

rráneo, en el que un enorme grafiti nos saluda con el típico ¡buen camino!

Poco a poco vamos avanzando por un llano hasta ir a dar con la ermita de la Virgen de Cuevas que, como casi todas las ermitas e iglesias del Camino, estaba cerrada cuando nosotros llegamos.

Un jardinero que trabajaba en la zona nos dijo que solamente la abren los Lunes Santos, cuando se celebra una romería en la que bajan a la Virgen desde Viana —dónde reside el resto del año— y celebran una misa al aire libre, antes se decía de campaña, tras la cual los llamados «sarteneros» preparan un almuerzo a base de chuletas a la parrilla, calderete y paella.

Dejamos atrás la hermética ermita y pasamos por un pequeño bosquecillo de pinos que termina cruzando de nuevo la carretera por un moderno paso elevado; unos metros más allá lle-

gamos a la zona de la laguna de Cañas, pero no paramos a buscar el observatorio de aves existente porque no queríamos entretenernos y además estaba mal señalizado.

Queda poco para llegar a Logroño

Entramos en la Comunidad de La Rioja, el paisaje ha ido cambiando a peor, la exuberancia navarra ha dejado paso a tierra de nadie, carreteras, polígonos industriales, pocas vistas y ausencia de belleza; cruzamos de nuevo la carretera por un subterráneo y, sentados sobre unos tubos de uralita, paramos a tomarnos los bocatines que previsoramente habíamos pedido a la agria camarera del bar en Viana.

Mientras estábamos descansando fueron pasando por delante algunos peregrinos a los que hemos ido viendo en distintos momentos del Camino.

Un ciclista brasileño se acerca y nos pregunta «¿Sois de Panamá, Jack?», enseguida me doy cuenta de que el logo visible de mi mochila lo ha confundido, serán los kilómetros, el cansancio, el desconocimiento de la marca… pero por poco nos meamos los dos de la risa, el hombre se da cuenta del patinazo y se aleja pedaleando en silencio.

Por encima de los viñedos ya se divisa claramente Logroño, pasamos junto a la —no sabría definir adecuadamente el tipo de negocio— tienda de Felisa que promete higos, agua y amor, curiosa combinación triple que no acabo de entender.

No nos atiende Felisa, pues la pobre murió hace algún tiempo, sino una hija que por su aspecto perfectamente podría ser la propia Felisa. Genética total.

Bordeamos las inmediaciones de un cementerio y, dejándolo atrás, llegamos al inicio del llamado puente de Piedra sobre el río Ebro que nos indica que hemos conseguido alcanzar nuestro primer gran objetivo.

Sellar la credencial en la oficina de Turismo, cruzar el puente y empezar a callejear por el casco antiguo de la ciudad fue todo uno, pronto llegamos a la concatedral de la Redonda y empezamos a notar el buen ambiente que reina en Logroño, al menos el día que llegamos.

Pero lo prioritario, antes de dirigirnos a la estación de autobuses para que la Estellesa nos devolviera a Pamplona, era acercarnos hasta la calle Laurel e inmediaciones, conocida como «la senda de los elefantes», para comprobar si su fama gastronómica se corresponde con la realidad.

Logroño: Objetivo conseguido

Casi todos los bares que nos había recomendado Lucas, el pínfano zaragozano, (el Ángel, especializado en champiñones; el Jubera, especializado en patatas bravas) estaban cerrados dado lo temprano de la hora, así que nos quedamos con las ganas.

A cambio encontramos abierto el bar Sierra la Hez; el nombre no parece muy apropiado para un bar, pero las tapas y pinchos estaban de rechupete y nos pusimos morados.

Allí esperamos la llegada de Lucas que se ofreció a enseñarnos algunos lugares emblemáticos de la ciudad, como la casa del general Espartero —que no fue rey porque no quiso; por cierto, nacido en Granátula de Calatrava, pueblo de Ciudad Real, localidad natal de nuestro amigo Carlos Maldonado—, los soportales dónde se rodó en 1956 «Calle Mayor», película de Juan Antonio Bardem, según recuerda una placa conmemorativa y el Espolón con el famoso caballo de Espartero, el de los huevos grandes, los cuales me entretuve en inmortalizar.

¡Vaya par de dídimos!

El cansancio nos hizo dirigirnos como autómatas hacia la estación para tomar café y sacar los billetes de vuelta a Pamplona; a propósito, lo pasé fatal durante el viaje de vuelta que hice mareado y a punto de...

¿Habrá más tramos?, nos preguntamos; probablemente, nos respondemos. Estamos dándole vueltas y planificando el segundo que nos tendría que llevar desde Logroño hasta Burgos y, si estamos en buenas condiciones, puede que incluso lo alarguemos hasta León.

Pero, si tiene que suceder, será en primavera, cuando amaine un poco el frío norteño y antes de que se produzca una nueva avalancha de peregrinos.

Sin duda, este ha sido un buen tramo del Camino de Santiago que hemos disfrutado en pareja y del que guardaremos buen recuerdo el resto de nuestras vidas.

SEGUNDO TRAMO

Como es normal y natural, tras el invierno llegó la primavera, pero debido a circunstancias opuestas a nuestros deseos no pudimos reanudar la marcha como teníamos previsto hacer; así que pasado el verano, con el otoño apenas despertando a la vida, llegó nuevamente la hora de partir.

Algunas de las etapas desde Logroño hasta León nos parecieron demasiado largas; como ya no estamos para tirar cohetes las dividimos a nuestro criterio teniendo en cuenta las posibilidades de alojamiento en pueblos intermedios.

Etapas entre veinte y veintidós kilómetros como mucho son distancias asumibles para nuestro estado físico, máxime teniendo en cuenta que los dos llevamos varios meses padeciendo una molesta fascitis plantar y, si vuelven a aparecer, podría ser un problema serio. No es necesario sufrir más de la cuenta.

El mismo día de su cumpleaños, a las 1835 nos embarcamos en Atocha en un tren con destino Logroño, apenas fueron tres horas y media de cómodo trayecto, durante el cual aprovechamos para ir repasando los planes y dar buena cuenta de los bocadillos que preparamos en casa porque tenemos comprobado que viajar en tren da hambre.

El nombre del hotel resulta ser un imaginativo juego de palabras, «Winederful», que convierte el vino en maravilla, aunque escrito en inglés para atraer al turismo extranjero que es lo que se busca, se ve que el turismo nacional prefiere otro tipo de alojamientos; en La Rioja casi todo gira alrededor del mundo del vino como motor económico, cada región explota sus atractivos naturales o adquiridos para salir adelante.

En esta parte de la ciudad, el Camino de Santiago solo es un atractivo más y no reviste tanta importancia.

Así al menos lo canta esta jota:

«*Riojano de pura cepa*
En La Rioja vine al mundo,
riojano de pura cepa.
No hay jota que yo no cante,
ni vino que yo no beba.
en La Rioja vine al mundo»

El recepcionista nos estaba esperando para acabar su jornada laboral, ya que llegamos en taxi desde la estación solo media hora antes del cierre; tras unas breves indicaciones y alojarnos en la habitación, nos largamos de inmediato a la atestada calle Laurel a tapear ya que el año pasado llegamos temprano y la mayoría de los bares estaban cerrados. Tras reponer fuerzas en los más conocidos y comprobar que su fama está plenamente justificada, volvimos al hotel a dormir la mona.

El hotel está diseñado para gente joven que busca economía en el gasto y entretenimiento garantizado en ambientes modernos, espacios comunes que comparten con otros viajeros de intereses parecidos; es fundamental tener acceso a una Wifi potente incluida en el precio de la habitación para poder relacionarse en las redes con el mundo exterior; las redes sociales están cambiando a velocidad de vértigo la forma de relacionarnos con los demás, habiendo una buena conexión a internet el resto parece importarles un poco menos.

Nuestra habitación, aunque minúscula estaba bien dotada en general, el único inconveniente fue que estaba situada en planta baja de calle y cualquier ajetreo nocturno parece que esté ocurriendo dentro de la habitación, menos mal que no coincidimos con un fin de semana o con las fiestas locales porque, en ese caso, no hubiésemos podido pegar ojo. Menos mal que los vinos del tapeo consiguieron acallar el rumor callejero.

Resumen de las etapas del segundo tramo:

Etapa		Distancia
8	Logroño - Navarrete	13
9	Navarrete - Nájera	16
10	Nájera - Santo Domingo de la Calzada	21
11	Santo Domingo de la Calzada - Belorado	23
12	Belorado - San Juan de Ortega	24
13	San Juan de Ortega - Burgos	27
14	Burgos - Hornillos del Camino	21
15	Hornillos del Camino - Castrojeriz	20
16	Castrojeriz - Boadilla del Camino	19
17	Boadilla del Camino - Frómista	6
	Total	190

Nos quedamos a dieciocho kilómetros y medio del objetivo previsto del tramo, Carrión de los Condes, pero no pudo ser, nos dolían mucho las plantas de los pies y preferimos volver a casa antes de lesionarnos seriamente. Tiempo habrá de volver a la carga, soldadito retirado vale para otra guerra.

LOGROÑO – NAVARRETE

Tras desayunar en la porticada plaza del Mercado, bajo la alargada y paralela sombra de las torres gemelas de la concatedral de la Redonda, pasamos a recoger las mochilas y resto de aperos que dejamos en el hotel y acometimos la octava etapa con decisión y muchas ganas.

Fuente e iglesia de Santiago

En el cruce de las calles Barriocepo y Sagasta veo por el rabillo del ojo a mi izquierda una iglesia y aparto la vista de la calle un segundo para contemplarla; resultó un descuido fatal porque el suelo estaba húmedo porque lo acababan de limpiar los servicios municipales; cuando quise darme cuenta, una pareja intentaba inútilmente levantarme a tirones del suelo. Busqué a Lola con la mirada perdida, sin entender muy bien qué coño hacíamos los dos tirados sobre la acera y la vi zafándose

de la pesada mochila para ponerse de pie, ayudada por la gente que pasaba, y poder ayudarme.

Parecíamos dos escarabajos peloteros en decúbito supino sobre el suelo, moviendo desesperadamente las patitas intentando darnos la vuelta; gracias a la gente pudimos recuperar de nuevo la verticalidad, todavía aturdidos por el resbalón y el golpe consiguiente; un señor me palpaba el brazo para ver si me lo había roto, pero solamente tenía un fuerte golpe en el codo que no se había partido en dos de puro milagro. Durante el resto del viaje he tenido el antebrazo a la funerala con evolución tornasolada pero, afortunadamente, no pasó a mayores, hubiera sido una forma bastante cómica de empezar el Camino para, a los cinco minutos, tener que suspenderlo ingresando de urgencia en un hospital de peregrinos accidentados.

La iglesia resultó ser la de Santiago Apóstol, mira tú qué casualidad, hombre; el santo patrón no pudo o no quiso evitarnos la caída, pero al menos nos protegió de una más que probable rotura, lo que viene siendo dar una de cal y otra de arena; Lola me confesaba después que pensó que me había desmayado fulminado por un rayo cósmico o algo así, tal fue la velocidad de mi fulgurante caída; intentó sujetarme como pudo, pero entre mi corpulencia natural y el peso de la mochila la arrastré conmigo en la dura caída a los infiernos.

Puede que en el fondo nuestro santo patrón quisiera ayudarnos poniéndonos la zancadilla, viendo que íbamos en dirección equivocada hacia el puente de Hierro sobre el Ebro y no encontró una manera mejor ni más rápida de avisarnos, con lo fácil que hubiera sido ponernos un WhatsApp.

Quisiera agradecer ahora sus cuidados a los buenos samaritanos que acudieron en nuestro pronto socorro, algunos se echaban las manos a la cabeza diciendo «¡vaya hostión!», sorprendidos de que pudiésemos seguir caminando como si nada;

también y muy especialmente a Lola, quien todos los días posteriores y hasta ayer mismo me untaba suavemente el antebrazo con Thrombocid para intentar rebajar la hinchazón y prevenirme de futuros males a pesar de mis protestas.

Repuestos del susto, aunque lógicamente alterados por el incidente, terminamos de atravesar la ciudad de Logroño en silencio sepulcral por sus calles, parques y jardines en dirección hacia el embalse de la Grajera, situado a medio camino de la población de Navarrete.

Cada vez que surgía un obstáculo viario, por mínimo que este fuera, Lola me avisaba «¡cuidado, Santi!» por lo que tras las cien primeras advertencias optamos por decir «¡Abunai!», expresión japonesa que utilizan cuando algo les parece peligroso.

De hecho esta palabra ilustraría mejor el segundo tramo que saludar con «Ultreia et suseia» a cada paso, por los mil y un peligros viarios que acechan al peregrino medio, especialmente si presenta dificultades, incluso pasajeras, de equilibrio.

En el embalse de la Grajera paramos para reponernos del susto y del resbalón a base de pinchos de tortilla y cafés con leche, porque cada uno se consuela como quiere con lo que tenga más a mano.

Allí coincidimos por primera vez con un grupo compuesto por dos señores y tres señoras de nuestra quinta o parecida, con los que seguiremos coincidiendo en algunas etapas posteriores; viajaban con mochilas demasiado pequeñas y una lucecita se nos encendió en la cabeza: o están utilizando un servicio de transporte de mochilas —una buena solución cuando no queda otro remedio o no tienes ganas de ir cargado como una acémila— o viajan en coches particulares que van situando convenientemente, uno en la salida y otro en la llegada, y llevan el grueso del equipaje en el maletero; hay mucha innovación en el Camino para adaptarse a las circunstancias.

Habitación Santiago

El hotel rural «Peregrinando» de Navarrete es una antigua y preciosista casa señorial, muy bien atendida por el venezolano Roberto y su perro Bruno, un inquieto bodeguero jerezano que nos saluda efusivamente para recibirnos. La habitación es enorme, decorada con elegantes muebles de época, por la pinta lo mismo durmieron aquí alguna vez los zares de todas las Rusias; una vez instalados salimos a inspeccionar la población.

Entramos en la monumental iglesia renacentista de Santa María de la Asunción, con un retablo mayor de estilo barroco realmente impresionante, del que dijo su autor que sería «*hobra de mucho rumbo y consequencia; tanto que en ambas Castillas me pareçe no habrá otra que en la valentía y todo de ella se pueda igualar*»; después subimos caminando al mirador del alto cerro que domina el pueblo para admirar el entorno desde las alturas, recorremos sus calles de antiguas casas blasonadas, damos cuenta de un menú sencillo (y malo) en un bar y volvemos al hotel para dormir la siesta, porque caerse a dúo en Logroño nos ha alterado el ánimo y conviene tranquilizarse con mucha calma y el conveniente y bien ganado reposo.

Una vez repuestos del todo bajamos a dar otra vuelta por el pueblo, esto de dar vueltas al acabar cada etapa puede parecer una penitencia innecesaria, pero a las piernas les sienta de maravilla un paseo relajado sin el sobrepeso de la mochila, sobre todo porque cambiamos el rígido calzado de batalla por cómodas sandalias y los pies lo agradecen; durante el paseo merendamos y compramos alimentos ligeros para cenar relajadamente en la intimidad de la alcoba.

Entramos al bar del Círculo Navarretano para catar los excelentes caldos locales y picar cualquier cosa si se tercia; hay una zona acotada exclusiva para socios, desde la barra, encaramado en lo alto del taburete, puedo ver las espaldas de una veintena de parroquianos de edad avanzada mirando como hipnotizados una película de vaqueros en la tele, me los imagino hace sesenta o setenta años viendo la misma secuencia de unos apaches atacando en círculos infinitos una caravana de colonos en el cine de verano de la plaza o el teleclub un domingo cualquiera y me parece increíble que puedan mantener la misma tensión argumental de entonces por el resultado de una pelea cuyo final conocen de antemano, porque siempre ganan los mismos.

En este preciso momento la vida transcurre para ellos en el Lejano Oeste, a sus espaldas el resto de los clientes presentes en el bar no existimos, no encajamos en el decorado.

Viéndolos disfrutar me entra melancolía por el pasado, pues de niño yo mismo tuve experiencias parecidas en la sala de televisión del internado y seguramente con las mismas películas, John Wayne es eterno, forastero, *¡bang, bang!*

NAVARRETE – NÁJERA

Tocamos diana floreada a las 0645, el baño es compartido y no queremos tener competencia, hasta que nos damos cuenta de que somos los únicos huéspedes en la planta y la lucha es innecesaria, incluso podríamos haber dormido un rato más.

Roberto ha preparado un estupendo desayuno, por lo que al final terminamos saliendo a las 0900; como ha empezado a llover tenemos que ponernos las capas protectoras adquiriendo un aspecto ciertamente grotesco, al tapar la capa completamente la mochila parecemos porteadores tibetanos con joroba.

La distancia a recorrer es corta, por lo que llegamos a Nájera a las 1330; a la entrada del pueblo paramos a reponer fuerzas

en el Cultubar y charlamos con Christine, ciudadana de Carolina del Norte, que está viajando sola; se toma un vino con nosotros pero se queda en el bar cuando nos vamos, de momento no hay confianzas, al principio los norteamericanos son bastante celosos de su intimidad, hay que dejarles su espacio.

En el bar están echando un concurso en televisión, a cuenta del cual intercambio una conversación mínima y anecdótica sobre Urbano VII con un señor que luego volveremos a encontrarnos paseando por el pueblo, es evidente que tengo un imán para atraer la atención de cierto tipo de personas.

El albergue «Puerta de Nájera» está junto al río Najerilla, tenemos habitación doble con baño privado, pero es tan pequeña que me siento agobiado y tropiezo con todo; por la noche escuchamos psicofonías que emergían de las tuberías del baño; pero no eran tales, sino que los peregrinos de los pisos superiores se pasaron la noche hablando a gritos de sus cosas de peregrinos, la madre que los parió qué nochecita nos dieron.

Comemos en el «Bodegón de la Judería», buen trato y sabrosa comida tradicional, optamos por unas patatas a la riojana y no recuerdo que más; el dueño se enrolla bien con nosotros y nos cuenta el porqué de las uvas que vemos tiradas por el suelo en las viñas, cuestión de cosechas, cupos, denominaciones de origen, etc.; su mujer es la cocinera, una andaluza de Jaén afincada en La Rioja, para nada aceitunera ni altiva.

Para bajar la comilona salimos a dar la consabida vuelta en sandalias, sigue lloviendo a ratos pero no resulta molesto; junto al río, cerca del albergue, están preparando unas brasas sobre el suelo, aunque de momento son hogueras en toda regla y parece que estemos en Denia; nos cuentan que se celebran las fiestas de San Crispín y que la gente puede llevar sus propias patatas que asarán por turno entre las brasas.

Al rico pincho de morcilla con vino de la tierra

Mientras degustamos el consabido pincho de morcilla con un vino peleón, se me acerca el amigo de Urbano VII para contarnos de qué va la fiesta, nos enteramos de que hace años trabajó en Sintel y resulta que había sido compañero de mi cuñado Andrés, se demuestra que el mundo es un pañuelo, no hay quien me lo pueda rebatir.

Lola consigue unas patatas asadas que le regala alguien y mientras las comemos, Antonio Corcovado, que así se llama el interfecto, nos aconseja visitar el «Bar Metal» en la plaza del ayuntamiento; le avisamos que a nosotros el *heavy* no nos pone especialmente, pero insiste en que allí se come el mejor pincho de champiñones de toda La Rioja y, notando que a Lola se le enciende la mirada, nos ponemos en marcha.

En un par de minutos nos presentamos en el susodicho bar para certificar que, efectivamente, los champiñones están de re-

chupete y el vino de Nájera que los acompaña también, no era peleón. Le pedimos la receta de la salsa al dueño, pero nos responde que nones, resulta que es secreta y se transmite de generación en generación de los dueños del bar.

A las 2100 volvemos más contentos que unas castañuelas al albergue para descansar bien con vistas a la etapa de mañana que nos llevará hasta Santo Domingo de la Calzada.

El balance de daños es mínimo, Lola tiene una herida en uno de los dedos del pie causada por el roce con la uña del dedo vecino, se la curo y de paso recorto el pico de la uña asesina para evitar que siga rajando dedos vecinos a su antojo; a mí me molestan un poco el brazo y el hombro implicados en la caída de antes de ayer, pero es un dolor soportable. Como soy impresionable, lo mejor es que me olvide del enorme moratón en que se ha convertido el brazo. Ojos que no ven, eso que me ahorro.

Tras acostarnos empiezan las psicofonías nocturnas ya comentadas que nos mantienen en duermevela el resto de la noche, así no hay forma de descansar; ahora que lo pienso, lo mismo podríamos haberlas amortiguado poniendo los tapones al lavabo y a la ducha, quien sabe, para variar llegamos un poco tarde encontrando soluciones a nuestro alcance.

Menos mal que esa noche se produce el cambio de hora y a las 0300 volvieron a ser las 0200, por lo que el ajuste horario nos obsequia con una hora de locuaces psicofonías adicionales de regalo. ¡Vade retro!

NÁJERA – SANTO DOMINGO

Debido al cambio de hora tocamos diana de forma espontánea a las 0605, no hemos descansado muy bien que digamos pero preferimos aprovechar para salir cuanto antes; a pesar de lo cual terminamos remoloneando un poco.

A las 0800 entramos en un bar cercano al albergue para desayunar, en el cartel exterior se indica que sirven desayunos completos, pero no tenían ni pan; nos conformamos a la fuerza con unos cafés y bollería antes de ponemos en marcha.

Autorretrato en Azofra, en la Real Casona de las Amas

En Azofra paramos a repostar y comprar unos bocadillos para más tarde; llega un peregrino de Sorrento intentando pedir un café expreso a la napolitana, le saludo por cortesía y por la casualidad de que hace unos días estuvimos de viaje en Nápo-

les invitados por Marije, le comentamos que hemos estado hace nada en Sorrento pero enseguida notamos que no había sintonía y cortamos por la sano, mejor cada oveja con su pareja. Hemos topado con un sorrentino desaborido, qué le vamos a hacer.

En Cirueña paramos a comer los bocadillos en un área de descanso peatonal, eufemismo para denominar a un banco de madera medio podrida bajo un arbusto; el dedo de Lola requiere nuevos cuidados sanitarios, por lo que me disfrazo de podólogo aficionado para la ocasión y opero a dedo abierto; el frío es intenso así que, con el último bocado todavía en la boca, reemprendemos la marcha hacía Santo Domingo.

Por el camino encontramos a Christine; a los lados hay enormes montones de algo que podrían ser patatas gigantes; yo digo que deben ser patatas para uso industrial (bolsas de patatas chip, puré de patatas…), Lola piensa que son boniatos y Christine puede decir misa si quiere porque no entendemos ni papa de lo que dice.

Posteriormente alguien nos aclaró que se trataba de remolacha y que de ella obtienen azúcar, hay que ver lo que se aprende de agroalimentación durante el trayecto.

En animada charla internacional, intercambiando frases cortas en *spanglish*, terminamos la etapa junto a la norteamericana llegando juntos a Santo Domingo.

El «Room Concept Hostel» tiene algunas virtudes y todos los defectos del ramo; la habitación es pequeña e incómoda, pero está limpia y solo es una noche, de modo que bajamos a comer en el bar de enfrente siendo atendidos personalmente por el conde Drácula y su señora; por las fechas diríase que estén ensayando algo para Halloween pero no, la peculiar pareja hostelera no necesita de disfraces para meter miedo a la clientela, eso que se ahorran.

Tras una siesta recuperadora nos vamos a dar la consabida vuelta por el pueblo; subimos al campanario de la torre de la catedral, 70 metros de escalones, vamos mucho mejor de lo que esperábamos, está anocheciendo por lo que las vistas son nocturnas; tras descender de las alturas a ras de suelo, visitamos la catedral que mantiene viva la leyenda de la gallina que cantó después de asada. Es lo que cuenta la leyenda.

Resulta que, hace varios siglos, una familia de peregrinos alemanes pasó por la ciudad y la hija del posadero se enamoró perdidamente del hijo del matrimonio, llamado Hugonell; para evitar que siguiera camino, dejándola compuesta y sin novio, escondió una copa de plata entre sus pertenencias de viaje y luego lo denunció a las autoridades.

Encontrada la dichosa copa en su zurrón lo condenaron a morir ahorcado, tienen huevos los castigos de entonces, pero el muchacho no terminaba de morirse y les dijo a sus padres que era por obra y gracia de Santo Domingo. Ante esto, los padres fueron a ver al mandamás local, que estaba a punto de darse un festín a base de gallo y gallina asados, y le pidieron que lo soltara puesto que, cumplido el castigo, el chico no había muerto; el gerifalte les contestó que eso era imposible y que su hijo estaba tan muerto como la gallina que se iba a zampar en cuanto lo dejasen solo.

En ese momento, el gallo y la gallina revivieron y cacareando por el comedor dejaron a todos con la boca abierta y el estómago vacío; el asunto acabó convirtiéndose en el milagro de la gallina que cantó después de asada y ahora es el símbolo de la ciudad, hasta el punto de que en un lateral de la catedral hay un gallinero de verdad en el que conviven un gallo y una gallina, allí son felices y quiero suponer que no comerán perdices por razones de afinidad avícola.

De cualquier leyenda puede sacarse partido durante siglos.

Probé el postre típico de Santo Domingo que se llama el «ahorcadito», hecho a base de calabaza, en memoria del joven alemán que imagino escaparía de inmediato de Santo Domingo de la Calzada, sin esperar a nuevos milagros de gallinero ni despedirse de su despechada novia.

En el hotel vi el primer tiempo del Barça–Real Madrid en la tableta de Lola; en alguna parte del libro he dicho algo sobre la poca o nula importancia de perderse el enésimo partido del siglo entre ambos equipos; la verdad es que no pensaba verlo, pero teniendo tiempo y ocasión a nadie le amarga un dulce, bueno a los madridistas últimamente se nos atragantan porque el equipo que, según sus seguidores, es más que un club ha vuelto a endosarnos otra manita.

Tot el camp es un clam…!

SANTO DOMINGO - BELORADO

Amanece un día de perros, lloviendo con fuerza desde temprano y eso hace que la pereza para empezar sea mayor; desayunando charlamos con una pareja de mujeres de la Guardia Civil que nos comentan que el día parece venir de nalgas.

Tenían razón, el camino se endurecerá a ratos debido a la lluvia, la nieve y un viento gélido que nos obliga a abrigarnos a conciencia. En la mesa de al lado está desayunando croissants la pareja de franceses que encontramos en todas partes, se dan otro par de piquitos y acto seguido desaparecen.

¡Menuda rasca!

Al paso por Grañón compramos víveres, el pueblo es una calle larga al final de la cual entras de sopetón en el campo embarrado por la lluvia; la nieve se hace presente, pero hay que seguir andando si queremos llegar pronto a Belorado; paramos en un bar de Redecilla del Camino a tomar un cola cao calenti-

to para entrar en calor, llegan dos chicos surcoreanos y una irlandesa y al verlo piden lo mismo; salimos pitando hacia Viloria de Rioja que es la cuna de Santo Domingo, refugiados en el soportal de la iglesia damos buena cuenta de los bocadillos hasta conseguir que se nos pasen todos los males.

Deja de llover y nevar en cuanto retomamos la marcha hacia Belorado, que es la meta de hoy y a la que estamos deseando llegar; por inacabables rectas empedradas dejamos atrás Villamayor del Río y proseguimos; la etapa nos está resultando larga, tanto que un cartel de la carretera se indica «Eterna, 10 km», joder pues no está tan lejos para ser la eternidad, son tonterías que me vienen a la cabeza cuando estoy cansado, no creo que sea demasiado grave.

Cruzamos la carretera y vemos un cartel que dice «Belorado tiene Tirón», se refieren al río que por allí pasa pero les ha quedado una frase con mucho tirón. El pueblo sigue sin aparecer y hasta que llegamos al núcleo poblacional hay una buena tirada; sellamos la credencial en el albergue municipal antes de que se nos olvide y llamo por teléfono al hotel para que nos indiquen como llegar porque no tenemos ganas de investigar.

La recepcionista Silvia sale al momento a la plaza a buscarnos, estábamos justo al lado pero la cabeza no rige igual al principio que al final de las etapas, aunque sin estar perdidos no encontrábamos la calle.

El alojamiento resulta un acierto, la habitación es confortable, el baño en perfecto estado de revista y el trato humano es cercano y cálido; conocemos al infatigable Joaquín de Diego que además de dueño del hotel tiene una carnicería, una huerta de la que se nutre y en su tiempo libre ejerce de cantante en coros; es una joya de persona, justo lo que necesitábamos para reponernos del esfuerzo y recuperar las ganas de vivir.

Grafiti a la entrada de Belorado

Salimos a caminar en sandalias por el pueblo como no podía ser de otra forma; a pesar de las detalladas explicaciones de Diego para llegar hasta la administración de lotería, me confundo y andamos un buen rato en dirección opuesta, tuvimos que preguntar a un vecino y cuando la encontramos las sandalias empezaban a echar humo.

Antes del paseo pusimos una lavadora porque la ropa de hoy está manchada de barro y para completar la colada aprovechamos para lavar todo lo que hemos utilizado estos días.

Para no andar buscando donde cenar nos apuntamos a la cena comunitaria del hotel; compartimos mesa con tres catalanes y la irlandesa que conocimos tomando un cola cao, su nombre se pronuncia IFA pero se escribe Aoife, un galimatías para todos; cuando le pedí si podía deletrearlo, por más que lo intentábamos no conseguíamos escribirlo bien (ei ou ai ef i).

Saber inglés puede venir muy bien para entenderse durante el camino, pero a cuenta del deletreo nos echamos unas risas con la buena de IFA.

Joaquín nos sirvió una cena estupenda, yo me limité a un plato de espaguetis con carne, aunque realmente eran tallarines, pero no tiene importancia porque saben parecido y con el hambre que tenía me hubiera valido cualquier tipo de pasta; esto último, cuando lo lea Leo lo mismo le parecerá una aberración gastronómica merecedora de excomunión, pero seguro que entenderá que «a buen hambre no hay pan duro».

Entre unas cosas y otras fue pasando la cena en muy buena compañía hasta que llegó la hora feliz de irnos a la cama, ese momento lo cogemos hoy con verdaderas ganas porque estábamos agotados y deseando acostarnos.

Mañana será otro día, ya veremos cómo amanece.

BELORADO - SAN JUAN DE ORTEGA

Durante el desayuno nos juntamos de nuevo con los comensales de anoche, chapurreando inglés entre todos vamos contándonos los planes de marcha; los catalanes quieren llegar hasta Burgos y volver raudos a Tarragona para disfrutar en familia la fiesta de la castañada, por otra parte la irlandesa tiene la firme intención de llegar hasta Santiago, pero sin prisa.

Cuando ya nos íbamos apareció Christine en escena, utilizando la aplicación SayHi nos cuenta que no se encuentra bien y que va a tomar un autobús hasta Astorga porque se le acaba el tiempo de estancia y quiere llegar en plazo a Santiago antes de regresar a su tierra; algún día volverá para hacer las etapas que se salta ahora con su marido e hija. Nos sacamos unas fotos para el recuerdo y nos despedimos.

Ayer por la tarde decidimos utilizar el transporte de mochilas, así que rellenamos los sobres (5 euros por mochila) con los datos necesarios y emprendemos la marcha ligeros de equipaje, ¿funcionará bien el servicio o llegaremos a San Juan de Ortega y tendremos que dormir con lo puesto?

Salimos de Belorado confiados aunque un poco tarde, a las 0900; al rato alcanzamos a IFA y de charleta van pasando los kilómetros sin sentirlos; antes de encontrarnos con ella descubro que llevo las llaves de la habitación en el bolsillo, así que llamo a Silvia por teléfono y acordamos dejarlas en La Cantina de Espinosa del Camino pues son amigos de la dueña y pasarán a recogerla; aprovechamos la obligada parada para tomar un café y hablar con la dueña, casualmente tiene una hija estudiando y trabajando en Irlanda, muy cerca de Cork, tras lo cual definitivamente me afianzo más si cabe en la idea de que el mundo es un pañuelo.

Ante La Cantina en Espinosa del Camino

Llegamos hasta Villafranca de Montes de Oca con IFA, ella tiene previsto pernoctar aquí porque está haciendo etapas muy cortas; nosotros reponemos fuerzas en un bar y compramos bocadillos para más tarde; en el pasado, esta etapa era la favorita de los bandidos para saquear a los peregrinos, esperemos que solo sea otra leyenda.

La salida de Villafranca es una empinada cuesta de kilómetro y medio que afrontamos con decisión, en la fuente de Mojapán nos sentamos en el refugio a comernos la mitad de los bocadillos, para mojar estaban. A lo lejos vemos las montañas nevadas de la Sierra de la Demanda, algunos de sus picos superan los dos mil metros de altitud. La vista se reconforta con el hermoso espectáculo que ofrece la sierra; sin darnos cuenta, en alguna parte del tramo hemos salido de La Rioja para adentrarnos en Castilla León, la provincia de Burgos.

Lentamente seguimos avanzando, el terreno se vuelve especialmente escabroso con algunas cuestas que quitan el hipo como la que nos acerca al Monumento a los Caídos, paraje en el que se descubrieron dos fosas comunes de fusilados durante la guerra civil.

Tras superar el escollo de las cuestas comienza un interminable paseo por lo que parece ser un cortafuegos gigante, el suelo se transforma en duro pedregal y aunque todavía queda algo de nieve lo peor es que se pone a llover.

Envueltos en nuestras capas impermeables llegamos al llamado Oasis del Camino, un espacio difícil de definir entre cementerio indio y parque infantil en mitad de la nada; aprovechamos la soledad del momento para dar cuenta de los bocadillos supervivientes; estábamos terminando de comer cuando llega una variada y ruidosa tropa internacional; con ellos vienen los surcoreanos del cola cao y dos chicas, una de ellas es una joven de Lituania que lleva siempre la música a todo trapo sin importarle las molestias que cause, menos mal que alguien le dice algo y la apaga.

En el oasis decido tirar mi bastón a la basura porque se ha roto el mecanismo de extensión y plegado y va perdiendo piezas, no tiene sentido seguir cargando con algo que no funciona.

Hasta San Juan de Ortega quedaban tres interminables kilómetros que hacemos en compañía de Koda; cuando le pregunto de dónde procede, se apresta a responder «no Corea del Sur, yo japonés, de Osaka», y cuando nos dice su nombre aclara «No Kodak, solo Koda», el pobre debe estar hasta las narices de dar tantas explicaciones, habría que aclararle que los españoles somos bromistas por naturaleza; desde ese momento no paramos de hablar con él por las razones que ya te puedes imaginar siendo, como somos, abuelos de dos preciosas niñas japonesas; «niñas, no ninjas» diría el bueno de Koda.

Koda de Osaka y Lola llegando a San Juan de Ortega

Quedamos en vernos en Burgos para que pruebe la morcilla de arroz, un alimento que debe conocer porque no puso cara de asco cuando le dijimos que se hace con sangre cocida de cerdo; él se aloja en el albergue de peregrinos y nosotros en «La Henera», una casa rural peculiar en cuanto a su gestión hotelera. Cenamos en el «bar Marcela» de los mismos dueños de La Henera: en la mesa de al lado están cenando la pareja de franceses que hemos bautizado como los «je t´aime, je t´aime» dándose silenciosos piquitos sin pestañear entre bocado y bocado.

La casa rural tiene todo lo que debe tener una casa rural menos recepción, se hace en el bar Marcela desde dónde los peculiares hermanos Manuel y Ángel dirigen con mano de hierro su emporio turístico, apoyándose en un humor burgalés difícil de entender, aunque atender, atienden bien; yo creo que subsisten porque no tienen competencia, San Juan de Ortega es poco más

que un pequeño entorno monumental en mitad del Camino, en el que apenas debe vivir una veintena de personas.

Por la noche, aunque bastante cansados y con pensamientos negativos incipientes, analizamos fríamente la situación y decidimos seguir hasta Carrión de los Condes, como teníamos previsto; aprovechando la wifi del hotel reservamos por internet los hoteles desde Burgos en adelante y, dado el éxito del transporte de mochilas de hoy, decidimos repetir en la etapa de mañana que va a ser la más larga del segundo tramo con casi veintisiete kilómetros de recorrido.

Una vez aseguradas las reservas hoteleras y decidido el plan de ruta para los siguientes días, dormimos cual marmotas durante su parada invernal.

SAN JUAN DE ORTEGA – BURGOS

A las 0710 observo a través de la ventana a la pareja francesa, linterna en mano, atravesando a oscuras el jardín de la casa rural; la amorosa pareja gala madruga a base de bien, pero no queda otro remedio porque la etapa de hoy acaba en Burgos y por delante tenemos un buen trecho.

Cuarenta minutos después hacemos nosotros lo mismo sin necesidad de linterna ni de piquitos; ponemos rumbo a Agés que es el primer pueblo dónde podremos desayunar ya que el bar Marcela no abre hasta las 0900, los hermanos y su tiranía comercial mandan. Si no te gusta el horario, camina.

El paseo hasta Agés lo recorremos envueltos en una densa niebla y por tramos de carretera, bien asfaltada y apenas sin tráfico, que son un verdadero descanso para los pies; paramos a desayunar unos minutos antes de que llegase un nutrido grupo de gente joven por lo que somos atendidos rápidamente; desde la mesa observamos al flemático camarero atender parsimoniosamente al grupo, estos se desesperan por la tardanza pero él camarero tiene claro que no piensa estresarse; al poco acude en su ayuda una señora que despacha la cola en un santiamén y luego, en cuanto tuvo ocasión, me contó el secreto del delicioso bizcocho casero que yo había probado en el desayuno.

Avanzamos entre la niebla hasta Atapuerca, famosa por sus yacimientos paleontológicos que son patrimonio de la humanidad, según indican los carteles; al poco abandonamos la carretera para seguir por un camino ideal para cabras locas, vamos siempre pegados a una valla que delimita un recinto militar de acceso prohibido, tras cinco kilómetros y no sé cuántos carteles de «Prohibido el paso», volvemos a salir a la carretera dejando Villalval a nuestra izquierda para llegar hasta el pequeño pueblo de Cardeñuela de Río Pico.

Atapuerca

Entramos en el primer bar que nos sale al paso para reponer fuerzas, vamos bastante cansados y con ganas de llegar, aunque todavía nos queda un mundo por delante; tenemos los pies estresados por la paliza, pero no nos queda otra que seguir.

Más calmados tras el breve descanso y un tentempié, proseguimos hasta Orbaneja de Río Pico; a la salida cruzamos por un puente la A-1 y justo aquí empezaron nuestros males.

Estábamos avisados de que para llegar a Burgos había que decidirse entre Castañares o Villafría, el primero discurre por el paseo fluvial del río Arlanzón mientras que el otro —realmente el Camino de Santiago oficial— lo hace por un feo polígono industrial; nada apetecible desde cualquier punto de vista y menos para dos peregrinos cansados del tute que llevan.

Llegando a Cardeñuela de Río Pico

La guía explica claramente por dónde teníamos que seguir, pero no así las señales sobre el terreno; llegados al punto de bifurcación, un extraño cartel que señalaba las dos rutas opuestas nos confunde y tomamos la decisión equivocada tirando para Villafría aunque convencidos de que íbamos hacia Castañares. Entre ambas poblaciones queda el vallado aeropuerto fantasma de Burgos por lo que no fue posible cruzarlo a las bravas campo a través, cuando nos dimos cuenta del error ya era tarde.

El problema es que la gente nos había dicho que al llegar a Castañares cogiésemos el camino de la izquierda, pero nadie nos advirtió de que unos kilómetros antes tendríamos que tomar la decisión clave; esperando llegar a Castañares acabamos entrando en Villafría y se nos cayó el alma a los pies que en aquellos momentos nos dolían bastante, los pobres iban quejándose amargamente porque no podían dar un paso más; algo desmoralizados, no sabíamos que hacer.

En estos casos lo mejor es pararse a pensar en las posibles soluciones; en el polígono del Gamonal entramos a comer al restaurante «Iruñako» para recapacitar y tomar nuevas decisiones; la comida era casera, buena y abundante, pero al salir de nuevo a la calle nos habíamos quedado fríos y todavía faltaban por recorrer los siete kilómetros del polígono y de la calle Vitoria para llegar hasta el centro de Burgos.

Justo en la puerta del restaurante había una parada de autobús que oportunamente llegaba en ese momento, así que nos subimos y por 1,20 euros cada uno acabamos el martirio en que se estaba convirtiendo la etapa; eso sí, habíamos llegado andando hasta el límite urbano de Burgos, pero dando un rodeo de tres pares y por el peor sitio imaginable.

Nos bajamos junto al Teatro Principal, reponemos material sanitario en una farmacia antes de cruzar el río y en menos de diez minutos estábamos registrándonos en un nuevo «hostel», qué manía le estoy cogiendo a la palabrita, casualmente llamado «Burgos», ¡qué derroche de imaginación!

En la habitación me empezó a doler la pierna derecha y no podía moverla, ni al terminar un maratón me he sentido tan inútil; tras una buena siesta Lola me tuvo que ayudar a ponerme las sandalias, menos mal que una rociada generosa con el Réflex recién comprado obra el milagro y la pierna vuelve a funcionar; salimos a visitar la catedral y los bares de las inmediaciones de la calle Sombrerería; entramos en el «Morito» a tomarnos unos vinos con los que acompañar los pinchos de morcilla y una tosta fraile; tras un corto y reponedor paseo por el centro ponemos rumbo al hotel.

A punto de llegar decidimos terminar la tarde con un chocolate caliente con churros en el quiosco «El riojano», con el frío burgalés que hacía nos dejamos seducir por la gula sin oponer la más mínima resistencia.

Esta noche las camas son literas por lo que me apunto voluntario para dormir en la de arriba; los primeros veinte años de mi vida los pasé de litera en litera así que tenía la experiencia necesaria y me apetecía recordar aquellos años sin tener que echarlo a pares o nones con nadie; no obstante, con la edad se deteriora la agilidad y no las tenía todas conmigo de poder encaramarme a la litera.

A la hora de la verdad conseguí subir y bajar razonablemente bien y sin muchos problemas, siempre bajo la vigilante, atenta y preocupada mirada de Lola, totalmente convencida de que sería testigo en la oscuridad de la noche de mi segunda aparatosa caída en este viaje.

¡Abunai!

BURGOS – HORNILLOS DEL CAMINO

Desayunamos en el hotel charlando con un peregrino húngaro que está haciendo su segundo Camino; nos contó que la primera vez tuvo que hacer una etapa de 70 kilómetros por no recuerdo qué razón, será bestia el tío.

A las 0830 nos ponemos en marcha por la orilla del Arlanzón hasta el delicioso parque de San Miguel, una maravilla poder atravesarlo a estas horas sin gente porque hoy es fiesta nacional y está todo el mundo metido en casa. Alcanzamos la zona de la universidad y enseguida tomamos un solitario camino tapizado de piedras entre campos arados, que pasa muy cerca del centro penitenciario de Burgos.

La ruta es entretenida hasta cierto punto, nuestra guía dice al respecto «Dejar atrás la viva ciudad de la catedral en pos de la despoblada meseta es un ejercicio arriesgado, pero no hay marcha atrás. Como viajando en una máquina del tiempo, el peregrino del siglo XXI se interna en la sobria Castilla en compañía de su sombra y su esfuerzo, descubriendo paisajes y pueblos casi medievales que otorgan al Camino esa leyenda que ha fraguado desde su origen». No es que anime mucho, pero habrá que comprobarlo.

La sobria Castilla

Cuando llegamos a Tardajos nos metemos de cabeza en un bar para acometer el segundo desayuno, los pinchos de tortilla española son nuestra tapa predilecta; como en esta zona le añaden queso y jamón, resultan un almuerzo contundente y una tentación irresistible.

Llega Ezequiel a desayunar y pronto entablamos conversación; está dándose una vuelta en bicicleta y dice que precisamente viene de Hornillos, ya de vuelta a su casa en Burgos. Tiene sesenta y tres años y duda entre jubilarse ahora o esperar un par de años más, mi consejo es que se deje de dudas y se jubile cuanto antes, ya que va a cobrar la misma pensión ahora que si espera; hacemos unos cálculos rápidos pero no lo veo convencido, confiesa que su mujer no está de acuerdo y prefiere que siga sufriendo los avatares que la vida laboral moderna ofrece a los mayores de cincuenta; como pequeña venganza los días de fiesta él sale a darse una vuelta con la bicicleta negándose a quedar en casa para limpiar los cristales.

Como para demostrarle que los jubilados tenemos alto poder adquisitivo lo invito al café y sigo insistiendo «Ezequiel, déjalo ya hombre y jubílate», pero él no sabe cómo afrontar la situación, se monta en su querida bicicleta y se pierde en lontananza mientras nosotros seguimos marcha hacia Rabé de las Calzadas que es la siguiente población de la ruta de hoy.

Pronto dejamos atrás Rabé por carretera para adentrarnos en la despoblada meseta que comentaba la guía por un camino que resulta ser otro inhóspito pedregal, hasta alcanzar una zona de descanso llamada Fuente de Praotorre dónde damos cuenta de un refrigerio; en la fuente hay una bomba de hierro fundido para sacar agua y me entretengo en hacer un pequeño vídeo para enseñárselo a los nietos porque es probable que nunca hayan visto algo parecido salvo en alguna película.

El siguiente tramo es igual de penoso, iniciamos el descenso de la llamada cuesta de Matamulos por su dificultad y dureza, mortal para los animales de tiro cuando la subían con pesados carros desde Hornillos hasta el pueblo vecino. Eran tiempos difíciles no tan remotos, pero el nombre ha perdurado en la memoria colectiva para recordarlos.

Desde lo alto de la cuesta se vislumbra el final de la etapa, mas no termina de llegar el momento de darla por terminada; sobre plano son solamente dos kilómetros, pero las piernas llevan un buen rato pidiendo parar; lo peor son los problemas en el tendón de Aquiles que sobrellevamos de mala manera.

De repente, surgido como de la nada, aparece nuestro albergue, se llama «Hornillos Meeting Point» lo cual nos produce cierto estupor idiomático, pero el Camino de Santiago se ha convertido en bisnes y tiene estas cosas para atraer a los peregrinos extranjeros. Con tal de haber llegado y poder descansar nos da lo mismo como se llame.

El albergue

Tras el registro reglamentario nos apuntamos a la cena comunitaria que se compondrá de ensalada y paella valenciana a 9,50 euros el cubierto y se sirve a las 1900 en punto. No solo es el idioma, también hay que adaptarse a sus costumbres.

Cambiamos las zapatillas por sandalias y salimos a un bar cercano para comer algo en condiciones, estaban a punto de cerrar porque tenían comida familiar pero nos atendieron; a la vuelta nos echamos una merecida siesta, de nuevo presentables bajamos a observar como prepara Omar el arroz, una vez compruebo que sabe lo que se hace me relajo en el comedor tomando los apuntes del día.

La cena resultó tan divertida como internacional, nos juntamos Maida (filipina que vive en California), un matrimonio alemán recién jubilado en enero, dos taiwaneses (YC y una chica), Claudio (un simpático y dicharachero italiano de Turín), Maria Teresa la alemana solitaria y nosotros dos.

La entrada al comedor de Omar el hospedero con la paella atrae a la concurrencia que rápidamente se levanta a sacarle fotos al arroz; debo reconocer que la paella está bastante buena y nos sirvieron platos generosos, pero incluso a tan temprana hora no quisimos arriesgarnos a repetir para no alterar demasiado el necesario y posterior descanso nocturno.

Durante la cena el idioma inglés se convierte en el indiscutible rey de la mesa, no había otra opción a nuestro alcance salvo comunicarnos por señas; a los postres activo SayHi y comenzamos a rotar traduciendo frases entre los idiomas presentes, no siempre el resultado era perfecto pero sí lo suficiente para entendernos y pasar un buen rato.

A las 2100 Lola y yo salimos a pasear quince minutos por el pueblo bajo la oscuridad y una tenue lluvia para ayudar a digerir la paella y estirar un poco las piernas, una buena idea porque pudimos dormir plácidamente sin sufrir los efectos nocivos de una mala digestión.

HORNILLOS DEL CAMINO – CASTROJERIZ

Nos levantamos temprano, hace días que nos despertamos unos minutos antes de que suene el despertador; con el paso de las jornadas el cuerpo se ha ido acostumbrando a la rutina diaria y sabe lo que tiene que hacer sin necesidad de recordatorios ni ayudas tecnológicas.

Desayunamos con la mismas personas de la cena, casi en silencio porque a estas horas el cerebro todavía no funciona a pleno rendimiento, necesita unos minutos de calentamiento y nada mejor que aprovechar para darle de comer café y tostadas.

Al principio notamos que nos cuesta poner el piloto automático, los pies no nos dan tregua y hasta que no llevamos cierto tiempo caminando no se empiezan a calmar; parece el dolor típico de una fascitis plantar, no queda más remedio que aguantarse y esperar.

Caminamos algunos kilómetros en compañía de Claudio, YC y Maida que venían detrás; conocemos a Mary, una asiática-norteamericana del estado de Nueva York en viaje por el mundo, actualmente vive en Casablanca (Marruecos), pero se ha tomado un paréntesis vital para hacer el Camino, viaja sola y es muy alegre.

Nos adelantamos al grupo y seguimos a buen ritmo para acabar cuanto antes; al entrar en Hontanas, un pueblo que no se ve hasta que estás encima, paramos a repostar en el albergue restaurante «El Puntido» que venía anunciándose repetidamente por el camino; sentados al sol degustamos unos estupendos pinchos de tortilla que me había recomendado un parroquiano; el astro rey reluce y el cielo es azul, toca eliminar alguna capa de ropa porque empezamos a tener calor.

La entrada a Hontanas

Estando sentados en la terraza llega la tropa y, ante mis indicaciones, deciden parar a comer en el mismo sitio; a la salida de Hontanas de nuevo había que elegir entre dos opciones, una de ellas discurre por senderos rompe piernas y la otra por carretera, cuatro kilómetros más adelante se vuelven a juntar los dos en uno solo; nuevamente elegimos mal y vamos por el camino, todo el tiempo viendo a nuestra izquierda la bonita carretera flanqueada de fresnos, maldiciendo y sin poder acceder a ella porque no era posible cruzar el terreno campo a través.

De nuevo en la carretera avanzamos a buen ritmo por largas rectas arboladas hasta las ruinas del convento de San Antón, un antiguo hospital de peregrinos regentado por la orden de los antoninos que los trataban de la enfermedad «fuego de san Antón», ergotismo en términos médicos; un mal día desaparecie-

ron de allí los antoninos y el entorno se ha convertido en unas preciosas ruinas muy fotografiadas.

En las cercanías hay una acequia, ni me lo pienso, me descalzo y sumerjo ambos pies por turnos rigurosos en las gélidas aguas, el alivio es tan inmediato como el peligro de congelación; cuando ya no aguanto más el frío me vuelvo a calzar y noto mucho alivio en los pocos kilómetros que nos separan de Castrojeriz, han debido anestesiarse con el baño.

Desde las ruinas podemos divisar a lo lejos la torre de una iglesia, pero el acercamiento se hace lento, pesado y bastante peligroso porque los pocos coches que circulan por la carretera lo hacen deprisa y sin apartarse al vernos, lo que nos obliga a caminar por la linde del campo las más de las veces.

Es tal la velocidad que llevan que, cuando los que pasan son camiones, el aire nos desplaza ligeramente y comentamos cruzando los dedos «como alguno de estos se despiste medio metro… adiós mundo cruel», ni lo contamos. Quieren formar parte del Camino, pero no se preocupan de poner medios para intentar garantizar la seguridad de los peregrinos.

Nuestro hostal está a la entrada del término municipal y a un kilómetro y pico del centro por lo que si queremos, que por supuesto querremos, visitar por la tarde el pueblo, tendremos caminata extra; como en todas las etapas, dicho sea de paso.

El hostal se llama «El manzano» y ofrece lo justito para comer y dormir, lo más bonito del sitio son las espléndidas fotos que adornan las mesas y paredes; las hizo un cura que ejerció su divino ministerio durante algunos años en el pueblo y que indudablemente tenía una fabulosa capacidad para la fotografía, de haberlo querido podría haberse ganado la vida tranquilamente con su arte.

Ruinas del convento de San Antón

La comida fueron espaguetis carbonara descongelados, lo siento Leo pero no había otra cosa; tras la siesta nos calzamos las sandalias de las siete leguas y caminamos hasta el pueblo; un perro que dormitaba en medio de la calle amenazaba con morderme, me llevé un buen susto pero conseguí pasar.

Durante el paseo coincidimos con el grupo heterogéneo y juntos visitamos Castrojeriz; sin duda merece la pena porque está bien conservado, pero en lo referente a sus habitantes nos llevamos un chasco, en la tienda, en el bar y sobre todo en la farmacia nos trataron con cierto desdén y evidente desinterés.

No entendemos como siendo un pueblo que depende en parte de los peregrinos, sus habitantes no se esmeren en tratarlos con amabilidad, puede que sea por el recio carácter mesetario

castellano o porque estén más que hartos del trasiego jacobeo, pero llama negativamente la atención,

Sobre la colina que domina el pueblo quedan las ruinas de un castillo que se destruyó como consecuencia del terremoto de Lisboa el 1 de noviembre de 1775 y también derribó tres de las siete iglesias existentes entonces; casualmente, si no he restado mal, hoy se cumplen 243 años y un día de aquel violento movimiento sísmico, uno de los peores de la historia porque afectó a medio mundo; el alcalde de entonces ordenó tirar rodando colina abajo las piedras derruidas para evitar tener que acarrearlas por otros medios y con ellas se construyeron las aceras del pueblo. No hay mal que por bien no venga, dice el refranero.

Ahora viene lo bueno, muchos años después —el dueño del Manzano no especificó cuándo ocurrió— otro alcalde decidió cambiarlas por otras con menos historia y las piedras originales se perdieron para siempre, menos una que tiene grabado el año en que se construyó, la estuve buscando pero estaba oscuro, el pueblo es muy largo y yo no estaba en condiciones de investigar. Puede que de ahí provenga lo de «menos da una piedra».

Durante el largo paseo compramos cuatro cosas para cenar en la habitación del hostal a la vista de la escasez de su oferta, algo que hicimos nada más llegar (tras superar mi pánico al perro que continuaba tumbado en el mismo sitio, aunque esta vez ni me miró) y a continuación nos acostamos porque ya no podíamos mantener abiertos los ojos.

CASTROJERIZ – BOADILLA DEL CAMINO

Estábamos avisados de que a la salida de Castrojeriz nos estaría esperando una temible cuesta llamada el Teso de Mostelares, no conocía la palabra así que consulté el diccionario y pude saber que se trata de una colina baja que tiene alguna extensión llana en la cima.

Teso de Mostelares

La subida al teso tiene una longitud superior al kilómetro y salva un desnivel interesante del 12%, aproximadamente son doscientos metros positivos de inclinación; yo subía bien pero debía esperar y ayudar a Lola porque durante todo el Camino las cuestas se le atragantan y más con semejante pendiente; el caso es que fuimos ascendiendo la colina trabajosa y lentamente, cada pocos metros Lola me pedía, incluso me ordenaba, que me adelantara y la esperase arriba, tantas veces lo pidió que faltando apenas cien metros para coronar la cima me adelanté para no agobiarla y que se relajase.

En la cima ya descansaba el grupo internacional —cuando le contábamos a la familia la experiencia, nos decía Teresa que era como estar en un Erasmus senior—, los habíamos visto subiendo desde abajo y acababan de llegar; Claudio, en cuanto vio a Lola ascendiendo sola, salió pitando para ayudarla en los últimos metros, quedando él como un caballero y yo a la altura del betún; nos hicimos unas fotos de recuerdo porque el panorama desde arriba era espectacular hacia el lado de Castrojeriz.

En el llano entramos en la comarca de Tierra de Campos, me costó explicar a la panda lo que era una comarca en España, pero finalmente lo conseguí o quizá disimularon para no frustrarme más con mi inglés inventado de andar por casa.

Durante una brevísima parada, ante una placa en recuerdo de Francisco Manuel Picasso López, peregrino veterano, malagueño de 42 años, que murió el 25 de septiembre de 2008 tras pasar Castrojeriz según subía el Teso de Mostelares, no quiero hacer bromas con tan luctuoso suceso pero la cuesta se las trae, Mary la de Casablanca me preguntó cuántos años llevábamos casados, al responder que desde 1977 comentó que ese mismo año había nacido ella y es que, a poco que compartas conversación, acabas enterándote de algunos detalles que de otra forma nunca conocerías.

Ante nosotros se abre una planicie infinita con subidas y bajadas continuas, en lontananza divisamos una especie de oasis del desierto que identificamos sobre el plano como la fuente del Piojo; el grupo prosigue la marcha sin detenerse, la alemana María Teresa decide descansar y nosotros también; cómodamente sentados a la sombra damos cuenta de nuestras manzanas y de unos frutos secos que nos ofreció María Teresa, conste que la llamo María Teresa por desconocer como se escribirá en alemán.

En la cima de Mostelares

Relleno la botella de Lola con agua fresca de la fuente del Piojo y retomamos el camino, enseguida la alemana nos dice que sigamos nosotros solos porque quiere caminar más lenta; seguidos por ella a corta distancia llegamos hasta el Puente Fitero sobre el río Pisuerga, punto en el que salimos de la provincia de Burgos para entrar en la de Palencia.

En Itero de la Vega paramos a comer en el albergue «La mochila» y allí dentro estaba nuevamente la panda del Erasmus, dispuestos a zamparse unos buenos huevos fritos con beicon y patatas, para nosotros todavía es pronto pero esta gente sigue horario internacional y todas las comidas empiezan dos horas antes que las nuestras; de nuevo le metemos el diente a unos pinchos de tortilla y salimos del albergue antes de enfriarnos, algo que tenemos comprobado que nos sienta fatal a estas alturas del Camino.

Decimos adiós al grupo, puede que para siempre porque quieren llegar a Frómista y nosotros tenemos una reserva en Boadilla del Camino. El trayecto se nos hace insufrible por las piedras, la distancia y un constante dolor de pies, cuando más tostados íbamos nos adelantó la feliz parejita gala del *je t'aime* de la que no teníamos noticia; Lola y el francés se animan a charlar, su mujer o lo que sea sigue sin decir esta boca es mía, y aceleran alejándose de mí, claro que no me extraña, yo no digo *je t'aime* de la misma forma, soy carpetovetónico. Cuando veo el cartel de Boadilla le digo a la amorosa parejita «rien ne va plus», dándoles a entender que hasta aquí habíamos llegado y adiós muy buenas, no sé si me entendieron porque con los años quizá haya perdido pronunciación, pero ahí queda eso; para la primavera tendré que perfeccionar mi dominio de las lenguas extranjeras porque menos en castellano hemos hablado en casi todo.

Finalmente entramos en el hotel rural «En el Camino» y tras registrarnos nos tumbamos exhaustos sobre las camas; el hotel y la habitación en particular está perfectamente equipado para el relax y el descanso; el pueblo no tiene nada que ver aparte de la iglesia, cerrada como casi todas, y el impactante rollo juris-

diccional de la plaza; podemos ver ambos monumentos desde la ventana sin necesidad de salir de la habitación.

Decidimos que nuestros pies no deben sufrir más, en la recepción nos ayudan a sacar los billetes de tren desde Frómista hasta Osorno; posteriormente, ya en la habitación, sacamos los billetes de tren para ir desde Osorno a Madrid, vía Valladolid porque no es directo. Cómo somos felices poseedores de la tarjeta dorada de Renfe, los billetes nos están saliendo con un descuento del 40% , tacita a tacita...

Le echo un vistazo indebido a la hoja de registro y descubro que los franceses se llaman Jean y Nelly; si lo llego a saber antes no hubiera tenido que escribir tantas veces «je t'aime», pero es el mote que les pusimos; a Nelly podríamos haberla llamado «la muda insaciable» porque aparte de no decir ni pío tiene al pobre Jean piquito va, piquito viene.

Por la noche, también a hora temprana, entramos a cenar en el albergue contiguo al hotel; nos atiende Eduardo, uno de los hermanos de la familia dueña del hotel; al entrar vimos a Jean y Nelly sentados en el extremo de una larga mesa dispuesta para la cena comunitaria, o sea que ellos, que buscan la soledad y el apartado social, se sientan con un montón de peregrinos desconocidos y nosotros, que somos más de conversar con la gente, lo hacemos en una mesa aparte los dos solitos; los miraba de reojo y no cruzaron ni media palabra con el resto de comensales en toda la cena, qué mal repartido está el mundo.

El menú es contundentemente calórico, se compone de sopa de ajo, guiso de garbanzos con chorizo y pollo asado o merluza rebozada; a Eduardo se le da bien la cocina y no dejamos ni las migas, tomamos helado de postre y bebimos todo el vino que quisimos. ¿Precio?, diez euros, tarifa plana por comensal, ¡olé por cocina!

La madre de estos chicos se llama Begoña y es una pintora excelente, el local exhibe sus cuadros y hablamos con ella un par de veces; en la primera nos vio intentando entrar en el hotel a primera hora de la mañana sin conseguir abrir la puerta, se acercó, me pidió la llave y resulta que tenía incorporado un dispositivo magnético adicional que ¡abracadabra! la abrió en un santiamén sin necesidad de usar la cerradura, la cara que se nos quedó debió ser para verla.

También dimos un buen paseo por el pueblo, una vuelta larga en la que hablamos con algunos vecinos, saludamos a un rebaño de ovejas y jugamos a calcular, «a ver Lola ¿cuántas crees que hay?», «cien ovejas» y yo «por lo menos ciento cincuenta», para salir de dudas le preguntamos al pastor «pues hay trescientas, lo que pasa es que como van muy juntas no parecen tantas, pero en campo abierto…».

No solo van juntas sino que cagan juntas y por donde pasan lo dejan todo perdido de cagarrutas, al subir a la habitación tuvimos que limpiar a fondo las sandalias porque estaban muy sucias y podrían desintegrarse durante la noche o atufar todo el hotel.

No tardaríamos mucho en dormirnos sin necesidad de contar más ovejas, porque el cansancio acumulado no responde de sí mismo cuando ve una cama confortable en una habitación calentita, fue visto y no visto.

BOADILLA DEL CAMINO – FRÓMISTA

Como hemos tomado la decisión de acabar el segundo tramo en Frómista nos concedemos una hora más de sueño, resulta inútil porque antes de las 0700 ya estábamos trasteando en la habitación, duchándonos y acomodando por enésima vez las cosas en las mochilas.

Al salir a la calle una mujer llega corriendo y medio gritando «¡no cierren, no cierren!», resulta que lleva media hora esperando para entrar porque no puede abrir la puerta, «estoy tirando piedrecitas a la ventana de la habitación, pero mi marido no se entera y estoy a punto de helarme aquí fuera», la dejamos entrar y otro huésped y nosotros nos quedamos debatiendo si la llave estaba bien o la cerradura no funciona, en esas llegó Begoña para darnos una lección práctica de modernidad cerrajera.

Desayunamos en el albergue, me recordó a mis años de internado, aparece Eduardo (en el colegio era una cocinera) enarbolando a dos manos sendas cafeteras de los tiempos de Maricastaña, una con leche caliente y la otra con café recién hecho, sirve la mezcla a gusto de cada cual en los tazones con la soltura propia de quien domina la situación, trae pan tostado de verdad y desaparece para atender a otras mesas, un desayuno tradicional que nos gusta y aporta fuerzas para iniciar el día, por tres euros no se puede pedir más..

Salimos tranquilos y relajados en dirección hacia la cercana Frómista, en un cuarto de hora llegamos al Canal de Castilla junto al punto kilométrico cincuenta y cinco del río artificial; nos quedamos extasiados, hace un día precioso y tenía tantas ganas de conocer esta magna obra de ingeniería del siglo XVIII que decido quedarme a vivir allí; una vez superado el primer impulso, no queda más remedio que seguir andando.

Canal de Castilla

El paseo arbolado paralelo al canal de sirga es una delicia, es de tierra prensada y casi no hay piedras, tenemos un tiempo magnífico, escuchamos el armonioso canto de los pájaros, la quietud del agua y los reflejos del paisaje en la superficie nos ofrecen el panorama ideal para disfrutar de una caminata sin prisas; bueno, tenemos que coger el tren de las 1100 en la estación de Frómista, pero llegaremos, hay tiempo de sobra.

En apenas hora y cuarto estamos junto a las esclusas diecisiete a veinte que salvan un desnivel de catorce metros; hacemos fotos, en este punto se cruzan el Canal de Castilla, el Camino de Santiago y el Camino de Santo Toribio de Liébana, un trío de ases al alcance de la mano sin tener que movernos del sitio.

Llegamos a Frómista y entramos a desayunar otra vez en un bar que nos dio buena espina, primero entramos en otro del que salimos enseguida al no devolvernos los buenos días, para ciertas cosas somos muy exigentes y demostrar un mínimo de buena educación es más importante que ofrecer café.

Canal de Castilla en Frómista

En el bar entablamos animada conversación con el camarero y una pareja de clientes, hablamos del Camino y nos aconsejan vivamente hacer el tramo palentino-leonés en primavera, cuando el campo ofrece su mejor cara anual; quedamos en volver a tomarnos otro café con ellos cuando decidamos retomar el tercer tramo del Camino, ya veremos cuando.

Ir a la estación nos obliga a retroceder en dirección las esclusas hasta el cruce con las vías; nuestro tren llega con puntualidad japonesa y en menos de un cuarto de hora nos bajamos en la estación de Osorno.

Aquí terminan nuestras aventuras del segundo tramo, la visita a Osorno se debe a que de allí eran mis antepasados y a que por este pueblo pasa la línea férrea Santander–Palencia–Valladolid que nos permitirá enlazar posteriormente con Madrid.

OSORNO LA MAYOR

Se llama Osorno la Mayor a una mancomunidad situada en la comarca palentina de Tierra de Campos, formada en la década de 1970 por las poblaciones de Osorno, Santillana de Campos, Villadiezma y Las Cabañas de Castilla

En realidad actualmente en Osorno no hay hoteles, vaya eso por delante si es que estás pensando visitarlo; el antiguo «El Navío», enfrente de la casa cuartel de la Guardia Civil, permanece cerrado a cal y canto desde hace tiempo; el hotel «Tierra de Campos», que podría ser una buena solución, no lo abrían hasta el 2 de diciembre, por lo que la única opción posible fue reservar en «Los Chopos», se trata de un hotel de carretera en la N-611, bastante alejado del pueblo; si no tienes coche, como era nuestro caso, su ubicación será un problema.

La habitación nos deprimió el buen ánimo solo con entrar, fue como regresar a la España profunda de hace cincuenta años, sin apenas mobiliario, cama incómoda, paredes desconchadas, baño viejo y descuidado…, mejor si cerramos los ojos, total van a ser menos de veinticuatro horas.

Jugándonos el pellejo por la carretera llegamos hasta el pueblo para comer; como era domingo los pocos bares del pueblo estaban atestados, «es la hora del aperitivo, después de misa» nos aclaró la camarera del único sitio que encontramos dispuestos a darnos algo más que una tapa.

Tras la comida paseamos por el pueblo para hacer tiempo y no tener que estar en el hotel; en la Semana Santa de 1990 sacamos una foto familiar en el cartel a la entrada del pueblo con Beatriz y Pablo, Teresa nació unos meses después; al saber que estábamos por allí, los chicos nos pidieron repetir la foto.

Nos costó mucho trabajo localizar el lugar, pero al final lo encontramos, estaba cerca de la casa cuartel de la Guardia Civil; le enseñamos la foto a un número que nos indicó dónde quedaba actualmente, algo atrasada del emplazamiento original debido a la construcción de la cercana autovía.

Foto original tomada en 1990

De vuelta al hotel tomamos algo rápido en el bar y nos encerramos en la habitación a esperar, con ansiedad no disimulada, la hora de irnos de allí; al día siguiente desayunamos y volvimos a las andadas hasta la estación de tren.

Llegamos con tiempo de sobra y el jefe de circulación nos avisó de que el tren llegaría con cierto retraso por problemas que afectaban a las estaciones precedentes; en un momento dado fui al baño, al pulsar el botón del secamanos eléctrico el maldito aparato empezó a emitir un denso humo negro y después directamente a arder mientras chisporroteaba, antes de que fuera a más lo desconecté del enchufe y avisé al jefe, quien

utilizando un extintor acabó enseguida con el conato de incendio; para una vez que vuelvo al pueblo de mis ancestros por poco les quemo la estación. Ahora resulta que soy un héroe ferroviario.

Foto tomada casi en el mismo sitio 28 años después

Cuando por fin subimos al tren nos pudimos relajar, enfrascados en nuestros pensamientos vimos pasar el infinito paisaje castellano hasta llegar a Valladolid, donde hicimos un rápido transbordo a otro tren que nos llevó en un suspiro a Madrid porque no hay línea directa.

Ya que he puesto las fotos familiares publicaré también dos más de aquel viaje de vacaciones en el vecino pueblo de Osornillo.

Lola estaba embarazada de cuatro o cinco meses de Teresa, a la que quisimos inmortalizar como a sus hermanos mayores.

Pablo Ignacio y Beatriz

Lola y Teresa

TERCER TRAMO

Estamos a menos de veinticuatro horas de iniciar el viaje en coche hasta León, en una habitación hemos preparado las dos mochilas, a la vista quedan todos los pertrechos que queremos llevar; acabamos de llegar de hacer las últimas compras, una tarjeta de memoria para la cámara de fotos, Compeed para curar posibles ampollas, etc. pero, en general, ya tenemos listo todo lo que pensamos vamos a necesitar, lo que pueda surgir por el camino habrá que resolverlo como mejor se pueda; ahora tenemos que hacer la prueba de meterlo todo en las mochilas, siguiendo un orden lógico en función del uso que vayamos a darle a cada cosa; hay que tener buena memoria y recordar dónde vamos poniendo cada una para no tener que vaciar y llenar las mochilas cada vez que necesitemos algo, aunque pueda parecer poco importante, a la larga se agradece el orden.

Etapa		Distancia
18	Frómista – Carrión de los Condes	19
19	Carrión de los Condes - Ledigos	24
20	Ledigos – Bercianos del Camino	26
21	Bercianos del Camino – Mansilla de las Mulas	26
22	Mansilla de las Mulas – León	19
	Total	114

Realmente acabamos haciendo 121

También tenemos que preparar una maleta pequeña con ropa de calle para cuando estemos en León, podríamos seguir utilizando la del camino pero, tras varios días de caminata, se agradece mucho poder ponerte ropa limpia para pasear y conocer un poco la ciudad sin que todos te identifiquen como peregrino; la maleta se quedará en el coche así que, sin volvernos locos, podemos ser menos exigentes con su contenido.

A la hora prevista del martes 19 de octubre de 2021 bajamos al coche las mochilas, la maleta y los bastones y emprendemos el viaje. Paramos en Tordesillas a tomar café, hemos visto varias señales del Camino y le preguntamos a la camarera, nos cuenta que ella también quiere hacerlo algún día y que las señales son del Camino que viene desde Madrid hasta Sahagún, dónde enlaza con el Francés.

Dejamos aparcado el coche en la avenida de los Peregrinos y nos dirigimos a pie a la estación de autobuses; enseguida llegamos a la maravillosa plaza de San Marcos, cuya fachada es una obra maestra del Renacimiento español, una perla del plateresco; ha tenido múltiples usos desde su construcción, ha sido hospital, convento de peregrinos, prisión, instituto, parada de sementales, etc. Hoy alberga un Parador Nacional y una iglesia.

Como era la hora de comer y estábamos cerca de la estación intentamos cumplir el trámite; en el primer bar nos dice la camarera que en quince minutos cierra, en el segundo que van a tardar mucho en servirnos, pero que si pedimos unos bocadillos fríos y bebida nos atenderán rápido; acabamos de toparnos con uno de los problemas laborales derivados de la pasada pandemia, la hostelería está funcionando bajo mínimos y no podemos esperar un servicio normalizado. No pasa nada, apenas estamos empezando el Camino y mejor será no malgastar la poca paciencia que tengamos en peleas estériles con la realidad.

Me tomo una pastilla de biodramina antes de coger el autobús a Carrión de los Condes para evitar el más que seguro mareo si no lo hago, el invento funcionó a la perfección y no tuve ningún problema; tardamos dos horas en recorrer los cien kilómetros del recorrido, unos pasajeros sin billete que se suben en Sahagún obligan al conductor a pasar por Saldaña para que los saquen; llegamos a Carrión con quince minutos de retraso, pero allí nos estaba esperando Elisa Vallejera, una taxista de Frómista con la que habíamos contactado previamente. Llegamos a destino en quince o veinte minutos y nos deja en la puerta del Hotel Rural San Pedro, donde teníamos reservada una habitación.

Tras alojarnos salimos a pasear, ninguna de las tres iglesias del pueblo estaban abiertas (San Martín de Tours, San Pedro y Santa María del Castillo), ni siquiera dentro del horario en el que se suponía deberían estar abiertas; parece que el problema de la hostelería podría ser contagioso y extensible a la Iglesia; según nos cuentan los lugareños hay pocos curas y tienen que atender a muchas parroquias de la comarca; el resultado es un abandono progresivo del que nadie parece hacerse cargo; entiendo que si las Comunidades Autónomas quieren potenciar el turismo basado en la peregrinación a Santiago de Compostela, deberían ponerse las pilas y afrontar seriamente y con presu-

puesto la situación; deberían poner recursos humanos y materiales suficientes para que los peregrinos quieran venir o acabarán por irse a cualquier otra parte; tanto hablar de nuestra rica historia, del románico, del gótico y de la gastronomía local como foco y eje fundamental de los atractivos del Camino, para que luego se quede todo en agua de borrajas y no se preste un buen servicio al peregrino.

Haciendo un poco de memoria, contando esta hemos visitado tres veces Frómista, la primera fue durante un viaje familiar por la provincia de Palencia que hicimos en 1990, solo aquella vez conseguimos entrar en San Martín de Tours y visitarla con detenimiento; las dos siguientes han sido haciendo el Camino y en horas hábiles, por decirlo de alguna forma que se entienda, pero no hemos conseguido nuestro propósito. Si de mí depende no lo intentaré de nuevo, aunque como tengo en mente hacer el Canal de Castilla y uno de los puntos importantes son las esclusas de Frómista, no diré que de esta agua ni beberé.

Cenamos en el bar El Chiringuito del Camino, justo al lado del hostal, solamente hay un camarero atendiendo la terraza y el comedor, pero hemos decidido tomarnos las cosas con filosofía; una cerveza puede ayudar a relajar la espera y, buen conocedor de su oficio, nos la sirve enseguida; el hombre es muy eficaz manejando los recursos disponibles y no se pone nervioso, incluso dice que es un día tranquilo comparado con otros; por las mañanas llegan los turistas y por las tardes y noches los peregrinos, él atiende a todos por riguroso orden de llegada sin alterarse; al menos la cena está buena y no es cara, el camarero de diez pero seguro que acabará agotado al final de cada día.

Tras la cena damos un corto paseo para localizar un sitio en el que poder desayunar mañana y regresamos al hostal para recogernos y descansar, hoy ha sido un día muy largo y mañana nos enfrentaremos de nuevo al Camino.

FRÓMISTA – CARRIÓN DE LOS CONDES

Anoche nos acostamos a las diez, en consecuencia desde las dos hasta las siete de la mañana apenas consigo pegar ojo, pero no estoy cansado, solo ansioso por empezar; la del hotel no aparece por lo que decidimos irnos a desayunar a un bar que vimos ayer, está abierto pero solo tienen café y algo de bollería y nosotros queremos al menos una tostada; de momento la hostelería no atiende nuestras necesidades alimentarias básicas; si los peregrinos somos su sustento principal, lo llevan claro.

Para no ponerme nervioso tan pronto recuerdo que estoy haciendo el Camino por Lola, si por mí fuera creo que ya lo habría dejado viendo lo que hay; tiene poco o nada de espiritual ni de encuentro con uno mismo, prevalece un individualismo mal entendido que puede amargar la experiencia; está claro que si venimos al Camino con el mismo ánimo que si fuésemos una semana a la playa, exigiendo servicios que no pueden o no saben prestar, no podremos disfrutar; nos toca reflexionar y acep-

tar la realidad tal como es y justo eso es lo que nos proponemos hacer desde este mismo instante.

El camino hasta Carrión de los Condes es una sucesión de rectas infinitas atravesando la dura comarca palentina de Tierra de Campos, estamos lejos de saber que hasta León será la tónica general; en Población de Campos tomamos la variante de Villovieco para quitarnos de andar junto a la carretera, poco después retornamos a ella en Villarmentero de Campos, dejando a nuestra derecha el río Ucieza, y seguimos llanura adelante hasta vislumbrar en el horizonte Villalcázar de Sirga, dónde visitamos la monumental iglesia fortaleza templaria de Santa María la Blanca, a la que los vecinos alcazareños califican como «catedral» por sus grandes dimensiones. Se puede visitar pagando un euro, la encargada es amable y comparte con nosotros su documentado conocimiento del lugar.

A la sombra de la catedral le curo el dedo meñique del pie izquierdo a Lola, a simple vista parece una rozadura de la bota sin mayor importancia; en ese momento no supimos valorar la situación, pero en los días siguientes se convirtió en un problema serio que ha sido un auténtico martirio para ella.

Llegando a Carrión de los Condes compartimos los dos últimos kilómetros con el guipuzcoano Lorenzo y la hondureña Ofelia, venían juntos desde Boadilla del Camino, distante unos 25 kilómetros; Lorenzo se quedará en Carrión pero ella es una persona creyente y nos dice que confía plenamente en Dios para llegar hasta Calzadilla de la Cueza, otros 17 kilómetros adicionales, se va a meter una etapa de 42 kilómetros del tirón; les comento que hablaré de ellos en este libro cuando lo publique, llegamos a Carrión y nos despedimos, ¡Buen Camino!

El hostal Albe es céntrico y está situado en pleno Camino, la dueña se llama Rocío y nos atiende muy bien; nos recomienda un sitio cercano para comer en el que reponernos de las fatigas

de la caminata; en el Chanfflix probamos un revuelto de morcilla que era gloria pura; después de comer nos acercamos hasta la iglesia de San Andrés (otra catedral), pero no podemos entrar porque está cerrada, nos vamos acostumbrando a este tipo de situaciones y las asumimos con resignación cristiana.

Tras dormir una corta aunque reparadora siesta, bajamos a comprar comida para la cena al supermercado de David (que es el marido de Rocío) porque el hostal dispone de comedor y cocina a libre disposición de los peregrinos; ha sido un acierto reservar en este hostal, incluso el precio ha sido el mejor de todo el tramo, tan solo 28 euros y sin desmerecer de ninguno.

Más tarde nos acercamos al entorno del Monasterio de San Zoilo. Una parte de este es ahora un espléndido hotel de varias estrellas, la otra parte es visitable previo pago de una entrada; estamos dispuestos a pagarla, pero cierran en media hora y la persona encargada nos aconseja que desistamos porque media hora es poco tiempo para ver todo el monasterio; con las mismas nos vamos, es una pena porque tiene una pinta estupenda por fuera y queríamos visitarlo, otra vez será.

Sin amargarnos la existencia regresamos a Carrión de los Condes, al final del día acabamos haciendo un montón de kilómetros paseando por el pueblo, y vamos a la iglesia de Santiago. Tampoco podemos entrar porque hay una exposición de las Edades del Hombre y las entradas se venden en la iglesia de Santa María; vamos hasta allí y la taquillera nos pide cinco euros por persona, con lo cual acaban con nuestra paciencia peregrina y pasamos de entrar. Nos dirigimos a la iglesia de San Julián, ¡milagro, está abierta!, escuchamos Misa y me da por comulgar para pedirle a Dios Nuestro Señor que mire un poco por nuestra familia, que permita que nos podamos reunir en alguna parte porque hace mucho que los hermanos no se ven y ha surgido un roce entre las chicas, espero que funcione la petición o no vuelvo a comulgar en la vida.

Al acabar la Misa le pregunto al sacerdote, un cura de mediana edad con cara de darle al tintorro en sus horas libres, sé que estoy prejuzgando pero es lo que pensé, por una imagen del Niño Jesús de Praga que había en el altar; el cura me responde que pregunte a alguien del pueblo porque él no lo sabe, solo lleva dos días en la parroquia y no ha tenido tiempo de enterarse; a ver señor párroco, si un pecador de la pradera como yo sabe que la imagen es del Niño Jesús de Praga, ¿cómo es posible que un profesional de la fe como usted no lo sepa?

Volvemos al hostal, preparamos y tomamos la cena con lo que habíamos comprado, recogemos la cocina y nos vamos a dormir porque mañana tenemos una etapa larga de 23,4 kilómetros (sobre el papel), la de hoy han sido casi 20.

CARRIÓN DE LOS CONDES - LEDIGOS

Hemos dormido muchas horas seguidas, por lo que nos despertamos pronto y nos preparamos para salir, dicen que a quien madruga Dios lo ayuda así que lo ponemos a prueba. Desayunamos en el bar Pichi, buen café y tostadas con aceite, hay cestitas con galletas de vainilla y palmeritas de libre disposición, las galletas son mi perdición y me como dos o tres.

A las ocho y diez comenzamos la etapa, todavía es de noche y está oscuro, por lo que en la primera rotonda después de San Zoilo equivocamos el camino, nos damos cuenta enseguida del error y cuando íbamos a darnos la vuelta vemos a Lorenzo el vasco y a un norteamericano que se habían despistado y estaban buscando por donde retomar el camino correcto. Si un vasco, un norteamericano y dos madrileños se han equivocado es que el camino no está bien señalizado, se pongan como se pongan; no había señales visibles de la ruta a seguir.

Hoy nos toca caminar 24 kilómetros, por lo que propongo un plan de marcha moderado: seis kilómetros andando, descanso de diez minutos, otros seis kilómetros caminando, descanso largo de media hora, otros seis kilómetros a pata, descanso de diez minutos y acabamos con los últimos seis. Pero Lola no llevaba mochila (la había enviado con JacoTrans) y se mostraba incansable, no paramos hasta el kilómetro trece en la primera área de descanso que encontramos; yo me tiré dos horas hablando en inglés con el norteamericano, se llama Connor y es de Colorado aunque vive en Alaska; Lola camina con Lorenzo, van a buen paso, siempre por delante de nosotros. Connor se para a comer algo y descansar un poco antes y Lorenzo decide seguir caminando en solitario, Lola y yo decidimos descansar la media hora prevista; toca revisar y curar los pies porque el meñique ha empezado a molestar más de la cuenta.

Además le ha salido una ampolla justo debajo de los dedos índice y pulgar, nada que un *compeed* no pueda solucionar así que le pongo el primero del tramo; en ese momento llegan un brasileño que viene fastidiado de las piernas y una alemana, Josefina; me ven con la navaja en la mano (estaba cortando fruta) y les hago la broma de curarles sus heridas con ella, el brasileño se asusta pero la alemana entiende la ironía y sonríe.

Continuamos y hablamos con Pietro y Manuel, dos italianos de Alessandria, una ciudad del Piamonte cercana a Milán y Turín. Manuel lleva mucho dolor en el tendón rotuliano derecho y una periostitis tibial de libro en el izquierdo; le cuesta caminar pero está dispuesto a llegar hasta Santiago aunque sea a la pata coja. Un poco más adelante vemos a otro italiano (este de Roma) que anda grabando el camino con un pequeño dron, creemos que nos grabó a nosotros porque éramos los únicos peregrinos en ese momento; con el cansancio no sabíamos a qué se debía aquel ruido hasta que el dron pasó lateralmente sobre nuestras cabezas, un sonido parecido al zumbido de mil abejas.

En Calzadilla de la Cueza vemos de nuevo a los tres italianos, los piamonteses se van a quedar allí para ver si con descanso mejoran las lesiones de Manuel; nosotros aprovechamos para hacer otro avituallamiento, café, Coca-Cola y poder des-

cansar unos minutos; un camarero llamado Manuel y apodado, según él, «Lobo» se enrolla con nosotros contándonos historias del camino; dice que podría escribir un libro porque ha visto de todo, formarse y separarse parejas son las más habituales; si yo le contase que con mucho menos estoy escribiendo el mío…

Retomamos la marcha, hasta llegar a la pequeña población de Ledigos abundan las cuestas arriba, pero tampoco son nada del otro mundo; nos registramos en el hostal La Morena (en homenaje a la fundadora y abuela de los actuales dueños), bajamos al comedor para comer y luego descansamos una hora en la habitación; salimos a pasear por el pueblo y nos dirigimos a la iglesia de Santiago, situada en lo más alto de un cerrillo desde el cual se domina el paisaje circundante; una señora que está preparando la clase de catequesis para que la pinten, nos dice que pasemos y nos enseña la iglesia; tiene seis imágenes del apóstol Santiago: como peregrino, de matamoros montado en su caballo blanco dando sablazos diestro y siniestro (un fresco pintado sobre una de las paredes laterales), un cuadro representando la llegada de su cuerpo decapitado a Padrón con la cabeza reposando sobre el pecho, otro cuadro en el Purgatorio junto a la Virgen María, vestido de moro y, por fin, una estatua en su apariencia de apóstol. Al poco llegan su madre y una tía que viven en el pueblo y charlamos con ellas, nos dicen que el patrón del pueblo es San Isidro, porque antiguamente casi todos los vecinos eran labradores como el santo, ahora solo quedan dos o tres que se dediquen al campo. Agradecemos la deferencia de estas sencillas mujeres y volvemos al hostal, no sin antes dejar un pequeño donativo para contribuir a la constante restauración de la modesta iglesia, nos dicen que hay tantas en la provincia de Palencia que el obispado solo restaura unas pocas cada año ya que el presupuesto no alcanza para todas, así que los propios vecinos del pueblo buscan financiación con sorteos, rifas, donativos, etc.

Llegamos justo a tiempo de pedir mesa para la cena, en el comedor vemos a varios peregrinos con los que iremos coincidiendo en las etapas posteriores; la noche ha pasado en un suspiro, a las cinco y media me he despertado y he empezado a prepararme para bajar a desayunar a primera hora; lo sirven a partir de las siete de la mañana y a la hora exacta ya estábamos sentados y listos para acometer otro día.

LEDIGOS – BERCIANOS DEL REAL CAMINO

No nos dimos cuenta al acostarnos de que estaba puesta la calefacción y pasamos un poco de calor; he tenido un leve dolor de cabeza, pero ha sido darme una ducha y desaparecer.

Tras un buen desayuno en La Morena salimos al Camino antes de las ocho, es de noche cerrada y no vemos bien por lo que mejor nos quedamos un poco por el pueblo, esperaremos a que el crepúsculo nos permita ver algo y echaremos a andar.

El camino hasta Terradillos de los Templarios es corto, apenas tres kilómetros junto a la carretera; el itinerario oficial es otro que cruza por mitad del campo, pero en un cartel que hemos visto en el pueblo no lo recomiendan y hacemos caso, no parece que nos hayamos perdido nada interesante.

Pasado Terradillos enfilamos hacia Moratinos, nuestra siguiente parada prevista para tomar un café y revisar los pies; paramos en el hostal albergue Moratinos, o mucho nos equivocamos o no había otro en el pueblo, ni hasta San Nicolás del Camino. El meñique de Lola le está molestando, le pongo una funda especial de tela elástica que llevamos para estos casos a ver si consigue aflojar un poco la presión de la bota en el dedo, además ahora ha empezado a sentir dolor en el gemelo de la misma pierna, se ve que al modificar la pisada para evitar el dolor del meñique se crea un problema que no tenía.

Seguimos avanzando hacia Sahagún, cuando llegamos a kilómetro y medio hay un desvío para visitar la ermita de la Virgen del Puente, del siglo XII (año 1.174), no podemos pasar de largo sin verla, apenas aumentaremos la etapa en unos quinientos metros. Justo al lado hay un área de descanso y aprovechamos para tomar la fruta que llevamos, descalzarnos un poco y revisar de nuevo los pies de Lola; el dedo meñique no solo no

mejora sino que le duele más todavía y le cuesta volver a calzarse; descubrimos que la uña del dedo pulgar del pie derecho se ha amoratado un poco, no ha dado una patada a una piedra así que lo más lógico es que se haya producido por repetición de golpeo mientras camina del dedo contra la punta de la bota.

Estando sentados llega Josefina la alemana y se sienta en nuestra mesa, ella también necesita reponer fuerzas pero creo que busca poder conversar con alguien; entiende y habla bien el castellano y nosotros no rehuimos el contacto con nadie. Según mis propias cuentas estamos justo en la mitad del Camino contando desde Roncesvalles, aunque las guías oficiales sitúan este punto medio en la cercana Sahagún.

Seguimos caminando hasta el pueblo y comemos juntos en la terraza del bar Asturcon, había varios peregrinos sentados y eso nos animó a hacer lo mismo; la invitamos a comer, fue un impulso propio de gente como nosotros, acepta y nos lo agradece, la chica tiene veintisiete años y nuestro instinto protector hace el resto; posteriormente comentamos entre nosotros que vamos a dejar de hacer estas cosas, los extranjeros no siempre entienden que es por amabilidad, sin nada a cambio, no sé lo que pensarán, pero solo es nuestra forma de ser; de todas formas, nuestra decisión es cambiar en el futuro y dejar que cada palo aguante su vela; si alguien necesita nuestra ayuda o que le echemos una mano, tendrá que pedirlo expresamente.

Volvemos al Camino, son algo más de diez kilómetros los que tenemos que recorrer para llegar a nuestro destino final de hoy en Bercianos del Real Camino, de los cuales no menos de ocho son largas rectas flanqueadas por eucaliptos y campos inmensos de cereales; Lola no va bien, el meñique por un lado, el gemelo por otro y ahora la uña negra son un problema que ralentiza su marcha; Josefina se adelanta y nosotros seguimos a nuestro ritmo, no tenemos prisa y vamos bien de hora.

Cuando llegamos a Bercianos son las cinco y media, al pasar junto al albergue vemos a los peregrinos que han llegado previamente, están sentados al solecito en la terraza tomándose un merecido descanso tras la larga caminata.

Un poco más allá se encuentra el hostal Rivero, me habían llamado por teléfono un par de horas antes para conocer nuestros planes, querían saber si estábamos bien y cuando llegaríamos; el hostal está cerrado, pero me habían contado cómo acceder a la habitación número 3; allí nos esperaba la mochila de Lola porque habíamos tomado la decisión de seguir enviándola con JacoTrans, cuanto menos peso llevemos encima, mucho mejor; cuando abren el bar bajo a registrarme, me atiende una hermana de Luciniano que es quien lleva la voz cantante del hostal; al poco llega él y me presento, resulta ser un tipo poco hablador, algo tosco y seco en el trato pero sin pasarse, la hosquedad de carácter debe darla la dureza de la tierra palentina; antes de subir a la habitación tomamos un café mientras charlamos con él, cuesta sacarle conversación pero tampoco sería justo pedirle que fuera el Emilio Castelar de Palencia.

Paseamos un buen rato por el pueblo hasta que empezamos a tener frío, compramos algo de fruta y unas pastas de canela en la tienda para consumir durante la etapa del día siguiente; en cuanto pudimos bajamos a cenar, el comedor estaba lleno y Luciniano nos asigna una mesa alta en una esquina, un poco apartada del resto, pero al menos podemos cenar relajadamente y reponer fuerzas; en una mesa cercana estaba cenando Josefina con un amigo que ha hecho en el Camino, el norteamericano Michel (también de Colorado) que también habla español, los saludamos al pasar y nos vamos directos a la habitación, ha sido un día muy largo, hemos acabado haciendo casi 28 kilómetros y estamos cansados.

BERCIANOS – MANSILLA DE LAS MULAS

La noche la pasamos bien, aunque modestas y algo pequeñas para mí. las camas eran cómodas y no pasamos frío ni calor, pero desde las tres hasta las siete duermo a trompicones; nos acostamos pronto en general y nos quedamos dormidos en un abrir y cerrar de ojos, en consecuencia al cabo de cinco o seis horas el cuerpo ya está descansado y pide acción.

No sale nada de agua caliente en la ducha y termino duchándome con agua fría, mis alaridos se habrán escuchado hasta en Turquía, pero no me quedaba otra salida para resistir; no puedo quejarme por todo, si tengo que pasar por este trance para sentirme peregrino, lo paso y santas pascuas.

Intento salir a la calle para tomar el aire fresco de la mañana pero la puerta de la calle está cerrada y vuelvo a la habitación; a las 0820 en punto oigo llegar al panadero, viene de una tahona de Sahagún, le pregunto desde la ventana por Luciniano y me dice que ya ha llegado, así que bajamos a desayunar; el pan es reciente y el café está bien hecho, mientras prepara la cuenta le digo lo del agua de la ducha y me responde sin darle importancia «se habrá apagado la caldera, tendré que llamar para que la revisen», en compensación no nos cobra el desayuno, todo un detalle, sabía yo que en el fondo es buena gente.

Por fin empezamos la etapa del día, hasta El Burgo Ranero tenemos 7,9 kilómetros que hacemos bien y sin contratiempos; es una marcha monótona como pocas que discurre como todas por un camino paralelo a la carretera; cada diez metros hay un plátano de sombra, solo en ese tramo calculamos que habrá ochocientos árboles en fila de a uno, es el único aliciente del tramo, ir contando árboles, calcular distancias a ojo, saludar a los peregrinos que adelantamos (pocos) y responder a los que nos adelantan (algunos), ¡Buen Camino!, ¡Buen Camino!

En El Burgo Ranero entramos en el albergue restaurante La Costa del Adobe porque lo regentan Javi y Mari, unos amigos de José Luis «Corredor del Cañamares» (miembro de Los Paquetes) que me ha pedido que los salude en su nombre; entramos y los saludamos, hay muchos peregrinos y están muy ocupados atendiéndolos, no queremos distraerlos, no obstante me presento y Mari nos atiende enseguida; le pido que nos saquemos una foto para enviársela a José Luis, Javi no puede pero ella accede amablemente, nos despedimos y nos vamos.

Compartimos mesa con Estasio, al menos es lo que entiendo cuando le pregunto cómo se llama, es un brasileño cincuentón que está haciendo el Camino en solitario; hablamos unos minutos con él y seguimos nuestros caminos por separado; por delante tenemos trece solitarios kilómetros hasta Mansilla de las Mulas, el paisaje sigue siendo igual, largas rectas y un árbol

cada diez metros, aunque a medio camino paramos a descansar y comer la fruta que compramos ayer en Bercianos.

El lugar es un oasis con sombra y mesas, es el área de descanso de Villamarco; aprovechando que la cobertura de móvil es excelente (ha sido una característica del tramo) tenemos una video conferencia con Teresa y Leo. Continuamos la marcha, el siguiente punto es Reliegos aunque nosotros nos referimos a este pueblo como Relinchos; paramos en el albergue restaurante Gil dónde nos atiende su dueña, una chica joven que nos trata muy bien, con la que mantenemos una breve e intrascendente conversación; en la terraza están sentados varios peregrinos, entre ellos venos a Josefina.

Volvemos a reiniciar la marcha, el próximo objetivo es llegar a Mansilla de las Mulas, durante el trayecto nos adelantan casi todos los peregrinos que hemos ido viendo por el camino; Lola tiene problemas con el gemelo pero sigue adelante con mucho tesón, sin embargo va muy cansada y llegando a Mansilla se enfada bastante porque tenemos que cruzar la carretera por un puente elevado cuya gran pendiente se le atraviesa, va muy tostada por la caminata y quiere acabar ya. Al otro lado del puente hay un anuncio del albergue restaurante tienda El Jardín del Camino, indica que quedan 150 metros pero evidentemente está mal medido porque puede que haya un kilómetro, lo cual nos pone de mal humor, entiendo que el cansancio que llevamos no está para muchas bromas. Hace tiempo

que venimos sospechando que el metro leonés debe tener más de cien centímetros porque todas las distancias que indican parecen estar mal medidas y se quedan cortas.

Por fin llegamos a La Casa de los Soportales, de la misma propietaria que El Jardín, Olga; nos estaba esperando Tamara, una de sus dos hijas, para darnos la llave y decirnos como entrar y salir del hotel con una clave que nos revela, todavía la recuerdo «8833». El hotel es nuevo y está realmente bien, la habitación es grande y por el cansancio que llevamos encima nos parece un palacio, tiene unas camas super cómodas sobre las que nos dejamos caer según llegamos.

Tras asearnos y ponernos las sandalias, hay que dejar descansar a los pies, salimos a dar una vuelta por el pueblo; entramos en la iglesia de Santa Maria dónde nos sellan la credencial; allí coincidimos con un coronel de Infantería retirado que está haciendo el Camino con su mujer, creo que en coche pero no puedo asegurarlo; hablando con él resulta que es de la XXXV promoción de la Academia General Militar, si yo hubiera ingresado mi promoción sería la XXXIII, son las casualidades de la vida; comentamos la coincidencia y recordamos algunas anécdotas de aquellos años antes de despedirnos.

Terminamos el paseo yendo a cenar a El Jardín, casi no pillamos mesa porque hay muchos peregrinos queriendo cenar; allí nos encontramos con Pietro y Manuel, con Josefina, Michel y varios más con los que vamos coincidiendo etapa tras etapa.

Me presento a Lorena, la otra hija de Olga, pero me dice que se ha marchado y que no sabe si volverá hoy por allí; el tema es que unos días antes, cuando reservé habitación, hablé con Olga y le comenté que el teléfono fijo que aparece en su página web no existía; me dijo que no sabía cómo quitarlo y me ofrecí para hacerlo, para agradecer mi buena intención nos rebajó cinco euros el precio de la habitación, cuán poco valorados están mis

conocimientos informáticos. Ya veremos si mañana podemos hablar con ella y analizar lo que se puede hacer, no parece un problema complejo de solucionar, pero depende más de ella que de mis conocimientos.

Al entrar en la habitación vimos que había un par de moscas revoloteando, me propuse eliminarlas, armado con una toalla me encerré con ellas en el cuarto de baño y me las cargué; al salir vi a otras dos más sobrevolando por la habitación, las perseguí con la misma toalla hasta conseguir abatirlas, no puedo dormir tranquilo si hay moscas o mosquitos en libertad porque tienen fijación conmigo.

Notamos que en el baño huele mal, como a cloaca, pero no encontramos por dónde podían entrar las moscas; antes de acostarme todavía me cargué a otra más y tras el esfuerzo nos metimos en las camas y caímos rendidos en los brazos de Morfeo en menos que canta un gallo.

Justo bajo nuestro balcón había aparcado un remolque pequeño con varios perros de caza que no paraban de ladrar ante cualquier movimiento o ruido ambiente, tenían montada una escandalera de aúpa y pensamos que no nos dejarían dormir en toda la noche, pero a la hora de la verdad ni nos enteramos; el cansancio viene muy bien a veces para no enterarse de nada que no sea dormir a pierna suelta.

MANSILLA DE LAS MULAS - LEÓN

Hoy afrontaremos la última etapa del tercer tramo, en teoría iba a ser la más corta de todas, aunque luego comprobaremos que caminamos tres kilómetros de más porque nuestro destino final es la plaza de San Marcos y no el que indican las guías, que deben finalizar cerca de la Catedral o en algún albergue.

Desayunamos temprano en El Jardín del Camino, por fin nos encontramos con la dueña Olga y la saludo en plan peliculero «Doctora Livingstone, supongo» para poner una nota de humor al encuentro, pero ella no lo pilla y se me queda mirando como diciendo «¿pero de dónde ha salido este tipo?», su hija Lorena sí que entiende la broma, conocerá la anécdota, pero no se la explica; le pregunto si quiere que intente arreglar la página web, pero que no espere milagros a esas horas, dedicándole dos minutos entre servir desayuno y desayuno a los clientes; me dice que no hace falta, que ella lo que quiere es aprender por sí misma para no tener que depender de nadie, ante lo cual le confirmo que nada puedo hacer porque si, además de intentar arreglar la web en tiempo récord, tengo que darle clases de HTML, la cosa podría alargarse varios meses y no tenemos ese tiempo ninguna de las partes; terminamos tranquilamente nuestro desayuno, que hoy incluye zumo de naranja, pagamos la cuenta del hotel y de la consumición, nos despedimos hasta más ver (*ikusi cogeá*), saludamos a los peregrinos habituales y nos largamos con la música a otra parte.

En el puente sobre el río Esla nos encontramos de nuevo con el coronel de ayer por la tarde y su señora, están haciéndose fotos el uno al otro y me ofrezco a sacarles una juntos, aceptan y él hace lo mismo por nosotros, nos despedimos y nos vamos; en quince minutos ya llevamos dos despedidas, si no fuera por estos encuentros fortuitos apenas tendríamos fotos juntos.

Hoy a Lola no le duelen ni el dedo meñique, ni el gemelo, ni la uña negra del otro pie, por lo que avanzamos a buen ritmo los primeros kilómetros; cruzamos Villamoros de Mansilla, el camino discurre directamente por la carretera aunque afortunadamente es domingo y no hay tráfico a esas horas; había una alternativa cruzando el pueblo, pero no quisimos tomarla; pasado el pueblo empieza a oler fuertemente a pan recién hecho y sin pensárnoslo dos veces entramos en la panadería que hay al borde de la carretera, la dependienta se muestra poco amable y ausente, como deseando que nos fuésemos, compramos unos roscos de aceite y nos vamos, esta vez sin despedirnos.

El recorrido a partir de Villamoros no tiene ningún aliciente y a ratos es peligroso por tener que andar junto a la carretera, pero tras cruzar una zona densamente arbolada llegamos a una explanada desde la que se divisa el largo y antiguo puente de Villarente, un entorno muy bonito que aprovechamos para hacer algunas fotos; luego atravesamos el pueblo de Puente Villarente, de nuevo es un recorrido poco atractivo, por no decir feo con ganas, en el que no hay rastro de señales oficiales marcando el Camino, más allá de algunas flechas amarillas mal pintadas sobre postes de la luz o señales de tráfico. No se entiende.

Llegamos a un camino mejor señalizado que atraviesa directamente por mitad del campo, las vistas no es que sean especialmente bonitas, pero no queda más remedio que seguir andando; al poco nos alcanzan Manuel, Pietro y una joven lituana que vive en Barcelona, charlando con ellos nos cuentan que los tres quieren llegar hasta Santiago y que Manuel está mejor de sus males, al parecer le han inyectado algo parecido al ibuprofeno y ha funcionado. Al llegar al pueblo de Arcahueja nosotros decidimos quedarnos a tomar algo y ellos siguen camino, de nuevo nos despedimos, es la tónica de hoy.

Tomamos café y un pincho de tortilla sentados en la terraza del albergue La Torre, estamos cerca de León, nos queda media etapa para terminar y nos ponemos a ello; a la salida del pueblo hablamos con un señor de 80 años que está paseando a su perro de aguas, Coco, convaleciente de una operación del ligamento cruzado; Lola le pregunta por los montes que se ven en el horizonte a nuestra derecha, llevamos uno o dos días viéndolos sin saber bien cuales podrían ser; el señor nos indica que se trata de la cordillera cantábrica, de izquierda a derecha los montes de León, la montaña asturiana y los Picos de Europa, tan cerca y tan lejos pero al menos el paisaje gana mucho con ellos, si no fuera por la lejana presencia de la cordillera y el buen tiempo que hace, esta etapa no tendría casi ningún aliciente.

Cuando volvemos a retomar la marcha, Lola entra de repente en crisis total, el gemelo ha empezado a dolerle mucho y la está martirizando; gracias a la tecnología, al llegar a Madrid pude analizar el ritmo de marcha y durante esos pocos kilómetros íbamos de mal en peor. Para acabar de fastidiarnos, el camino empeora aún más, una cuesta tras otra, sembrado de piedrecitas que se te clavan en el cerebelo, polígonos industriales, hay que cruzar carreteras… un final nada feliz.

Cuando alcanzamos las primeras casas de León vemos una parada de autobús y le propongo que lo coja porque no está en

condiciones de seguir, el conductor nos explica que puede llevarla al centro, muy cerca del hotel, pero Lola decide continuar caminando, no quiere dejarme solo, dice que no es justo pero yo creo que es un error, hemos conseguido el objetivo que era llegar andando a León y no tiene sentido continuar caminando en las condiciones que estaba.

Justo en ese momento llegan Josefina y un francés, continuamos con ellos un pequeño tramo pero el ritmo que llevan es alto y poco a poco los perdemos de vista; calculamos que todavía nos deben quedar tres o cuatro kilómetros y hay que aflojar la marcha porque Lola va con la mirada perdida, sufriendo y con mucho dolor; cruzamos el Bernesga por un puente peatonal y entramos de lleno en la ciudad; largas avenidas, consultando la mejor ruta en el móvil, llegamos a la plaza de toros cubierta y empezamos a caminar por el paseo de Papalaguinda; hay instalado un mercadillo larguísimo, hay mucha gente y nos salimos del barullo para caminar por la acera superior; empezamos a tener mucho calor, Lola ya no me atiende, va enfadada con el mundo y obsesionada con comprar un plátano que la resucite, pero no vemos ningún puesto de alimentación, yo también em-

piezo a perder la poca paciencia que tengo y a odiar esta etapa que ha terminado por convertirse en una suplicio; por fin llegamos al aparcamiento y nos vamos en el coche al hotel, ha sido sentarnos y empezar a recuperarnos de la paliza; tras el registro y dejar las mochilas y la maleta en la habitación, nos aseamos, cambiamos las zapatillas por las sandalias y salimos a comer algo, son casi las cinco de la tarde, tenemos hambre y el agobio que hemos pasado empieza a desaparecer.

El hotel está cerca del centro y enseguida nos topamos con la impresionante catedral, la calle Ancha y los barrios que la delimitan; entramos a comer en La Parrillada del Húmedo, luego tomamos un café con pastas en la terraza de una pastelería de la calle Ancha sentados al sol y volvemos al hotel; mientras Lola sube a la habitación a descansar yo llevo el coche de nuevo al aparcamiento y vuelvo andando al hotel, me viene bien la caminata, sin mochila, con las sandalias y en paz con el mundo, aprovecho el paseo de vuelta para aprender un poco el callejeo de la ciudad que siempre viene bien conocerlo.

De nuevo en la habitación decidimos no salir a cenar, no tenemos hambre ni ganas de dar un paso más, mañana será otro día, pero hoy lo damos por terminado. Ha sido más duro de lo previsto, casi 22 kilómetros, de los cuales los doce últimos han sido un tormento; en fin, nadie dijo que el Camino iba a ser fácil, de estas cosas debemos sacar conclusiones para el futuro,

Hasta aquí llega el tercer tramo, ahora tenemos que plantearnos como y cuando hacer la continuación, puede que lo intentemos durante la primavera o el otoño de 2022; planificaremos etapas más cortas y asequibles, porque además tendremos que superar muchos desniveles.

Estamos satisfechos con lo conseguido, pero ahora tenemos que dejarlo aquí, ha llegado la hora de volver a casa.

LEÓN - PONFERRADA

Acabado el tramo que teníamos previsto del Camino, disfrutaremos de un par de días de asueto y turismo por la provincia de León; nos levantamos temprano para ir a la estación de tren a recoger a Marije que llega desde Madrid.

Antes de salir a desayunar grabo a Lola mientras está viendo el vídeo de felicitación que le hemos preparado, hoy cumple 65 años, y nos emocionamos los dos, ella viendo las felicitaciones y yo viéndola emocionarse. Estamos blanditos.

Dejamos la maleta en la consigna del hotel, las mochilas están en el coche; para celebrar bien su cumpleaños empezamos desayunando unos churros estupendos en el Varsovia Café que nos pone a tono; parece que los problemas de ayer se han apaciguado y volvemos a estar bien, a ver cómo responden los pies de Lola porque todavía le molestan.

Recogemos a Marije y dedicamos la mañana a recorrer los dos barrios del centro de León, el Húmedo y el Romántico; visitamos la catedral, previo pago de cinco euros por persona, anda que no se pasan ni nada, pero merece la pena porque es una maravilla, sobre todo ver las vidrieras desde dentro en todo su esplendor; también visitamos, gratuitamente, el Centro de Interpretación del León Romano que es un repaso a la historia de aquella época de dominación del Imperio Romano.

Entramos a la Basílica de San Isidoro, extrañamente no cobraban por entrar y estaba abierta, recorremos el barrio Romántico de arriba abajo, cruzamos al barrio Húmedo y nos sentamos en la plaza del Grano a tomar un vermú de grifo, pero no de un grifo como tal sino que el bar se llamaba Grifo.

Caminar da hambre, así que por sugerencia de Lola entramos en La Parrilla del Húmedo para comer; compartimos ceci-

na, morcilla y ensalada, todo buenísimo y suficiente para recuperar fuerzas y seguir caminando otro poco; como es el cumpleaños de Lola he llevado las dos velas que traía en la mochila para que las sople, con el traqueteo de las mochilas la del seis está bien, pero la del cinco se ha partido en dos; pedimos un mechero a la camarera, sujetamos las velas sobre una bola de helado de turrón, las encendemos y cuando las apaga de un soplido le cantamos por lo bajini cumpleaños feliz, merece la pena haber cargado con ellas desde casa, no pesan y a ella le hace ilusión; acabados los paseos se van al hotel a recoger las maletas mientras yo voy por el coche, paso a recogerlas y volvemos de nuevo a la plaza de San Marcos para tomar café en el Parador de Turismo; a la salida iniciamos el viaje en coche a Ponferrada.

Llegamos al portal del apartamento que habíamos reservado, llamo al encargado Marcos para que nos traiga las llaves y nos enseñe el apartamento; la verdad es que está muy bien, todo nuevo, incluso nos ha dejado algunas magdalenas y sobaos por si queremos desayunar, también hay café e infusiones; antes de marcharse nos indica cómo llegar a la plaza del Ayuntamiento y nos recomienda cenar en el Siete Sillas.

Vamos andando hasta la plaza, situada a un cuarto de hora largo desde el apartamento, se puede acceder a la plaza en un

ascensor que salva el desnivel existente con la calle, pero yo prefiero subir las escaleras para probar el estado de mis piernas, me cuesta un poco pero parecen estar bien. A Lola le siguen molestando mucho los pies, se ve que a medida que va pasando el día se cargan y el problema se recrudece.

Cenamos muy a gusto y bien atendidos en el Siete Sillas, los últimos días nos encontramos con una hostelería diferente de la del principio, se muestran mucho más atentos y cordiales con los clientes, puede que las comarcas leonesas tengan algo que ver, ya veremos. Volvemos caminando al apartamento para dar por terminado el día y pasar la noche, mañana queremos viajar a Las Médulas para visitar los restos de las minas de oro romanas que allí hubo hace casi veinte siglos.

PONFERRADA – LAS MÉDULAS

Salimos temprano en coche hacia Las Médulas, pretendemos desayunar ante de empezar pero no encontramos dónde, los bares del barrio están cerrados y el único que vemos abierto no ofrece tostadas que es lo que nos apetece tomar.

Decidimos desayunar sobre la marcha y ya encontraremos algún sitio abierto en el que podamos hacerlo; lo encontramos en el bar Ruta 98 de Villalibre de la Jurisdicción; es un bar típico de pueblo junto a la carretera, pero el camarero es un chico joven que ha hecho el Camino desde su pueblo y entiende que un buen desayuno es básico para entrar en calor; tomamos café, churros y pan con aceite; con el cuerpo ya en estado activo seguimos hasta el pueblo de Las Médulas.

Como es pronto nos dirigimos al Mirador de Orellán porque desde allí nos han dicho que hay buenas vistas sobre Las Médulas, pero hay tanta niebla que no se ve un pimiento y a medio camino damos la vuelta y vamos directos al pueblo de Las Médulas. Sigue siendo pronto, tomamos un café en Casa Mari Fe y, como hasta las once y media no empezará la visita guiada, aprovechamos para entrar al museo y reservar entradas para la visita, no sea que nos quedemos fuera porque hemos notado que empiezan a llegar muchas personas.

Formamos un grupo de veinte, hace frío y la guía habla por los codos, que si los romanos esto o aquello, la mujer se toma en serio su trabajo, pero a mí me pone de los nervios y desconecto un poco, ¡llévanos al sol por favor! Al fin sale el sol y eso me reconforta aunque la guía me sigue alterando con sus largas explicaciones, que me perdone pero es que en el museo lo habíamos aprendido en un vídeo. A la vuelta me adelanto al grupo y voy sacando fotos, la historia de las minas de oro explotadas en los siglos I y II resulta fascinante, pero ya.

Comemos en Casa Mari Fe menú del día, garbanzos buenísimos, filete de ternera con patatas, natillas caseras y café a doce euros por barba; el servicio sin duda va mejorando, nos atiende una chica joven encantada de poder hablar con alguien que no sea del pueblo.

Desde allí vamos en coche al mirador de Orellán, un sitio privilegiado desde el que puede admirarse la belleza artificial de Las Médulas tras el paso de los romanos. De nuevo las medidas parecen ser leonesas, en la barrera dice que hay 400 metros hasta el mirador pero hay bastantes más, claro que con el solecito que había daba gusto caminar y admirar las montañas que se salvaron de su destrucción en el lado contrario de las antiguas minas. No debieron tener tiempo o no había oro.

Volviendo hacia Madrid hacemos una parada técnica en Astorga para comprar cecina y mantecadas que las de allí son muy famosas y tomar el café de la merienda. Una nueva parada posterior para ir al baño en una gasolinera intermedia y ya directos sin parar hasta Madrid, llegamos sobre las diez y media de la noche sin novedad, cansados pero contentos.

Ahora empieza la labor de continuar escribiendo el libro, recuperar las fotos, seleccionarlas, publicarlas y encargar un álbum digital para recordar la experiencia; al final hemos caminado 120 kilómetros, solo unos pocos más de los que habíamos previsto; sin contar los que hemos hecho en nuestra faceta de turistas empedernidos que no han sido pocos.

GALERÍA DE PERSONAJES

PRIMER TRAMO

MILLO

Es un peregrino residente en Barcelona, aunque nacido en Granada; realmente se llama Anselmo, pero su familia le conoce por Millo, de Anselmillo.

Nos conocimos en la estación de autobuses de Pamplona esperando al de La Estelllesa que nos llevaría a un pequeño grupo de peregrinos llegados de todas partes hasta Roncesvalles, inicio de nuestro Camino.

Encontré una gorra nueva a estrenar debajo de un banco y le pregunté si era suya, al responder que no la recogí para regalársela a Lola porque llevaba una D grabada. Un poco más allá estaban dos nerviosos chicos de Corea (del Sur), al momento uno de ellos se fijó en la gorra y me dijo que era suya, así que se la devolví.

Millo se alojaba en el albergue de peregrinos y nosotros en «Casa Sabina», pero volvimos a coincidir en la Colegiata durante la misa de ocho de los peregrinos. Antes de la misa el cura nos pilló desprevenidos a Lola y a mí y aprovechó para pedirnos que pasásemos el cepillo limosnero cuando nos hiciera la señal convenida desde su posición en el altar.

En ese momento la iglesia estaba prácticamente vacía por lo que nos miramos con desconcierto y algo de incredulidad, pero a última hora entraron varios peregrinos y tuvimos que cumplir con nuestra parte del trato; entre ellos se encontraba Millo.

Al salir hablamos un rato, está haciendo el Camino en solitario y su idea también es llegar hasta Logroño para luego volver a Barcelona. Nos comentó que trabaja en los hoteles AC, pero no contaba mucho más y nosotros no quisimos profundizar en los detalles. Al día siguiente desayunamos juntos en Sabina y compartimos brevemente los planes respectivos.

Acabada la etapa de Zubiri coincidimos en el pueblo buscando dónde merendar algo, él iba con una pareja de peregrinos de Sabadell y todos juntos nos sentamos un rato para compartir experiencias. Volvimos a vernos en alguna etapa posterior, pero no recuerdo dónde fue, si algún día aparecemos por Barcelona quedamos en que intentaríamos localizarlo, son cosas que se dicen y que luego cuesta realizar.

JOXELU

Empezamos nuestra primera marcha el martes temprano, el sol todavía no había levantado y la penumbra previa al amanecer lo envolvía todo; el camino hasta Zubiri prometía ser digno de recordar.

Saliendo de Espinal nos encontramos a Joxelu, se trata de un hospedero navarro que vive en Saint Jean Pied-de-Port y que, aprovechando el cierre otoñal, quiere hacer el camino en solitario hasta Pamplona. Anduvimos juntos un buen tramo hasta Burguete, dónde paramos a comprar fruta y él aprovechó el parón para proseguir camino en solitario.

Nos volvimos a encontrar en Larrasoaña, en la etapa del miércoles de Zubiri a Pamplona, estaba consultando un panel informativo del recorrido y le pregunté si era español, «navarro, de Vera de Bidasoa», «doblemente español, entonces» le contesté con ironía y sin «animus molestandi». No le gustó.

Por el camino nos contó bastante apenado que en Burguete se había dejado olvidado en alguna parte un bastón que había pertenecido a su padre, recientemente fallecido, por el que sentía mucho cariño y estaba triste por eso.

Mientras tanto, nosotros llegamos a Zubiri y estando en el puente de la Rabia viendo pasar el agua del río, vimos a un chico alemán que descansaba cerca, llevaba un bastón y Lola le indicó como llegar hasta el albergue municipal.

Hacía allí se dirigió y, casualmente o no, fue a parar a la misma litera de Joxelu; viendo que llevaba su bastón le preguntó y, al explicarle que se lo había encontrado, le comentó que era suyo y el alemán se lo devolvió; Joxelu no podía creerse que solo fuera una casualidad, pero ya me contarás si no.

Cuando Lola le contó que había enviado al muchacho al albergue se quedó impresionado y, desde entonces, cada vez que se encontraba con nosotros le daba mucha alegría vernos y nos

abrazaba. Volvimos a coincidir camino de Los Arcos, compartimos conversando los últimos kilómetros y fuimos al albergue a preguntar si había plazas, él se quedó allí, pero nosotros acabamos en otra parte.

Al día siguiente compartimos Camino hasta Sansol, dónde hicimos una parada de aprovisionamiento en la tienda de Patxi, el alcalde; mientras nosotros tomábamos un café, Joxelu reinició su marcha en solitario y ya no lo volvimos a ver.

Recuerdo que Patxi le preguntó de dónde era y él contestó directamente que «vasco», ahora comprendo mejor su gesto de fastidio cuando le dije que era doblemente español.

Nos quedaba localizarlo en Saint Jean Pied-de-Port, pero no fue nada complicado hacerlo sabiendo que regenta el albergue de peregrinos «Beilari», según él mismo significa peregrino en euskera, más precisamente «el que vela»; le escribiremos para desearle unas felices Navidades.

ISRAEL EL PARACA

A mitad de camino entre Estella y Los Arcos nos alcanzó un peregrino marchoso que más que caminar volaba. Al vernos se fijó en nosotros y le comentó a Lola que llevaba mal ajustada la mochila; a continuación se ofreció para ajustar los correajes, para intentar evitar el futuro dolor de espalda.

Le pregunté si era militar —no es que yo sea adivino, llevaba una mochila del Ejército con la bandera de España y su apellido escrito en un parche, blanco y en botella…— y aunque la pregunta lo pilló por sorpresa, me contestó que sí, «no te preocupes, porque conmigo no hay ningún problema por eso, todo lo contrario», le dije intentando disipar su desconfianza.

.

Al terminar de ajustar las correas, colocar bien la mochila y darnos un par de consejos de marcha, viendo que le habíamos cambiado el paso, decidió compartir con nosotros el corto descanso que teníamos programado.

Hablando de todo un poco acabamos descubriendo que tenemos un amigo común, Eduardo Sorribas «Bichobola», compañero suyo de profesión y mío de los Paquetes.

Le saqué una foto con Lola y se la mandé a Eduardo que en ese momento estaba de maniobras en Burgos; le conté que estamos haciendo el Camino y de repente había caído del cielo un paracaidista que también es corredor, enseguida dedujo que se trataba de Israel el paraca y no se lo podía creer.

Bueno, ni él ni nadie, yo soy el único crédulo en estas casualidades, porque estoy acostumbrado a vivir situaciones tan increíbles como la que acabo de referir.

Israel está haciendo el Camino a base de fines de semana, al tener poco tiempo disponible sus etapas son bastante largas, habitualmente entre 30 y 35 kilómetros, lo cual le obliga a iniciar la marcha muy temprano, siempre de noche, y a detenerse solamente lo imprescindible. Es de agradecer que cambiase sus planes para echarnos una mano.

Siendo militar está acostumbrado al ejercicio físico intenso, pero es que además resulta ser profesor de gimnasia y tiene no sé cuántas acreditaciones deportivas, dimos con un experto deportista y caminante que encima es una gran persona.

Su mochila era de tamaño mediano, pero dentro llevaba todo lo necesario empaquetado en bolsas de vacío, dejándolas en la mínima expresión. El hecho de estar solo dos o tres jornadas seguidas por tramo le facilita la labor, pero nos dio muy buenos consejos que utilizaremos en el futuro.

En Los Arcos se alojó en el albergue municipal, poca diferencia tendría con un dormitorio cuartelero de tropa; por la tarde cenamos juntos en un bar de la plaza del pueblo, nos comentó que próximamente tenía programada una marcha militar de 60 kilómetros y que el Camino le servía como entrenamiento.

Se retiró pronto a dormir porque debía madrugar, obligado a llegar a Logroño el domingo temprano para coger un autobús que lo devolviera a la ciudad castellanomanchega donde reside actualmente con su familia.

PEDRO HENRIQUE

Con Pedro nos encontramos cruzando Villaba y Burlada, casi entrando en Pamplona; nos llamó la atención que, a pesar de los 25º que caían como plomo derretido sobre nosotros, fuera tan abrigado, incluso con un gorro de lana.

Nacido en Brasilia actualmente vive en Río de Janeiro y acostumbrado a los 40º y alta humedad de Río, los 25º de Pamplona le parecía poco calor, incluso algo fresco.

Pedro tiene 32 años y es actor y fotógrafo, está casado con Bianca, también actriz; aprovechando que está trabajando en

una larga serie de televisión y casi no se ven, había decidido hacer el Camino del tirón hasta Santiago, un valiente.

No le gusta demasiado vivir en Río de Janeiro por la delincuencia y violencia diarias, lo que ha visto por ahora de España le está gustando y le sorprende mucho la tranquilidad del Camino, una tranquilidad de la que no puede disfrutar en su tierra.

Entrando en Pamplona nos separamos, nosotros todavía tuvimos que caminar cuesta arriba tres o cuatro kilómetros más hasta llegar a nuestro hotel, pero él iba al albergue municipal.

En la etapa de Pamplona a Puente la Reina volvimos a coincidir, nos contó que en Pamplona había cogido un taxi cuyo conductor, José, estaba casado con Natalia, una peregrina brasileña que decidió quedarse en España y tiene un albergue privado en Puente la Reina, el «Estrella Guía».

Compartiendo un tentempié en un albergue de Uterga decidí llamar al Estrella Guía porque era el único con habitaciones dobles, reservé una para nosotros y al enterarse nos dijo que él también pensaba albergarse allí esa noche.

De modo que compartimos albergue, al caer la tarde hicimos juntos una visita turística por el pueblo, haciendo fotos al puente que le da nombre y admirando sus casas señoriales.

Acabamos cenando en el mismo restaurante invitados por Lola para celebrar su cumpleaños; quiso la casualidad que el dueño del restaurante estuviera casado con una brasileña y que el cocinero fuera de República Dominicana.

Parece mentira que en un pueblo navarro nos juntemos por azar varios desconocidos y la mayoría sean brasileños. Entre risas y chascarrillos volvimos al albergue porque el cansancio ya hacía mella en todos nosotros y había que madrugar.

Tras el espléndido desayuno comunitario preparado por Natalia en el albergue, tomamos el largo camino que nos llevaría hasta Estella, cada uno a su marcha.

En Villatuerta volvimos a coincidir, él iba con dos chicas francesas desde el día anterior y junto a la iglesia de San Veremundo habían hecho un alto en el camino; allí nos hicimos la foto que ilustra este apartado, se ve que la costumbre le había devuelto la sensatez y llevaba camiseta de manga corta.

En Estella quiso alojarse en un hotel porque necesitaba un poco de privacidad y comodidad y le perdimos la pista; volvimos a reencontrarnos posteriormente en Viana, seguía con las chicas francesas, pero decidieron continuar del tirón hasta Logroño, apenas 10 kilómetros más allá, y esa fue la última vez que nos vimos.

Con esto de las redes sociales hemos podido localizarlo en Facebook, así que podremos mantener el contacto para enviarle

algunas fotos; aunque las suyas sean buenísimas, por algo es fotógrafo, seguramente le gustará recibirlas.

NATALIA FERREIRA

Natalia también es brasileña y, como tantos otros, un día decidió hacer el Camino de Santiago; cruzando Navarra conoció a José, el taxista; al cabo de un tiempo la llamada del amor hizo que volviera, se casaron y abrieron un albergue de peregrinos en Puente la Reina, el «Estrella Guía».

Está situado en un tercer piso muy cerca del puente, cuando entramos fue como ingresar en un mundo (feliz) paralelo, decorado en azul cielo con estrellas blancas como si las paredes reprodujesen una imagen de la Vía Láctea. Abundantes recuerdos de los peregrinos que nos precedieron, corazones multicolores de papel con citas sobre el amor, la felicidad o el agradecimiento, enseguida empezamos a referirnos a ella como Miss Wonderful.

Nada más abrir la puerta nos ordenó, tan amable como tajantemente, quitarnos las botas y dejarlas en la entrada; una vez descalzos nos enseñó el piso y a cada cual su aposento.

Coincidimos esa noche con Pedro, los dos bomberos maños, Monika la germana alterada y una extraña pareja de alemanes, ella diminuta y silenciosa y él enorme y ruidoso; ante semejante elenco, Natalia rechazó nuevos huéspedes, porque de quererlo podría haber llenado el albergue.

Algo mística, positiva y alegre, Natalia nos explicó el funcionamiento del albergue, el uso de la cocina, del baño compartido y el desayuno que nos dejaría preparado; a continuación,

fuimos pasando por caja, una amabilidad no exenta de normas básicas que me parece normal en este tipo de situaciones.

Ella vive en otro piso de la misma planta que se comunica con el albergue, se despidió de todos nosotros deseándonos ¡Buen Camino! antes de marcharse a clase de yoga, evidentemente un ejercicio que le viene como anillo al dedo.

LOS HERMANOS DE ISRAEL

Desconozco sus nombres, son mayores que nosotros, uno de ellos bastante más por su aspecto, así que los bautizaré como los hermanos de Israel porque de ese país procedían.

A cada encuentro con ellos íbamos tomándonos mayores confianzas, en los primeros no pasamos de preguntarnos de dónde éramos cada uno, hasta dónde pensábamos llegar y cosas parecidas para satisfacer la mutua curiosidad que se despierta en el Camino.

En Puente la Reina hablamos un poco más, estaban buscando un restaurante para cenar y Lola, que se fija en todo, les indicó al menos tres sitios con menú de peregrinos.

En la plaza de Lorca tocaba descanso intermedio, yo decidí descalzarme y meter los pies en el pilón que la preside, el agua estaba muy fría pero mis pies lo agradecieron.

Los hermanos estaban sentados en un banco justo al lado del nuestro y comenzamos a mantener una conversación intrascendente sobre el cuidado de los pies y la causa de que mi mochila destiñera, tras dos o tres temas de tanteo entramos directamente en el tema de moda: la situación en Cataluña.

De este tema no quiero hablar en público, porque llega un momento en que no cabe una afrenta más en la cabeza y podría

perder la objetividad y calma necesarias; como ellos eran del mismo pensamiento, no discutimos y pasamos enseguida a debatir otros temas de interés menos politizados.

Al principio yo estaba convencido de que formaban una pareja de homosexuales; ya he dicho en alguna parte que no soy adivino, así que interpreté erróneamente sus gestos de complicidad, ya se sabe que hacer prejuicios no es una buena táctica para clasificar a las personas antes de conocerlas.

A mitad de camino hacia Estella vimos al menor de los dos tirado en el suelo haciendo estiramientos, mientras su hermano mayor se alejaba en el horizonte; al llegar junto a él le preguntamos qué le pasaba y si podíamos ayudarlo, pero nos dijo que solo estaba estirando porque se notaba acalambrado.

Le pregunté por su pareja —en estos casos uno no sabe que lenguaje utilizar y lo mejor sería callarse, pero eso yo no lo hago ni debajo del agua—, y enseguida me contestó un tanto airado que no era su pareja, sino su hermano. Un planchazo en toda regla, tengo que aprender. Alcanzamos a su hermano mayor y cuando nos preguntó si lo habíamos visto le dijimos dónde estaba y que no tardaría mucho en llegar.

CALIXTA LA MILITAR AMERICANA

En la recepción del albergue «Izar» en Viana nos atendió Calixta, a la que llamaremos de ahora en adelante «la militar americana». Durante la conversación de inscripción Calixta, a pesar de ser todavía joven, nos contó que está jubilada del ejército norteamericano por un accidente que tuvo mientras estuvo destinada en Nueva Jersey en el servicio de guardacostas norteamericano, antes había estado también en Hawaii y Guam.

Al preguntarle cómo es que estuviera haciendo el Camino, su respuesta nos sorprendió mucho «no me gusta Trump, así que decidí ponerme a hacer el Camino», no es habitual que los norteamericanos sean tan claros con extraños, pero se ve que el alejamiento temporal de su tierra les abre un poco el espectro comunicativo.

Una vez alojados volvimos a bajar a la recepción para preguntarle por los servicios disponibles, ella estaba en ese momento preparándose pasta para la cena y no le importó seguir conversando.

Estaba haciendo el Camino, pero al llegar a Viana estableció amistad con la dueña del albergue; decidió quedarse allí una temporada y para no estar mano sobre mano sin hacer nada, atendía a ratos la recepción. El caso es que la estancia le estaba sirviendo porque hablaba bastante bien el idioma y empezaba a romper su caparazón.

No le gustaba nada que, a la hora de saludar, los españoles (o de cualquier nacionalidad) nos acerquemos tanto, abracemos y besemos con una naturalidad que para ella deber ser poco menos que acoso sexual y se pone a la defensiva.

Claro que viéndola sola, joven y bien parecida, seguro que en el Camino se le habrá acercado más de un pesado con aviesas intenciones y sabido es que los extranjeros en general huyen del contacto físico no autorizado.

Nos contó divertida que un vecino de la calle se acercaba a diario a saludarla, un día intentó tocarle el pelo «tú no sabes que has hecho, yo soy militar americana» y rememorando lo que le pasó al pobre Romeo de tres al cuarto, me estrujó la mano izquierda (que está artrósica perdida la pobre) y me hizo una llave a lo Fumanchú que casi me descoyunta los dedos, mientras con su pierna derecha iniciaba el primer movimiento de barrido para ponerme la zancadilla y tirarme al suelo.

Menos mal que tuvo un momento de reflexión y, volviendo súbitamente a la realidad, viendo que no era mi caso, paró el gesto, porque yo ya me veía dando una voltereta y cayendo con estrépito al suelo para, acto seguido, despertarme en Guantánamo vestido de naranja y atado con cadenas; juro que en mi vida intentaré tocarle el pelo a una militar americana ni siquiera con su permiso.

MERCHE

La encontramos al salir del albergue en Viana para ir a algún sitio en el que comer algo caliente. Con su tinte de pelo rojizo, envuelta en un chaquetón de lana pasado de moda y mirándonos como si fuésemos marcianos recién aterrizados, apareció Merche.

Le preguntamos por dónde se iba al centro del pueblo, pero indicarnos el camino le supo a poco y nos acompañó personalmente, si por ella fuera nos hubiera llevado al mismísimo centro del Universo. Por el camino nos iba indicando los nombres de las calles, «esto es la plaza del Coso, porque aquí se celebran corridas de toros, esta es la iglesia de Santa María…», se le notaba el orgullo vianés.

Mientras nos acompañaba al centro del pueblo, iba saludando feliz y contenta a sus amistades, que al parecer eran todos los habitantes del pueblo, les decía «son unos amigos de Madrid», hasta que llegamos al bar «Quico» adónde nos llevó para que probásemos su buena cocina casera.

Antes de irse a tomar el aperitivo con su cuadrilla, se tomó uno con nosotros, de bebida se pidió un «marianico» que es como en Viana llaman al vermú.

Luego de dejarnos bendecidos ante Quico el cocinero, se marchó de ronda con los amigos, pero su amabilidad ha quedado reflejada por méritos propios en este capítulo dedicado a los personajes.

MONIKA LA GERMANA

Alemana de pelo paja, peinada al estilo de Puigdemont pero en rubio, Monika —de mediana edad y complexión fuerte, por no decir rellenita— parecía seguirnos por todas partes y en más de una ocasión tuvimos que salir pitando durante una etapa para intentar dejarla atrás, cosa que siempre conseguíamos hasta que inesperadamente volvía a irrumpir en nuestras vidas.

Lola pensaba que me perseguía con intenciones malévolas, pero yo creo que simplemente estaba más loca que una cabra; desayunando en el Estrella Guía nos contó que tenía un hijo de 16 años que estudiaba en Canadá, de la cartera sacó la foto de un chico con pinta de ser un macarrilla de Hamburgo al que presentó como su hijo.

La última vez que la vimos se acercaba a nosotros a pasos agigantados en algún lugar intermedio entre Puente la Reina y Estella; yo estaba meando tranquilamente cara al sol y tuve que envainármela deprisa y corriendo, mojándome levemente la pernera del pantalón por las prisas; la verdad es que apretamos fuertemente el paso hasta perderla de vista, la verdad sea dicha, con un poco de remordimiento, pero es que en el Camino de Santiago hay que tener claro desde el minuto cero, aprovechando que estamos en fechas de Halloween, con quién quieres trato y con quién truco. No conviene andarse con medias tintas, si no te gusta alguien, adiós muy buenas.

LAS CATALANAS

Eran dos chicas jóvenes y amigas de Malgrat de Mar; Nuria (la simpática) y Nerea (la tímida) que nos encontramos comiendo en el bar «Quico» de Viana.

Venían andando desde su pueblo siguiendo el camino aragonés y su objetivo era llegar hasta Santiago de Compostela; la razón principal es que al no tener trabajo, ni expectativas de tenerlo, se decidieron por meterse en esta aventura, nunca se sabe pero a lo mejor la decisión les cambia su vida para siempre.

Mientras esperaban unos bocadillos, veían en la tele del bar la manifestación del domingo 29 de octubre en Barcelona, a mí me pareció que estaban muy preocupadas, supongo que como todos los españoles, por lo que estaba pasando en Cataluña pero lo comentaban entre ellas en voz baja y no pude oír nada.

Cuando acabaron de comer se acercó Nuria a nuestra mesa y estuvimos hablando con ella unos minutos antes de que Nerea la urgiera a despedirse para seguir su camino.

Sabemos que el tiempo empeoró bastante la siguiente semana, así que no debieron tenerlo fácil, pero se las veía con mucha energía y determinación, ¡buena suerte, chicas!

LOS BOMBEROS MAÑICOS

Formaban una pareja singular procedente de Zaragoza, los dos son bomberos, uno ya jubilado y el otro a punto de conseguirlo (lo conseguirá el 5 de enero, como regalo de Reyes).

Los conocimos en el Alto del Perdón, sentados junto al monolito que preside el Alto invitaban a onzas de chocolate negro

a todos los peregrinos presentes, hablaban a grito pelado con ellos pensando que así se les entendería mejor.

Nos presentamos en cinco minutos, suficientes para saber que eran bomberos, que yo había hecho gran parte de la mili en Zaragoza, que había sido el cumpleaños de Lola y que el bombero jubilado criaba caballos.

Camino de Puente la Reina bajábamos más o menos juntos, dificultada la marcha por las molestas tufas del descenso hasta el pueblo de Obanos; tomando algo durante el descanso me ofrecieron un montado de jamón, tuve que aceptarlo porque insistieron, a cambio les dimos el teléfono del albergue «Estrella Guía» porque no tenían decidido dónde dormir y acabaron alojándose allí también.

Iban todo el rato discutiendo entre ellos, sobre todo el jubilado (Miguel) que apenas colaboraba con su compañero; no quería problemas, solo que su colega se encargase de todo lo necesario para poder criticarlo a continuación, a veces nos parecía estar viendo «Escenas de matrimonio».

Puede que esté mal que lo escriba aquí y ahora, pero Miguel era bastante grosero en el trato con los demás; al llegar lo fue con Natalia —menos mal que ella es Miss Wonderful y no se cabrea por casi nada— y durante el desayuno se quejó amargamente del albergue porque de noche se oían las campanadas de la iglesia al dar las horas y no había podido dormir bien.

Lo cierto es que ambos estaban deseando regresar a sus casas, Miguel para recobrar su rutina diaria y el otro para perderlo de vista lo antes posible; Estella era su estación Termini, así que tenían al alcance de la mano conseguir el objetivo.

Estuvimos en un tris de cenar juntos en Puente la Reina, pero afortunadamente prefirieron irse solos para poder discutir tranquilos en cualquier otra parte. Ver para creer.

PATXI EL ALCALDE

Patxi es el alcalde de Sansol y además tiene un colmado para peregrinos que atiende personalmente; puede que en este pueblo si no eres el alcalde o no tienes una tienda para peregrinos, las emociones brillen por su ausencia.

O no, porque justo en la casa de enfrente de la tienda habían entrado los cacos a robar un par de noches atrás, y la visita de los dueños y de la Policía Foral, quieras que no, debieron aliviar bastante durante algunas horas el aburrido tedio del lugar.

Pero quitando este tipo de emociones, no creo que haya mejor entretenimiento en Sansol que ser su alcalde y tener tienda para peregrinos, sobre todo si se llama «El rincón de los placeres».

Aprovechamos para comprar algunas viandas para llegar bien hidratados y alimentados a Viana, y de paso charlamos un poco con Patxi; «¿con ch o con tx?» le pregunté, a lo que él contestó que siempre lo había escrito con «tx» y es que la influencia vasca es evidente en casi toda Navarra.

Realmente se llama Francisco Javier, de su función como regidor local no podemos decir nada por falta de información, pero como tendero resultó ser dicharachero y amable, es lo menos que se le puede pedir a alguien que gestiona un colmado para peregrinos en el Camino de Santiago.

LAS HERMANAS FRANCESAS

Son dos, pero parecen una sola, la mayor debe ser monja o algo parecido, a la más joven se la ve más desenvuelta, quizá porque chapurrea algo de español y se integraba mejor, pero a

primera vista las dos parecían hurañas, algo no tan extraño como pueda parecer en cierto tipo de personas que deciden hacer el Camino, sobre todo durante las primeras etapas, porque luego poco a poco van cambiando y se relajan.

El caso es que andaban a buen ritmo, se paraban de vez en cuando a revisarse los pies y tomar algo, pero en cuanto se ponían a caminar les cundía bien el esfuerzo. Se mostraban reservadas y poco habladoras con los peregrinos, amabilidad la justa y poco más, pero ahora que lo pienso debía ser por timidez más que por otra cosa.

Las encontramos oyendo misa en la iglesia de Santa María en Los Arcos sentadas en primera fila y cuando el cura pidió que se acercasen los peregrinos para darles la bendición, no se lo pensaron dos veces. Acabada la bendición me acerqué al cura para preguntarle por la decoración de las paredes que parecían estar forradas de reposteros o tapices: me contó que era madera pintada con una técnica especial que ahora no recuerdo cómo se llama y que imita a la tela.

La iglesia es espectacular, al parecer tiene superpuestos hasta doce estilos constructivos diferentes, desde el románico tardío y protogótico hasta el renacimiento y el barroco.

Pero volviendo a las «soeurs françaises», las perdimos de vista el día siguiente a la salida de Los Arcos y aparecieron de nuevo como de la nada casi llegando a Viana, a tiempo para pedirlas que nos sacaran una fotografía de recuerdo.

Tenían idea de continuar del tirón hasta Logroño, diez kilómetros más que añadir a los diecinueve que llevábamos en ese momento, espero que lo consiguieran; realmente no tengo ninguna duda de que así sería porque en algunos tramos del Camino vimos a la «monja» con un rosario en las manos y rezando; quizá invocando y obteniendo ayuda divina el Camino no sea tan fiero como lo pintan.

LAS PIJAS ENTERADILLAS

Nos encontramos en el monasterio de Irache, estábamos en la fuente de vino gratis de la bodega del mismo nombre; si, has leído bien: una fuente de vino y gratuita, pero no te hagas ilusiones porque el lugar olía a rayos y además ¿quién bebe vino tan temprano?

Eran cuatro mujeres de mediana edad, una de ellas —canosa y algo mayor que el resto— era la que llevaba la voz cantante; llevaban mochilas pequeñas y vestían con demasiado colorido, como recién salidas de Decathlon, sin duda las señoras hacían el camino con servicio de transporte de mochilas.

La del pelo blanco —qué asco le tomé a la pobre— se acercó a la fuente de vinagre y nos preguntó «¿qué tal el vino?», sin dar siquiera los buenos día, le contesté «no bebemos a estas horas y menos con el olor a agrio que sale del grifo».

Entonces ella bebió un sorbo a morro y cuando sus amigas le preguntaron por la calidad, respondió con brevedad y poniendo cara de *somelier* asqueada «¡bah, cosechero…!», ¿Qué esperaba esta señora que manase de aquella fuente, un Vega Sicilia de dos mil euros?, así le entrara una descomposición de caballo, bueno, de yegua.

Un poco más allá del monasterio el Camino se divide en dos ramales, por la izquierda se llega a Los Arcos por Luquin y por la derecha por Villamayor de Monjardín.

Tras consultar la información en la guía y pensarlo un poco, optamos por la derecha —se me ve el plumero hasta en los pequeños detalles— aunque tuviera un kilómetro más y prometiera cuestas de aúpa.

Una de las pijas nos preguntó cuál de los dos sería mejor y le dijimos la verdad, que no teníamos ni idea, que nosotros iríamos por Villamayor de Monjardín por ser el tradicional y entonces la estúpida del pelo blanco me soltó en plan Ghandi redivivo que «el Camino verdadero es el que hace cada uno», pues entonces no preguntes y ve por donde te salga de los ovarios, so boba.

¡Uf! me sentaba fatal todo lo que decía, no podía remediarlo, mira que he venido al Camino en busca de sosiego y de paz interior, pero si seguimos por este camino a esta tía yo le acabo dando una colleja verbal.

—Ya, pero nosotros vamos a ir por el tradicional que es el que toca— dije visiblemente enfadado.

Será… desde ese momento establecimos una competencia feroz con el cuarteto de pijas, inicialmente nos sacaron algo de ventaja porque nosotros caminamos con pausa, fijándonos en todo y sacando fotos, pero en la subida a Villamayor de Monjardín nos pusimos las botas de las siete leguas y hasta que no las dejamos atrás, tiradas como una colilla, no paramos; no pudieron con nosotros.

Más tarde coincidimos un par de veces más en mitad de la nada y en algunos pueblos, pero pasábamos por su lado sin tan siquiera mirarlas, por mi parte esperando provocadoramente a que la bruja abriera su bocaza para lanzarme a su cuello…, debió darse cuenta porque no volvió a abrirla para nada más. Debíamos tener un sentimiento mutuo.

Pido humildemente perdón por mis grandes e imperdonables pecados sociales, probablemente no sea el sentido verdadero del Camino de Santiago, pero a veces se me olvida cuando algunas personas me sacan de quicio.

PACO EL MALAGUEÑO

Genio y figura la de este malagueño de ojos azules y pelo rizado y blanco, con pinta de bohemio desgreñado y desubicado en esta larga marcha jacobea; risueño a pesar de todo, con fuerte acento sureño y muy agradable en el trato, pero se le veía con pocas ganas de andar.

Estábamos en Bizcarreta tomando una cerveza en una terraza del camino, él ya llevaba dos o tres y estaba fumándose un pitillo despatarrado en una silla, tomando el sol, feliz, sintiéndose en la misma gloria me atrevería a decir.

Le pregunté si podía hacernos una foto para la posteridad y asintió añadiendo «soy fotógrafo profesional», quizá por eso nos confesó atribulado «…no veo nada por el objetivo» y es que el tío no le había quitado la tapa, para mí que las cervezas se le habían subido a la cabeza.

Según nos contó, vive la mayor parte del año en un pueblo de la serranía de Ronda desde el que se ven Gibraltar y el Estrecho del mismo nombre.

—Bueno, Paco ¿y hasta dónde piensas ir?

—Como mucho hasta Pamplona, porque ya estoy que no puedo dar ni un pasito más.

Nos lo encontramos más tarde en el mismo albergue de Zubiri dónde estábamos nosotros, sentado en la terraza tomando el sol del atardecer, echándose un pitillo tras otro y hablando por los codos con los peregrinos extranjeros porque hablaba perfectamente inglés, nos dijo que su madre era alemana y se lo había enseñado desde pequeño.

Para cenar se compró un par de latas de fabada asturiana Litoral porque no tenía ganas de cocinar pero sí hambre; en la

esquina de la mesa que compartimos durante la cena nos confesaba divertido y entre risas «creo que mañana voy a llegar a Pamplona como impulsado por un cohete». ¡Paco, tío, dos latas de Litoral es demasié para el *body*!

Paco el malagueño es un tipo divertido con el que merece la pena charlar compartiendo una cerveza (o más de una), aunque, sin entrar a analizar a fondo su estado físico actual, creo que el Camino le quedaba algo grande, al menos de momento.

Claro que eso a él le importa un pimiento, me hubiera gustado saber cuál había sido su motivación para ponerse en marcha desde su lejana serranía rondeña.

SEGUNDO TRAMO

CHRISTINE

Nuestro primer encuentro fue camino de Nájera, al llegar entró en el «Cultubar» dónde ya estábamos nosotros tomando un refresco; en ese momento Lola estaba en el servicio y me preguntó si podía sentarse con nosotros, también necesitaba entrar al baño y mientras tanto yo podría cuidar de sus cosas.

Se sentó en nuestra mesa y cuando nos íbamos quise invitarla al vino que se estaba tomando, pero ya lo había pagado y nos despedimos, ella quería quedarse otro rato en el bar para comer algo o a probar otro vinito.

Nos contó que es de Raleigh, Carolina del Norte, lo que nos dio pie a comentar con ella nuestra relación con los Estados Unidos, vía hijos y nietos; el idioma era un freno para la comunicación fluida, pero fuimos capaces de conectar lo suficiente para entendernos en los temas que salieron.

Como todos los norteamericanos cuando se relacionan con otras personas, al principio Christine mantenía las distancias y solo comentaba lo justo pero, tras haber mantenido varios encuentros sucesivos por el camino, finalmente abrió un poco su corazón viendo que éramos gente de fiar.

En el trayecto a Santo Domingo de la Calzada volvimos a coincidir y estuvimos hablando de todo y de nada, de los paisajes, de la agricultura, del Camino, etc. Una vez en el pueblo nos separamos para pernoctar en hoteles diferentes.

En Belorado, cuando estábamos a punto de salir hacia San Juan de Ortega apareció de repente casi acabando el desayuno, nos dijo que lo estaba pasando mal y que se había retrasado

mucho en sus planes de marcha; cómo tenía fecha fija de vuelta en avión a su tierra, pensaba tomar un autobús hasta Astorga y desde allí intentaría llegar a Santiago de Compostela, «volveré otro año a hacer las etapas que ahora me salto, puede que con mi marido y mi hija», como esto último quería que lo entendiésemos bien utilizó la aplicación «SayHi» y el asunto del idioma dejó de ser un problema.

Me dio su e-mail para que le enviase unas fotos que nos habíamos hecho juntos, ¡suerte, Christine, Buen Camino!

EL SORRENTINO

Coincidimos en un bar de Azofra, me llamó la atención al escucharle pedir un café expreso a la napolitana —el camarero lo miró como diciendo yo te pongo un café solo a la sayona (gentilicio de Azofra) y tú verás si te lo tomas.

Me acerqué a saludarlo aprovechando nuestro dominio del italiano inventado por haber vuelto de un reciente viaje a Nápoles y en la escueta conversación subsiguiente entendí claramente que con este personaje había poco que rascar, hay rechazos que se notan a primera vista.

Más tarde volvimos a vernos en un área de descanso, me acerqué para preguntarle por su pie, pues tenía algún tipo de problema, por si necesitaba ayuda, pero no me dirigió la palabra, así que *ciao*, *arrivederci*.

En Santo Domingo de la Calzada nos encontramos frente a la catedral y entonces quiso hablar, nos contó que había ido al Centro de Salud y que le habían aconsejado parar unos días para recuperarse de las molestias, no sabemos lo que tenía porque no se lo preguntamos, le deseamos buena suerte y poco más.

AOIFE

No me digas que el nombre no tiene tela, se lee IFA así que en adelante esta irlandesa será IFA.

Nos conocimos en la etapa a Belorado cuando paramos a tomar un cola cao para combatir el frío reinante, cruzamos un saludo protocolario y poco más; pero en Belorado estábamos alojados en el mismo «hostel» y participamos en la cena comunitaria que fue divertida y relajante; resto de los comensales eran tres catalanes, un matrimonio y un amigo de ellos, simpáticos y abiertos, y nosotros.

Al día siguiente la alcanzamos enseguida porque caminaba despacito, muy tranquila; durante un rato hablamos bastante, por alguna razón milagrosa me afloró de repente el innato don de lenguas del que carezco, el caso es que nos entendíamos aunque fuera a trompicones.

Nos contó que tras veintiún años casada se había separado y hacer el Camino formaba parte de su terapia para iniciar una nueva vida; la gente tiene motivaciones extraordinarias para meterse esta paliza, no como yo que solamente lo estoy haciendo como regalo de cumpleaños a Lola, no es que para regalarle algo a Lola necesite una motivación extraordinaria porque es algo que me sale de forma natural, como el dominio de las lenguas extranjeras, sino que lo hago y ya está, no necesito caminar 764 kilómetros para sentirme bien conmigo mismo, de hecho puedo conseguirlo con muchos menos.

IFA se quedó en Villafranca de Montes de Oca, localidad a la que llegamos juntos; sus etapas son cortas, parece que no tiene prisa por regresar y está decidida a llegar, no ya a la plaza del Obradoiro sino a Muxia y Finisterre, se va a meter una paliza importante pero nadie la espera en su verde Irlanda natal.

JOAQUÍN (DE DIEGO)

Necesitaría varias páginas para definir a este personaje, dueño del «Hostel.B» en Belorado, del que ya hemos visto que es un lugar perfecto para quedarse varios días.

Lo conocimos en la misma puerta del establecimiento, no funcionaba el cierre automático y Lola y él se enzarzaron en descubrir las razones técnicas del problema; luego nos indicó como ir a la administración de lotería (nos perdimos por mi innato sentido de la orientación) y la localización de unos murales pintados en la pared ciega de un edificio de viviendas.

A la vuelta nos animó a apuntamos a la cena comunitaria y allí estuvo el hombre dándonos de comer opíparamente, menudas hamburguesas se comieron los catalanes, y conversación por un tubo, era una máquina parlante.

La carne es de su carnicería, la fruta de su huerta y no sé cuántas cosas más, es una persona afable y divertida, con una personalidad humilde, abierto al mundo y deseoso de que estuviésemos a gusto en su hotel. Durante el desayuno repitió amabilidad, era un torbellino preparando tostadas, huevos fritos… salimos de allí que casi hubiésemos necesitado hacer la digestión antes de ponernos en marcha.

Me habló de un proyecto que tiene en marcha para volar en globo aerostático, comida incluida, para conocer bien la zona de Belorado; hemos quedado en que nos avisará cuando lo tenga listo para que nos apuntemos, no sé para qué me comprometo con el vértigo que tengo, pero lo dicho, dicho queda.

También conseguí que se dejara hacer un par de fotos, una solo y otra con Silvia que trabaja con él, ya se las he enviado por e-mail.

LA PANDA DEL ERASMUS

Para no tener que escribir una reseña individual de cada uno, agruparé bajo el epígrafe «la panda del Erasmus» a los comensales de la cena comunitaria de Hornillos del Camino y a la neoyorkina Mary que conocimos más tarde.

La taiwanesa sin nombre, era una chica que viajaba sola y a la que una timidez extrema le impedía mantener una conversación más allá de monosílabos.

El taiwanés YC, como los demás lo pronunciaban «güaisi» entendí que ese sería su nombre; es un chico alto y fuerte que no para de sonreír y de hacer fotos; adicionalmente llevaba una cámara tipo Go Pro con la que grababa a destajo, cuando vuelva a Taiwán va a tener trabajo para años en el ordenador; nos comentaba que había conocido a la taiwanesa esa misma mañana, anda que no se han tenido que irse lejos de su tierra para entablar amistad.

Maida, es una sonriente filipina que actualmente vive en San Francisco, California; también viaja sola pero no sabemos su motivación; es agradable y comunicativa, además habla algo de español, todo le interesaba y cualquier cosa que dijésemos lo comprobaba al momento en internet.

Se encargó de centralizar los contactos del grupo y, al acabar las etapas compartidas, le enviábamos las fotos y ella las distribuía a los demás; por mensaje me contestó literalmente «no such thing as bad weather, only bad clothing» cuando le comenté que iban a tener mal tiempo en adelante, al separarnos definitivamente tras la etapa de Boadilla del Camino.

Justamente hoy (21 de noviembre) nos ha enviado una foto de su llegada a la plaza del Obradoiro. ¡Enhorabuena, Maida!

El italiano Claudio, es un señor bajito de Turín de carácter abierto y dicharachero, capaz de hablar correctamente tanto en inglés como en español, por lo que ejercía como intérprete oficial para el resto del grupo internacional, con él no era necesario utilizar la aplicación SyHi; también se interesaba mucho por la comida española, la paella, la tortilla de patatas y nos preguntaba por los ingredientes de las recetas.

El matrimonio de alemanes, él se había jubilado en enero pasado y estaba tan contento, se reía mucho pero siempre que podía hablaba en alemán, su mujer era la típica alemana de tez rojiza, sobre todo después de tomarse varios tintos porque durante la cena se empeñaron en acabar con la jarra, el agua ni la probaron; pasada la cena coincidimos con ellos en el hotel de Castrojeriz, pero solo nos dijeron hola y adiós. Irían enfadados.

Marie Teresa, es una alemana afable que viaja sola e hizo buenas migas con nosotros; cuando se enteró de que teníamos a hijos y nietos repartidos por el mundo me confesó que se sentía triste por nosotros, no quise bromear al respecto porque se la veía verdaderamente compungida y quizá no lo entendería.

En algún momento comentamos que había estado interno nueve años durante mi infancia y se sorprendió mucho, «mi marido también estuvo interno en Alemania y sigue traumatizado, dice que fue la peor experiencia de su vida, pero a ti se te ve tan alegre…», en fin será cosa de caracteres, a estas alturas de la vida hay que haber superado los problemas de la infancia o lo llevas clarinete.

En Castrojeriz entramos en la farmacia para comprar unas vendas elásticas porque estaba padeciendo una periostitis tibial (se sorprendió de mi certero diagnóstico, un médico le había dicho lo mismo); a la hora de pagar, la amable farmacéutica no aceptaba su tarjeta de crédito y aboné yo los 3,90 euros, si te he visto no me acuerdo; al día siguiente no quise reclamar la deu-

da para no parecer agarrado pero no se dio por aludida, joder con los alemanes, no sabía que eran tan olvidadizos.

Y por fin Mary, es una neoyorkina de origen chino que nos encontramos durante la subida al Teso de Mostelares, justo a la salida de Castrojeriz; actualmente vive en Casablanca y está pensando en mudarse a Tetuán; también viaja sola y se interesaba por todo lo relacionado con España y nuestras costumbres.

EZEQUIEL EL DUBITATIVO

Llegó montado en su flamante bicicleta todoterreno al mismo bar en el que estábamos tomando un pincho de tortilla en Tardajos; al ser día festivo nacional, primero de noviembre, día de Todos los Santos, había abundancia de ciclistas aficionados circulando por distintos puntos de la ruta jacobea.

Se acercó a saludarnos a la mesa y mantuvimos una breve conversación sobre el Camino —lo ha hecho dos veces en bicicleta desde Burgos, la última junto a su hijo, algo que lo llena de orgullo y satisfacción— y la jubilación como tema central; Ezequiel tiene sesenta y tres joviales años, aunque parece mayor por su aspecto, y ha hecho de todo a lo largo de su vida; la última empresa en la que trabajó, líder en el sector de artículos relacionados con el deporte, lo obligaba a viajar por toda España sin parar, hizo miles de kilómetros anuales en todo tipo de medios de transporte, pero un mal día la empresa quebró y para no entrar en el submundo del paro se metió en un nuevo negocio con amigos; ahora no quiere implicarse demasiado por sus malas experiencias anteriores y porque ve cada vez más cerca el momento de retirarse definitivamente a descansar.

Sin embargo no se decide, su mujer le dice que ni hablar, que siga trabajando porque todavía es joven; han tenido un nie-

to recientemente y aunque le gustaría disfrutar de su condición de abuelo no quiere que sea su único estímulo vital, por eso piensa que debe seguir en la brecha a pesar de que su futuro laboral esté en franca decadencia.

Le comenté que llevo tres años jubilado sin ninguna queja de interés, vale que me gustaría tener a los nietos cerca y ganar más dinero, pero siempre se puede encontrar algo que rellene el vacío que dejan las ocho horas diarias laborales y las obligaciones familiares.

Hemos dejado tantas cosas sin hacer por causa del trabajo que debemos aprovechar este momento de liberación para recuperar una parte del tiempo perdido, máxime siendo todavía relativamente jóvenes y gozando de buena salud.

Incluso lo animé a acudir sin falta el lunes siguiente a la oficina de la Seguridad Social para que analicen su situación laboral y le informen sobre el importe exacto de su futura pensión, pero Ezequiel duda, no lo tiene claro, tiene miedo al futuro y puede que un poco a la obligada convivencia veinticuatro horas diarias con su mujer que, en cuanto se descuida un minuto, lo pone a limpiar los cristales de casa; no pude convencerlo, pero cada uno establece sus prioridades, yo desde luego no cambiaría mi situación actual por ninguna otra del mundo.

Lo invitamos al café, se puso el casco, las gafas, recogió sus cosas, salimos a la calle, nos despedimos, se subió a la bicicleta y con un suave pedaleo partió rumbo al encuentro de su vida de siempre.

¡Suerte Ezequiel!

TERCER TRAMO

LORENZO EL VASCO

Coincidimos con él casi acabando la etapa de Carrión de los Condes; venía acompañando a Ofelia, una hondureña que también estaba haciendo el Camino en solitario, una mujer muy creyente que todo lo confiaba a Dios, que sea lo que Dios quiera era su frase favorita.

Nos despedimos de ambos a la entrada de Carrión, pero nos volvimos a encontrar con él la mañana siguiente camino de Ledigos; andaba perdido a la salida del pueblo buscando unas señales indicadoras que misteriosamente habían desaparecido de nuestra vista; le dijimos por dónde había que ir y seguimos juntos los siguientes seis o siete kilómetros, hasta un área de des-

canso en la que nosotros paramos; durante ese tramo caminó con Lola porque yo iba de charloteo con Connor el norteamericano; le decía que era una suerte que yo hablase inglés, pero ya le aclaré más tarde, cuando Connor se paró a comer, que mi inglés es bastante deficiente aunque con lo poco que sé me defiendo razonablemente bien.

Lorenzo es de nuestra edad y tiene dos nietos, hasta que se confió con nosotros parecía reservado, pero se debe a que normalmente habla en vasco y le costaba mantener una conversación en castellano; antes de despedirnos le pedí que me enseñase a decir ¡hasta la vista! en euskera y me contestó que «ikusi cogeá», seguro que no se escribe así pero sonaba tal cual y lo grabé en el móvil para no olvidarlo.

JOSEFINA / JOSEPHINE

Es una joven veterinaria alemana de veintisiete años, que está haciendo en solitario el Camino desde Burgos hasta León, el domingo viajará en tren a Madrid para coger un vuelo de regreso a Berlín y de allí al pueblo en el que está viviendo.

Coincidimos con ella en casi todas las etapas del tramo, su ritmo de marcha era superior al nuestro, pero lo gustaba parar a descansar de vez en cuando y lo que ganaba andando lo perdía más tarde reposando; en el límite de Palencia con León nos la encontramos durmiendo sobre un banco del camino, nos alarmamos pensando que le pasaba algo, pero solo estaba esperando a que llegase su amigo Michel que venía desde Sahagún, dónde había estado comiendo con alguien que conocía; nos contó que había hecho anteriormente el Camino del Norte, desde Irún hasta Santiago de Compostela, le había gustado mucho y ahora estaba probando con el Camino Francés.

En nuestro primer encuentro durante la segunda etapa le gasté una broma ofreciéndome a arreglarle los pies con una navaja que tenía en las manos, pero no picó como el brasileño que sí se lo tomó en serio, el mundo al revés.

En la etapa de Mansilla de las Mulas nos dio unas pastas de almendra que había comprado en alguna parte para nosotros, entendemos que quería corresponder con un detalle por haberla invitado a comer en Carrión de los Condes; durante la sobremesa habíamos hablado de los famosos amarguillos leoneses (pastas con almendra amarga) que no encontrábamos por ninguna parte y se quedó con la copla.

Tiene una hermana que vive en México y cuando fue a verla estuvo viajando el país, le gustan este tipo de viajes y se la veía en buen estado de forma, parece una chica organizada, valiente y disciplinada.

CONNOR

Nos encontramos a la salida de Carrión de los Condes, andaba perdido y desorientado porque no encontraba ninguna señal del Camino; le dijimos por dónde tenía que seguir y se vino con nosotros durante unos diez kilómetros.

Es natural de Colorado, pero actualmente vive en Alaska, quizá por eso iba en pantalón corto, nos contó que esta era la temperatura habitual del verano en Alaska, debíamos estar alrededor de los ocho o nueve grados como mucho, que para nosotros es frío.

Casi todo el tiempo estuvimos hablando en inglés, aunque a veces intentaba hablar en español para practicarlo porque quiere hacer un viaje por América Central y necesita poder expresarse en nuestro idioma. Para mí fue una inmersión lingüística de dos horas, el caso es que no paramos de charlar. En un momento determinado del camino decidió pararse a tomar algo que llevaba en la mochila, al despedirse me dijo que se me entendía perfectamente y se lo hice repetir para que lo oyera Lola.

Cuando se despidió de nosotros porque iba a pararse a comer creo que lo que realmente quería era seguir solo, debe ser muy pesado ir con alguien como yo que no para de hablar y

encima en inglés inventado; tengo que aprender a no abusar de la amabilidad de los peregrinos, sobre todo de los extranjeros, pero me pierde la costumbre que tengo de socializar a las primeras de cambio; en el futuro intentaré corregirme y ser más prudente, tengo que conseguirlo antes de llegar a la catedral de Santiago de Compostela.

ELISA

Es una mujer de unos cuarenta años. según mis cálculos etarios, que vive entre Palencia y Frómista (nos dijo que tenía casa en ambos sitios) y trabaja como taxista; contactamos con ella tras encontrar su referencia profesional en internet, para que nos fuera a buscar a Carrión de los Condes ya que el autobús de línea no llegaba a Frómista.

Desde la primera conversación telefónica nos causó buena impresión, cuando la llamé desde León para recordárselo no lo había olvidado, lo tenía apuntado en su agenda; cuando llegamos nos estaba esperando en la parada de Carrión de los Condes (junto a un bar del pueblo) y no pareció importarle demasiado haber tenido que esperarnos un cuarto de hora por el retraso del autobús, provocado porque el conductor se desvió a Saldaña para que unos pasajeros que se subieron sin billete en Sahagún pasaran por caja, se ve que las normas COVID-19 no permiten que el conductor maneje dinero en metálico.

En un periquete nos dejó delante del hotel rural San Pedro, cobró los veinticinco euros pactados, nos deseó buen camino y se marchó. Nos prestó un buen servicio y fue muy agradable y comunicativa con nosotros.

ROCÍO

Es la dueña del hostal Albe en Carrióm de los Condes, ella sola gestiona el negocio, ocho habitaciones más las zonas comunes que era amplias, una cocina y un comedor bastante grande; nos contó que ella en persona se encarga de todo, incluyendo la limpieza y arreglo de las habitaciones, pero que en casa tiene una asistenta que la ayuda porque cuando llega del hostal no tiene muchas ganas de seguir trabajando.

El hostal está en funcionamiento desde 1.999, recibieron el inmueble por herencia de sus suegros y, como era mucho edificio para vivir una familia, decidieron montar allí el negocio del hostal.

Su marido es el dueño del supermercado David, situado en la misma finca pero en el lado de la plaza; por la tarde pasamos a comprar unas cosas para la cena, pero no le dijimos que estábamos hospedados en el hostal.

Rocío es una persona diferente según el trato que se tenga con ella, por teléfono puede parecer un poco seca, pero en persona se muestra más cercana y amistosa; para mí que el carácter serio y recio de la gente lo debe dar la dura tierra palentina, porque nos hemos encontrado con varias personas de las mismas características.

SOBRE EL AUTOR

A diferencia de otros seres humanos que ya parecen viejos antes de nacer, el autor vino al mundo aparentando ser un recién nacido en un precioso pueblo sevillano a orillas del río Genil, en el que normalmente hace mucho calor por lo que todo el mundo lo conoce como «la sartén de Andalucía»; por razones familiares vivió allí por poco tiempo, el suficiente para deshidratarse un par de veces, que hubieran podido ser algunas más si no fuera porque sus padres, y con ellos su numerosa prole, se trasladaron a vivir a una lejana y bonita ciudad a orillas del río Turia que es la tierra de las flores, de la luz y del amor.

A lo largo de su vida ha tenido que renacer varias veces más por razones que, si bien no vienen ahora al caso, irán apareciendo a medida que se considere necesario; la primera fue cuando su padre dejó de fumar para siempre, dicho sea en sentido irónico; tras el sepelio del cabeza de familia, se trasladaron a una ciudad más grande todavía a orillas del río Manzanares que es la cuna del requiebro y el chotis y en la que en México, no sabría decir por qué, piensan mucho, y allí empezó un correcalles de nueve años por distintos orfanatos, incluyendo dos años en un pueblo gallego a orillas del río Sar, hasta que ingresó, por razones solo achacables a la juventud, en la universidad; el idilio complutense solamente duró unos meses porque no descubrió en ella lo que pensaba encontrar y no llegaron a entenderse.

La amistad con personas de pensamiento diferente al suyo truncó su incipiente vocación militar en contra del deseo familiar y se matriculó, para sorpresa de todos, en Filosofía y Letras, hasta que se percató de que ni la una ni las otras eran de su incumbencia; frustrado por su error, intentó formar parte de la

milicia en una ciudad inmortal aragonesa a orillas del río Ebro, pero tampoco hubo entendimiento y se vio forzado a buscarse la vida en otra parte; tras finalizar la enseñanza militar, probó a sentar la cabeza programando ordenadores en el departamento de informática de un banco, justo en la orilla opuesta de sus sueños juveniles.

Los bancos resultan duros para sentar la cabeza pero, al tenerla tan dura, aguantó allí tres quinquenios intentando convertirse en un bancario de provecho, algo que tampoco consiguió porque, a medio camino, le apeteció dejar el mundo de las finanzas para plantar la esquiva semilla de la suerte en otros campos productivos.

Tras un breve paso por la consultoría informática, un golpe de fortuna propició que entrase en el complejo mundo de las telecomunicaciones, pasando los siguientes años encerrado en despachos que casi siempre estaban comunicando; aquél nuevo mundo tampoco parecía ser el suyo, a pesar de lo cual todo iba como la seda, pero nuestro autor se iba haciendo mayor sin darse por aludido y, a la provecta edad de 52 años, sus próceres decidieron que la empresa no era lugar para viejos; le pidieron que colgase la corbata, cosa que hizo con gusto, devolviera todo lo que no fuera suyo, lo cual hizo sin apenarse, y se retirase a descansar del mundanal ruido a orillas de algún río menos caudaloso; ¿dónde vas a encontrarte mejor que en tu propia casa haciendo lo que te parezca sin dar cuentas a nadie? le dijeron, los muy cabrones, un viernes a última hora de la mañana antes de ponerlo de patitas en la calle sin atender a razones.

De esta forma tan poco honorable acabó entrando de golpe y porrazo en la orilla de las oscuras y procelosas aguas de una siniestra oficina del paro, merced a un expediente de regulación de empleo; desde entonces pasa sus temporadas de asueto, que son las más del año, disfrutando del sol y la playa en una luminosa ciudad mediterránea, a orillas de los ríos Alberca y Giro-

na, bajo la sombra protectora del Montgó, o viajando por el mundo para visitar a sus hijos y nietos que viven sus vidas a orillas de otros lejanos ríos, como son el Chattahoochee, el Hikichi y el Aniene; el resto del año discurre plácidamente en su domicilio fiscal a orillas del Manzanares sin terminar de ver lo que es canela fina ni armar la tremolina, sin conseguir perderlo de vista, procurando pasar desapercibido, sin molestar ni que lo molesten.

Mientras aguarda, sin demostrar prisa alguna, la hora suprema de afrontar su desembarco vital en la mar, salpimienta su existencia dedicado a aficiones de todo tipo, entre las que escribir, correr y viajar sin duda ocupan lugares preferentes, sin desmerecer las muchas otras actividades complementarias con las que enreda, se entretiene y mata el tiempo. Como nuevo miembro de la temida tercera edad también va al médico cuando se precisa, porque el tiempo pasa para todos, y los achaques lo requieren, aunque de momento y por fortuna no lo está necesitando en demasía ni tampoco es algo que eche de menos.

Como escribió magistralmente el poeta y hombre de armas castellano Jorge Manrique: «Nuestras vidas son los ríos que van a dar en la mar, que es el morir: allí van los señoríos, derechos a se acabar y consumir; allí los ríos caudales, allí los otros medianos y más chicos; y llegados, son iguales los que viven por sus manos y los ricos».

Fin del tercer tramo

Este libro se terminó de editar el
31 de octubre de 2021

Caminaba un peregrino
en una noche serena
con la calabaza llena
de muy exquisito vino.

La sed le salió al camino
y él de apagarla dio traza,
hizo al cielo puntería
y así a un tiempo veía
estrellas y calabaza.

José Zorrilla